

MUNDIAL

MAGAZINE



PUBLICACIONES
ALFRED & ARMAND GUIDO
6. Cité Paradis - Paris

En boga en París - los deliciosos perfumes de
MONNA VANNA

Monna-Vanna!
j'ai deviné
ses parfums
grisants!

R. Ehrmann.

AMBREDOR
 BOUQUET CAVALIERI
 LA-VIOLETTE CARUSO
 LA-ROSE MONNA VANNA
 LE BAISER SUPRÊME
 MADAME etc.etc.

PARFUMERIE MONNA-VANNA
 PARIS-NEUILLY, 122, Rue Borghèse.

ROSA CARUSO
 MADAME
 BRISA ECUATORIAL
 MAGNATICO

VIOLETA CARUSO
 MADEMOISELLE
 BOUQUET CAVALIERI
 ADIVINADOR

REPRESENTANTE EN
BUENOS-AIRES

Alex. R. ZOCCOLA. ■ ■ ■ Lima 486.

DEPOSITARIO EN
MONTEVIDEO. (Casa TOGORES.)

Francisco L. Cabrera, Suc. ■ Sarandi 685/7.

MUNDIAL

INNOVATION

TRADE MARK

10, Rue Auber
PARIS

NEW-YORK

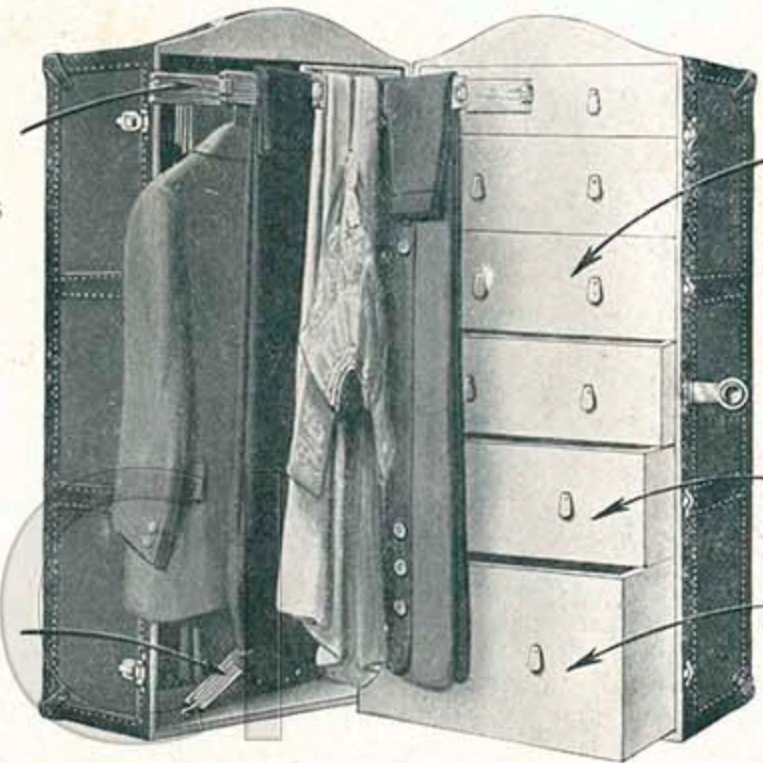
PARIS

LONDRES

10, Rue Auber
PARIS

BRAZOS
 MOVILES
 PARA
 5 TRAJES
 U 8 VESTIDOS

BANDAS
 FLEXIBLES
 ASEGURANDO
 LOS EFECTOS
 EN SU SITIO

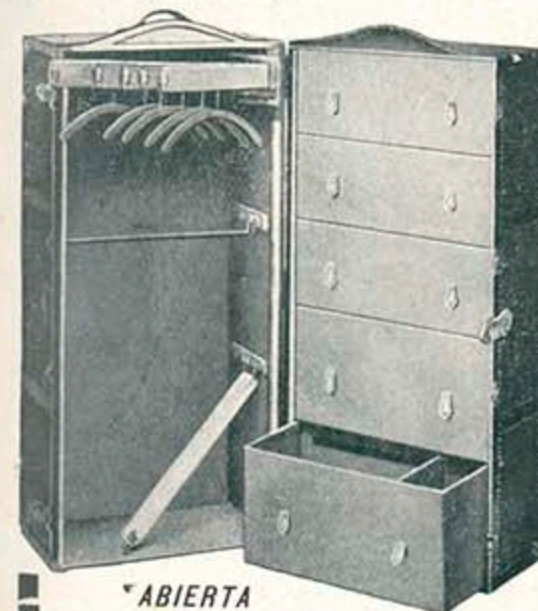


CAJONES
 PARA
 ROPA BLANCA
 ZAPATOS
 ETC.

CAJONES
 INFERIORES
 transformables
 en
 SOMBRERERAS
 PARA SEÑORA

MODELO CABINE OU AUTOMOBILE

(Alto 1^m — Ancho 0^m52 — Hondo 0^m33)



ABIERTA
 el armario más práctico.

EL CATALOGO
"Baules Innovation"

Se envía
 Gratis y franco, por todas partes,
 A quien lo solicite.



CERRADA
 la maleta más sólida.

LA CASA MAS IMPORTANTE PARA TRAJES A MEDIDA, DE PARIS

RIBBY

Trajes para
SEÑORAS y CABALLEROS

16, Boulevard Poissonnière, 16
- PARIS -



MODELO "RIENZA"

Sobre medida, forros seda, 325 francos.

Sección especial de trajes sin probar.

Ejecutamos de un modo perfecto los trajes sobre medida para **Provincias** y **Extranjero**, con el solo envío de una blusa y las medidas --- de la altura de una falda. ---



MODELO "ARLETTE"

Sobre medida, forros seda, 270 francos.

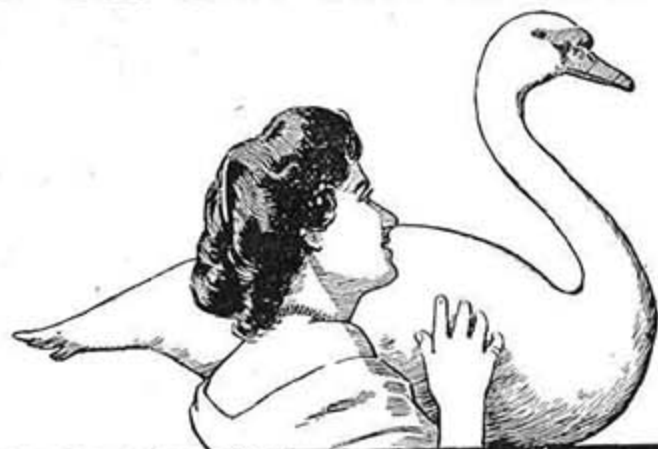
Lo mejor
para el pelo
PETRÓLEO
GAL



A. Ehrmann

Pedidos al por mayor á **E. GAL**, fábrica de perfumería
MADRID

"SWAN SAFETY"



PORTA-PLUMA RESERVOIR CON PLUMA DE ORO Y PUNTA DE IRIDIO

MODELO REGULAR PARA HOMBRES
MODELO DE SEGURIDAD PARA SEÑORAS

MABIE TODD & Co, 79-80, High Holborn, LONDON :: A. K. WATTS, 106, rue de Richelieu, PARIS

MAGIC CITY



on s'y amuse follement

LINCRUSTA-WALTON



TENTURE
LAVABLE
RÉSISTE AUX CHOCES

- PARIS -
10, RUE DE LA PÉPINIÈRE - TEL: 591-35
EXPOSITION: S. A. DE L'OPÉRA - TEL: 237-06

DEMANDER L'ALBUM - C -

AGENTE EN RIO DE JANEIRO
(BRASIL)

Ed. SCHMIDT
117, Avenida Central

MERCIER FRÈRES

100

Faub. St-Antoine

PARIS



Teléfono 907.72

Casa Fundada

en

1828



MUEBLES

DECORACIONES

TAPICERIA



Proyectos sobre pedido



Mobiliarios sencillos y lujosos.

Sucursal en LILLE, 179, Rue Nationale.

Teléfono 24.34.

.. .. Elegante
Residencia de Campo

COMPIÈGNE

A distancia de hora .. y media de París ..



Situada en la linde del bosque.
Servida por trenes expresos.

Excelentes caminos de automóvil.

... HOTEL Y ...
RESTAURANT **ROND ROYAL** Lugar de reunión de todas las elegancias.

GANT NEYRET

MARQUE  DÉPOSÉE

17 Rue d'Uzès
PARIS

FABRICACIÓN FRANCESA
DE GUANTES DE PUNTO
Especialidad en guantes de seda pura

De venta en todas las almacenes importantes

i sereis bellas!
J. F. Rimerin

Los productos de Belleza **EPIDERMIA** hermocean sin pintar

Bozongles en un minuto da à las uñas el brillo esplendido de la ágata; quita las envidias, se emplea sin pulidor, resiste 8 dias al lavarse, al jabón y al alcohol.

El Secreto de J.-F. RIMERIN
Os quita las PECAS
RESULTADO GARANTIZADO

KISS-ME. colorete natural para los labios. Permanece un dia completo.

BELPO ==> Polvos de arroz liquidos, insuperablos <== **DUVET D'AMOUR**

<== **MOUSSE - PRINTEMPS** ==>
Nieve imponderable y divinamente perfumada. Fija los polvos sin formar parches

De venta en los buenos almacenes de novedades, perfumerias, droguerias, farmacias de España y del Extranjero, en los cuales se hacen aplicaciones y pruebas gratuitas.

Pedid nuestro folleto gratuito: "Sereis bellas", por **J.-F. RIMERIN**

Depositarlo en España: Eug SARRA, 7, Ronda de San Pedro, BARCELONA
Depósito general - **EPIDERMIA**, seccion E, 134, Rue Saint-Maur, PARIS

PIDASE EN TODAS PARTES
EL EXQUISITO

ANIS REQUENA

Gran diploma de Honor en la Exposición de Buenos Aires 1910

Gran premio en la Exposición del Tibidabo - Barcelona 1911

REQUENA é HIJOS
TARRAGONA ..
.. .. (España).



últimos PERFUMES de París
.. *La Dugazon* ..
.. *Zaim* ..
.. *La Rose Fay* ..
de **CH. FAY** ..
9, Rue de la Paix - PARIS



El elefante burlesco

Fábrica de Coches

FUNDADA EN 1853

RENÉ BRETEAU

CARROCERIAS PARA AUTOMOVILES : TURISMO, CIUDAD, OMNIBUS,
AMBULANCIAS, CARROS ALPINOS, FURGONES.

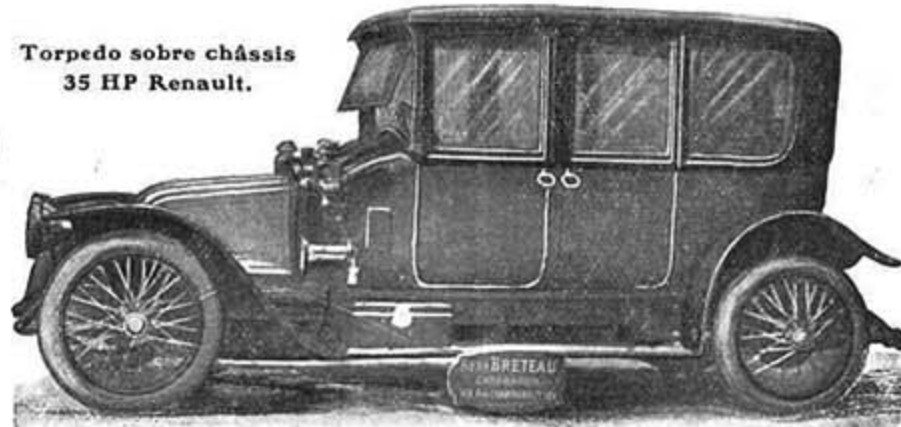
Torpedo sobre chássis
35 HP Renault.

FUERA DE CONCURSO

Paris, 1900

GRAN PREMIO

BRUSELAS, 1910



PARIS — 162, 164, Rue Championnet — PARIS

Dir. Telegráfica : CARBRETO-PARIS. — Cod. A. Z.



Foto Bourcier.

SOCIEDAD FRANCESA
:: DE ESCULTURA ::
DE ARTE EN MARMOL

Preferido por lo mejor de la Colonia Sud-Americana

GRUPOS, ESTATUAS, BUSTOS
:: PARA DECORACIONES ::
DE SALAS Y SALONES

Fuera de Concurso 1910

FIGURAS, VASOS, FUENTES
DE GRANDES DIMENSIONES
:: :: PARA :: :: ::
VESTIBULOS Y JARDINES

Catálogo ilustrado, precio 2 francos,
á las personas que lo soliciten

TRABAJOS DE MARMOLERIA, PRECIOS
Y PROYECTOS SEGUN PLANOS

Galerie Félix Cavaroc & C^{ie}, 10, Rue de la Paix, Paris

B.R.C

LUZ PARA
AUTOMOVILES

FAROS

GENERADOR ALPHA

DYNAMO

DEPOSITOS Y CONCESIONARIOS

ARGENTINA *BANQUE AUTOMOBILE, 731 Maipu BUENOS AYRES*
A & G. CAHEN 1135, Carlos Pellegrini ..
LABORDE & C^{ie} 368, San Martin ..
RECHT & LEHMANN 815, Canello ..

ESPAÑA *BLANC FRÈRES, 57, Calle de Alcalá MADRID*
PORTUGAL
MEJICO *DE LOS RIOS, 153, Av. Hombres Ilustres, MEJICO*

B.R.C

RODRIGUES, GAUTHIER & C^o
67. Boul^d de Charonne, PARIS.

POUDRE
GERMANDRÉE

Secret
de beauté



MIGNOT-BOUCHER Parfumeur 10, rue Vivienne PARIS

Exclusivo para todo el Brasil :
PERIANDROS, Sté An^{me}, PARIS
Agente en Río de Janeiro :
J. H. SEABRA, rua de S. Pedro, 84-Sob^o

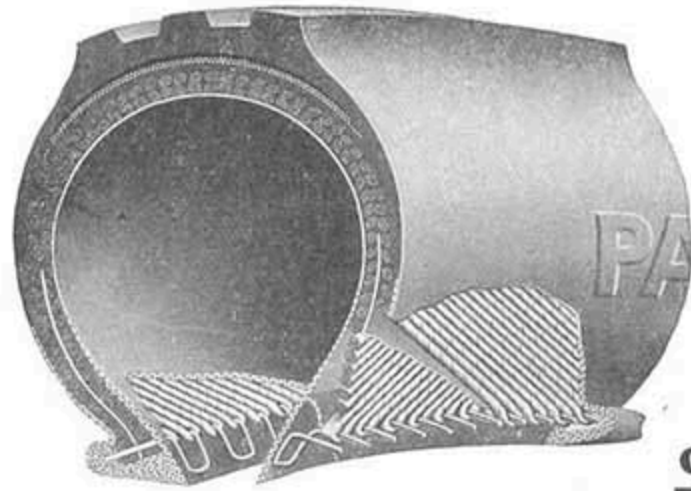
LA UNION Y EL
FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS,
:: FUNDADA EN 1864, EN PARIS, ::
:: RUE DE L'ARCADE, 59 ::

CAPITAL: 12.000.000 COMPLETAMENTE
:: :: VERTIDOS :: ::
CONJUNTO DE GARANTIA: 80.000.000
La compañía ha pagado desde su
fundación más de doscientos mi-
:: :: llones de siniestros :: ::

Seguros contra accidentes de todas
naturalezas: Automóviles — Do-
mésticos — Individuales — Respon-
:: :: sabilidades — Civiles :: ::

Condiciones especiales para seguros tempo-
rales á los extranjeros que residen en Francia.



De construcción diferente
é incomparable resistencia
son los neumáticos

con cuerdas

PALMER

152, avenue Malakoff, Paris

EVIAN=LES=BAINS

La más bella entre las estaciones veraniegas, junto al lago de Ginebra. Lugar de cita para la más alta sociedad francesa y extranjera.



TEMPORADA
Mayo - Octubre

ESTABLECIMIENTO
TERMAL

CASINO Y TEATRO

TIRO DE PICHON

TENNIS Y GOLF

CAZA Y PESCA

ALPINISMO

Bebed agua "EVIAN=CACHAT"



Goerz Triéder Binocles

Campo visual ampliado
Claridad y plasticidad aumentada

De venta en todos los comercios del ramo.
Notas de precios gratis.

Opt. Anst. C. P. GOERZ Akt.-Ges.

BERLIN-FRIEDENAU 49

PARIS

LONDRES

VIENA

NUEVA YORK

Este Traje de Schweizer

no confeccionado, lavable, con verdadero bordado suizo, se envía franco de porte (y de derechos para España) á domicilio, al precio increíble de **Ptas 17.90**

Se compone de :
4,20 metros de bordado suizo, de 48 c/m de ancho, sobre 4,20 metros de la famosa batista suiza, de 116 c/m ancho.

Disponible en :
Blanco bordado blanco
— azul viejo
— rosa viejo
— reseda
— lila
— oro
— negro

Pedid hoy mismo nuestro nuevo catálogo con muestras, franco. Especialidad en : Trajes para señora y para niñas, y blusas sobre tejidos novedad.

Nuestros bordados se venden sin confeccionar, pero enviamos los patrones cortados en todas las medidas á quien los pida.



SCHWEIZER & Co

Lucerna A 78 (Suiza).

VICHY-HOTEL RUHL

Situado entre los dos parques, enfrente del Casino



Cuenta 300 cuartos con salas de baños, instalados con todo el confort moderno.

APERTURA : MAYO 1913

Messine-Automobile
6^{bis} Rue Treilhard
Tél 558-09

S^TE G^LES DES AUTOMOBILES INDUSTRIELS
PARIS

Messine-Automobile
6^{bis} Rue Treilhard
Tél. 558-09



Alquiler de Coches
de Gran Lujo
Garage, Reparaciones, Cambios



Vehículos Berliet
Camiones, Omnibus
Coches de las mejores marcas.

SUBLIME-SENSAT

El non-plus-ultra de los aceites de olivo - G. Sensat, hijos - Barcelona



LICOR DEL POLO DE ORIVE

No contiene Sacarina, Fenol, Salol ni Timol (ácidos fénico, salicílico y tímico), ni ningún otro ácido que, lenta pero indefectiblemente, atacan el esmalte dentario. De composición puramente vegetal.

Premiado en varias exposiciones Nacionales y Extranjeras y en Corporaciones y Sociedades Científicas. — Gran Medalla de Oro de 1^a clase por la Sociedad Científica Europea de París en 1881, después de proclamado como inmejorable antiséptico y superior dentífrico entre todos los Europeos. — Primer premio en la Exposición del IX Congreso de Higiene Internacional, después de reconocidas sus imponderables virtudes antisépticas.

Para dar una idea del consumo y progresivo éxito del LICOR DEL POLO, basta decir que el primer año (1870) vendieron en junto 460 frascos; hoy venden por una sola casa de Madrid (la de los Sres. P. Martín V. y Ca., Alcalá, 7), 30.000 frascos por mes.

Para los pedidos dirigirse a S. de Orive, Logroño (España)
MEJICO: Doctor E. Fernández Pola .. Para la América
del Sur, D. Francisco López, Entre Ríos, 262 - BUENOS AIRES

Véndese en todas las Farmacias, Perfumerías y Droguerías del Mundo.



El autor
del Licor del Polo
a los 67 años.

Casa MAES Aîné

Medalla de oro 1900

DAMON & C^{ie}

SUCESORES

Manufactura de lámparas de
todas clases, para alumbrado.

17, Rue Saint-Gilles
PARIS

HOTEL GRAN COLÓN
(PLAZA DE CATALUÑA) BARCELONA



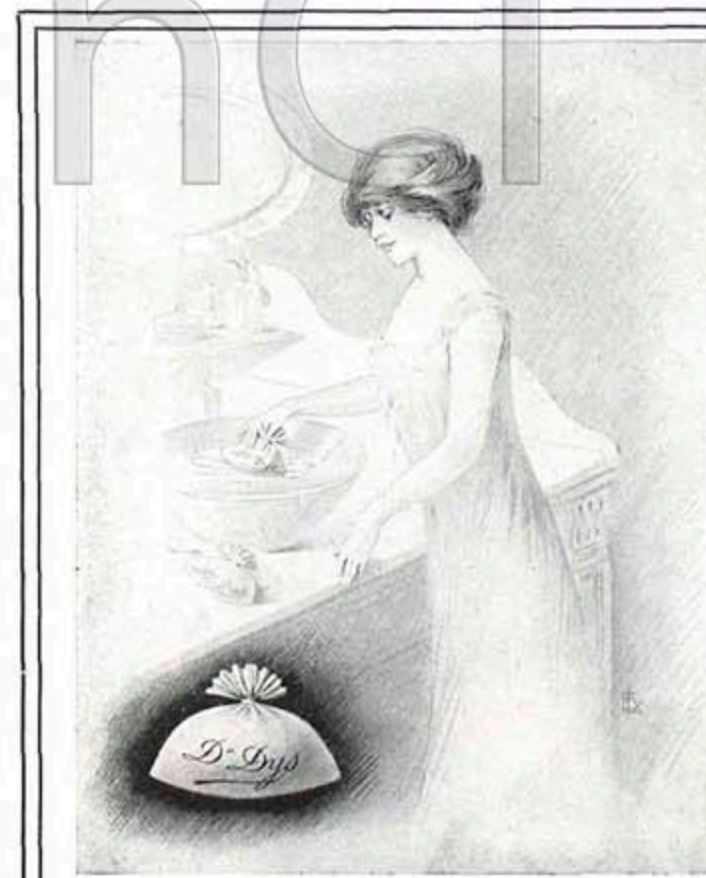
EL MEJOR HOTEL DE LA CIUDAD



¡ CUIDADO, SEÑORA !

Vd. empieza a engordar y engordar es envejecer. Tome pues, todas las mañanas en ayunas, dos grajeas de THYROIDINE BOUTY y su talle se conservara esbelto ó volverá a serlo.

MEDICAMENTO EFICAZ E INOFENSIVO Exigiendo: Thyroidine Bouty.
Para recibir gratis el Folleto explicativo, dirigirse:
Laboratorios BOUTY, 3^{bis} Rue de Dunkerque, PARIS.



LOS SAQUITOS PARA EL TOCADOR DEL Doctor DYS

Dan a la piel un frescor delicioso. Protegen la piel del aire vivo de los primeros dias de primavera, y conservan la belleza y la dulzura de la juventud. Envio franco del libretto explicativo, dando toda clase de detalles sobre los productos del Doctor Dys. Se suplica mencionar el nombre de "Mundial".

V. DARSY
54, Faubourg Saint-Honoré
PARIS

NEW YORK, 14, West 47 th Street.
S. PESSL. — VIENNE, 28, Kärntnerstrasse.
BUDAPEST, 19, Váci utca.
G. LOHSE. — BERLIN W., Jägerstrasse.

Evitar las imitaciones.

**AMOUR
DE NYMPHES**

PARFUMERIE D'ESTRÉE
16 Rue St-Croix de la Bretonnerie - PARIS

A. Ehrmann.

DEPOSITARIOS EN MONTEVIDEO :

Casa TOGORES — F. L. CABRERA, Suc., Sarandi 685-7

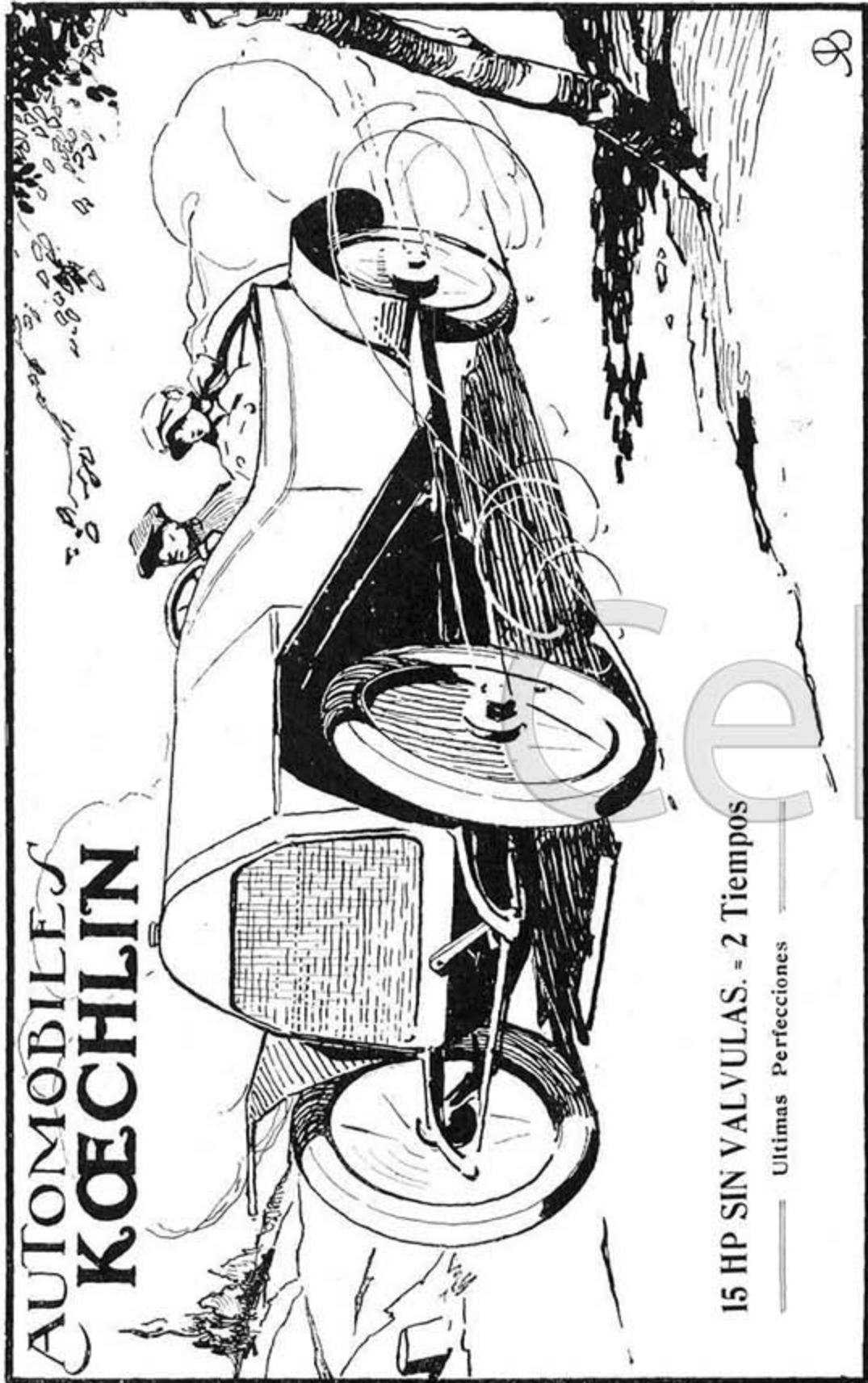
Las Gentes Chic
alumbran
su
Auto con la
**DINAMO
"PHI"**

J. S. Demange

FAROS BLÉRIOT

PARIS - 14-16, rue Duret - PARIS

:: Envío del Catálogo y proyectos, franco, á quien los solicite ::



**AUTOMOBILES
KOECHLIN**

15 HP SIN VALVULAS. = 2 Tiempos

Ultimas Perfecciones



78 bis, Avenue Henri-Martin, PARIS
DEPOSITARIOS PARA:
ARGENTINA: CABEZAS, PAZOS & Cia, Suipacha, 14 y 26, Buenos-Aires.
URUGUAY: B. & N. SOLARI, Salto.

Muebles Higiénicos
JUNCO ESMALTADO ROTEN
Fabrica sin Sucursal Manufacture Parisienne



Paseo de Gracia, 115, BARCELONA
Provedores de la Comp^a Trasatlántica

POUR AVOIR de BELLES et BONNES DENTS
SERVEZ-VOUS TOUS LES JOURS de

SAVON DENTIFRICE VIGIER

Le Meilleur Antiseptique, 31, Faubourg, 12, B^o Bonne-Nouvelle, Paris.



Théodore CHAMPION
13, RUE DROUOT
PARIS
SELLOS DE CORREO
PRECIOS
CORRIENTES
GRATIS Y FRANCO

RMSP THE ROYAL MAIL
STEAM PACKET CO

VAPORES de LUJO
Salen de
SOUTHAMPTON
y **CHERBOURG**
Cada Viernes para
BRASIL, ARGENTINA
y **URUGUAY.**
Tocando en
ESPAÑA, PORTUGAL
y **MADERA**

Agentes en Paris
Geo. DUNLOP & Co. 4, Rue Halévy.

**CRÊPE DE SANTÉ
RUMPF**

Exigir siempre esta marca de fábrica
Paris 1900, Fuera de concurso, Miembro de jurado.
La casa más antigua y apreciada en artículos para
señoras, hombres y niños. Camisetas, camisolas
(mangas cortas y largas) calzoncillos. Enaguas
de hilo, de Escocia, lana, y lana y seda.



De venta
en todos
los
grandes
almacenes
y buenas
casas

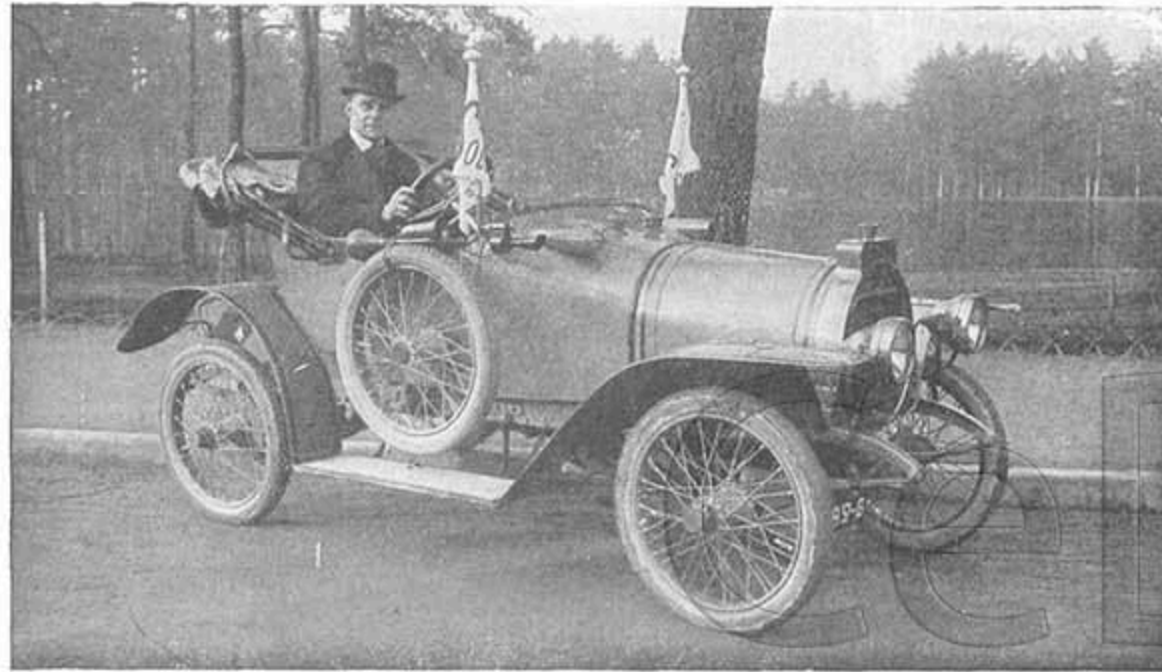
Representante
para la
exportación a
los países de
la América
del sur

E.H.EPP, 94 Rue Lafayette PARIS

C. L. C.

Cochecitos, Coches y Motores.

Uno y cuatro cilindros
Sin Válvulas.



Cochecito tipo "Populaire" 6-8 HP. mono-cilindrico sin válvulas á *cardan* 3 velocidades, marcha atrás, carrocería Torpedo 2 asientos, capota protectora. Precio : **4.300 francos.**

Solidez - Economía - Rapidez - Silencio

ENTREGA RAPIDA DE MOTORES PARA CANOAS,
:: :: AGRICULTURA Y PEQUEÑA INDUSTRIA :: ::



Sociedad de Automóviles y Motores

de **COCKBORNE, LEHUCHER, da COSTA**

PARIS - 165, Avenue d'Italie - PARIS

Para informes y venta dirigirse al Agente Mundial **René HOLBET** Ingeniero,
18 bis, Rue Brunel, PARIS.

Dirección telegráfica : CELÉCÉ

SE DESEAN AGENTES

— FAROS — DUCELLIER

— PARA —
AUTOMOVILES
— DE —
GRAN LUJO
Y CARRUAJES



**LOS FAROS DUCELLIER
TIENEN EL BRILLO DEL SOL**



FOTO P. CHA.

ZAPATERIA DE LUJO **COSTA**
277, Rue Saint-Honore, Paris ..



PERFUMERIA

EXTRA-FINA



T. JONES

23, Boulevard
des Capucines
PARIS

Veni - Vici

&

Gai - Paris

PERFUMES INCOMPARABLES

Raqueta "DRIVA"

fabricada por

WILLIAMS & C^o

1 et 3, Rue Caumartin, PARIS



En todo el mundo conocida por la excelencia de sus primeras materias, su tensión perfecta, la perfección de su equilibrio y los brillantes resultados obtenidos con ella.

Adoptada por los mejores jugadores del mundo entero

Los hombros están especialmente reforzados de manera que, sin disminuir la elasticidad ni aumentar el peso, el marco no puede prácticamente romperse.

CAMPEONATOS GANADOS CON LA "DRIVA"

Campeonato del Mundo (Dobles)
Campeonato de Francia
(7 años consecutivos)
Campeonato de Inglaterra (C.C.)
All Comers Singles, Wimbledon
Campeonato de Alemania
Campeonato de Bélgica, de Suecia
y otros muchos.

ACCESORIOS Y TRAJES

para **LAWN-TENNIS, GOLF, FOOTBALL**
y todos los demás **DEPORTES**

Catálogo (G) franco.

Publicaciones **ALFRED & ARMAND GUIDO**, 6, Cité Paradis, PARIS

MONDIAL

MAGAZINE

Dirección telegráfica:
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario:
RUBEN DARIO

Secretario de la Redacción:
CARLOS LESCA

TELEFONOS
Dirección y Administración:
Louvre 0-36
Redacción y Publicidad:
Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año.. .. 12 fr.
EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año.. .. 18 fr.
NUMERO SUELTO
Francia.. .. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ARGENTINA: Guinazu & Carranza. - Tucumán 1335. -- Buenos-Aires.
ALEMANIA: Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.
BRASIL: Alfredo D. de Luzuriaga, Rua do Rozende, 58 A. - Rio-de-Janeiro.
ESPAÑA: Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.
FRANCIA: Hoteles y estaciones balnearias: "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.
INGLATERRA: South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.
SUIZA: Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

Venta exclusiva y suscripciones para España, América latina é Islas Filipinas: Sociedad de Ediciones Louis-Michaud, 168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

En **PARIS**, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



ARGENTINA

• BOLIVIA

• BRASIL

• CHILE

• COLOMBIA

• COSTA RICA

• CUBA

• REPUBLICA

DOMINICANA

• ECUADOR

• ESPAÑA

• FILIPINAS

• GUATEMALA



• HAITI

• HONDURAS

• MEXICO

• NICARAGUA

• PANAMA

• PARAGUAY

• PERU

• PUERTO RICO

• PORTUGAL

• REPUBLICA DEL

SALVADOR

• URUGUAY

• VENEZUELA

SUMARIO

S. M. EL REY DON ALFONSO XIII EN PARIS.	103
PERICO LIJA, cuento original de ANTONIO MACHADO, ilustraciones de BASTE.	112
LAS EXPOSICIONES ARTISTICAS DE 1913 EN PARIS, por ULRICO BRENDL.	118
EL AFILADOR, poesía por ARMANDO VASSEUR.	133
CABEZAS. "EL DOCTOR DON JOSÉ PEDRO RAMIREZ", por RUBEN DARIO.	136
ESTRAZILLA, continuación de la novela de JOSE ORTEGA MUNILLA.	138
LA EMBAJADA ESPECIAL ARGENTINA EN FRANCIA.	149
LA IMAGINACION BRASILEÑA.	153
LA MONTAÑA MARAVILLOSA, cuento por FRANCISCO CONTRERAS, ilustrado por VAZQUEZ DIAZ.	150
EL CONCURSO LITERARIO DE "MUNDIAL" Y "ELEGANCIAS".	166
EL YERMO FECUNDO, por ANTONIO G. DE LINARES.	167
TARDE, novela de JORGE HUNEEUS, con ilustraciones de BASTE.	173
CRONICA DE PARIS, por VENTURA GARCIA CALDERON.	184
EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO.	188
EL ANTIGUO ARTE CHINO.	192
ELEGANCIAS MASCULINAS.	196

(No se devuelven los originales.)

En el próximo número :

EL SEXTO SENTIDO, cuento inédito de AMADO NERVO. — LA NOVELA DE JUANILLO, por MAX ENRIQUEZ UREÑA. — Un interesante artículo de información por ANTONIO G. DE LINARES, titulado LOS HILOS DE LAS MARIONETAS. — EL PATRONO DE BUENOS AIRES, por RUBEN DARIO.

Próximamente :

Versos y prosas de AMADO NERVO, RICARDO LEON, GOMEZ-CARRILLO, FRANCISCO VILLAESPESA, etc, y sorprendentes informaciones.



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII.

S. M. EL REY ALFONSO XIII EN PARÍS

Con motivo de haberse sancionado el acuerdo franco-hispano en Marruecos, el rey de España ha visitado al nuevo Presidente de la República Francesa, Mr. Poincaré.

En tal ocasión, París ha dispensado al monarca español la más entusiasta y cordial acogida, y todo hace suponer, que este hecho contribuirá á estrechar poderosamente los lazos de raza, de política y de historia que unen á las dos naciones vecinas y hermanas.

EL día 7 de mayo, Don Alfonso XIII llegó á París por la estación del Bosque de Bolonia, llamada « la estación de los soberanos », que, para recibir al heredero de Carlos Quinto, había sido cuidadosamente engalanada con doseles de terciopelo rojo, tapices de los Gobelinos, y jarrones de Sévres llenos de claveles y rosas. Desde primera hora de la mañana, toda la

carrera que el monarca había de recorrer por las avenidas de los campos Eliseos y de Alejandro III, estaba cubierta por tropas de caballería y de infantería, entre las que formaban, por vez primera en semejante circunstancia, los discípulos de las escuelas de Saint-Cyr y de la Politécnica.

Las banderas y los estandartes de los regimientos, los uniformes de gala, los colosre

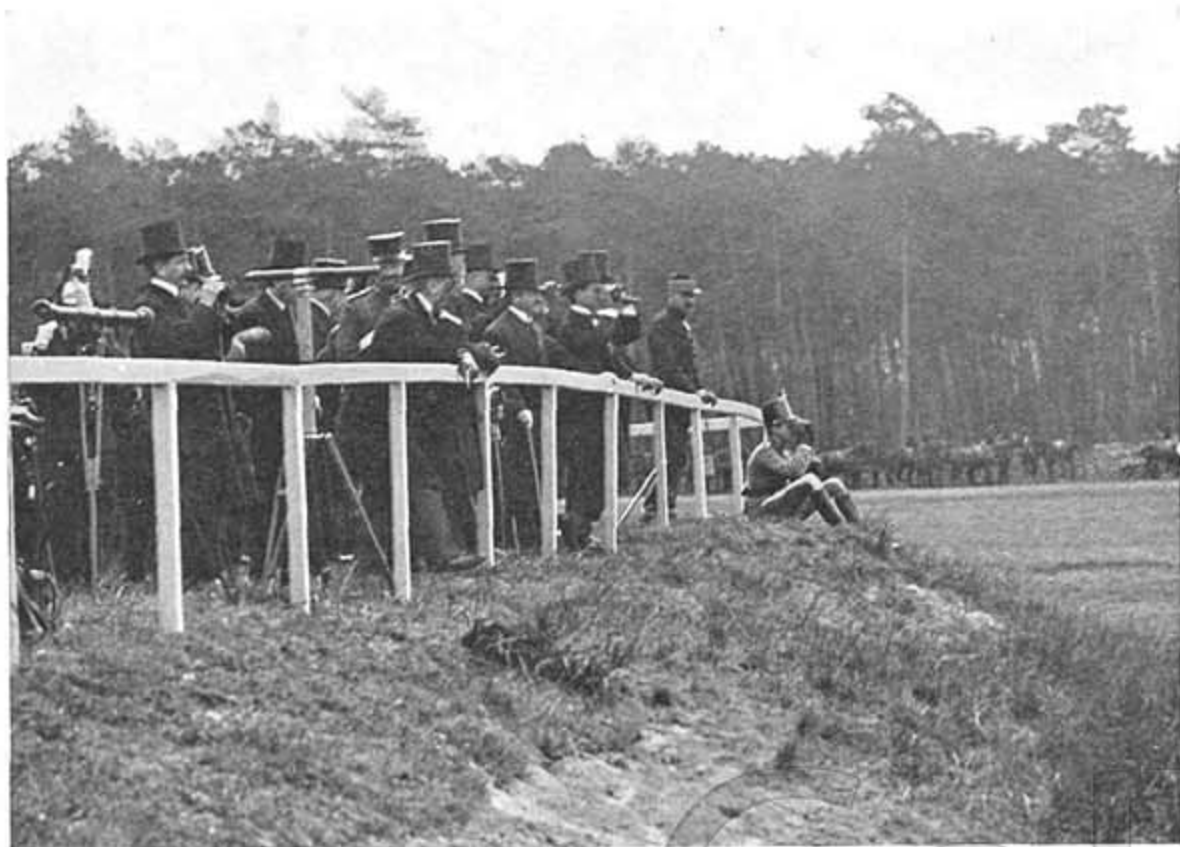


Foto Manuel.

Llegada del rey de España á la Estación del Bosque de Bolonia.



Vista del conjunto de la comitiva regia, al pasar el puente de la Concordia. En primer término, el carruaje ocupado por Don Alfonso XIII y por M. Poincaré. Fotografía tomada desde el tejado del palacio del Congreso.



Don Alfonso XIII observando los ejercicios de tiro de artillería que tuvieron lugar en Fontainebleau.

franceses y españoles que ondeaban hermanados en todas las balconadas, y en fin, el sol que al cabo dió en lucir tras de una primavera de implacable lluvia, contribuyeron á que la capital de Francia se vistiera, para tal solemnidad, con todo el esplendor de su magnífica belleza.

El paso de la *daumont* presidencial, ocupada por el Rey de España y por el Presidente de la República Francesa, fué saludado con ininterrumpidas ovaciones, por el inmenso público que se hacinaba tras de los cordones de guardias y tras de las filas de soldados.

Habiase dis-

puesto la residencia real en el Ministerio de Negocios Extranjeros, y en sus habitaciones privadas descansó el rey durante breves momentos, saliendo luego del palacio á pie, y acompañado por Mr. Poin-

caré, para revisar en la explanada de los Inválidos las tropas que habían cubierto la carrera, desde el Bosque de Bolonia hasta el quay d'Orsay.

Durante esta revista, desfilaron ante el monarca español los discípulos de Saint-Cyr y de la Politécnica, la Guardia Republicana, los zapadores, los cazadores á pie, los zuaivos, la infantería colonial,

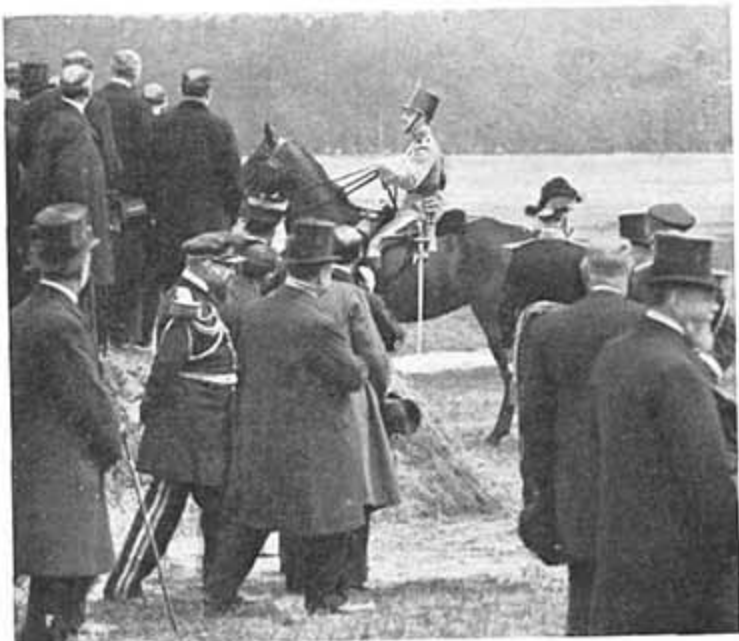


Foto Manuel.
El rey Don Alfonso montando el caballo "Caprice", con que le obsequió el Gobierno francés.



Foto Manuel.

Don Alfonso XIII en las calles de Paris.

y fuerzas de artillería y caballería. Almorzó el rey Don Alfonso XIII en el palacio del Eliseo, con Mr. y Mme. Poincaré y en esta ocasión remitió el monarca al presidente las insignias del Toisón de Oro.

En la tarde visitó el rey la Escuela Militar, acompañado por el ministro de la Guerra, de Francia. Durante esta visita, fueron presentados al monarca cuatro oficiales de la escolta, que fueron heridos en ocasión del aten-



Foto Manuel.
El rey, acompañado por el Presidente de la República, pasando revista á los jefes de artillería en Fontainebleau.



La "daumont" presidencial que ocupó el rey de España, durante su excursión a Fontainebleau.

tado anarquista perpetrado en la calle de Rohan, años hace, contra don Alfonso XIII, y á quienes el monarca había condecorado.

Después de la recepción del cuerpo diplomático, pasó el rey de nuevo al Elíseo, en donde tuvo lugar un banquete de gala en honor del joven soberano. A este banquete concurrieron, además de las personalidades oficiales de rúbrica y de los embajadores de Inglaterra y Austria — cuyas familias reinantes están emparentadas con la de España — buen número de literatos y de artistas, entre los que figuraban Mr. y Mme. Rostand y M.M. Lavissee, Saint-Saens, Barrés, Bazin, Regnier, y otros.

Terminada la cena, el rey conversó con los invitados. Alguien preguntó al monarca sus impresiones acerca del último atentado de que fué objeto en Madrid, y el rey contestó:

— Cuando vi acercarse al hombre, revólver en mano, comprendí enseguida lo que iba á pasar... Miré al agresor cara á cara... Nuestras miradas se encontraron, y la suya perdió la serenidad... Disparó, pero no tuvo valor para apuntar bien... Era protagonista de un atentado por primera vez, y le faltaba la experiencia que, en lo que hace á tales incidentes, yo he podido adquirir en pocos años...

La jornada del día 8 fué para el rey de aire libre y de espectáculos militares en Fontainebleau. Ante el monarca maniobraron



Un episodio de las maniobras de artillería.

los escuadrones de caballería, simulando un encuentro, y dando una magnífica carga que el rey contempló sentado en el suelo desde lo alto de una colina.

Pasó luego el cortejo real al Polígono, en donde se verificaron experiencias de tiro de artillería, contra un blanco constituido por una aldea edificada con tablas para tal objeto. Terminada esta primera parte del programa, el rey y el presidente fuéronse á almorzar al palacio de Fontainebleau, en el que se habían dispuesto para el monarca español las habitaciones de Napoleón I, y para Mr. Poincaré las de Mme. de Maintenon. Sirvióse una comida de 80 cubiertos en la galería de Enrique II, y, de sobremesa, el rey habló largamente

con los jefes de artillería franceses, acerca de los estudios que durante la guerra balcánica han podido llevarse á cabo, en lo que hace á la táctica y á los armamentos de los ejércitos modernos.

El conservador del palacio de Fontainebleau, Mr. Georges D. Esparbés, había reconstituido cuidadosamente el aspecto de las habitaciones de Napoleón I, que durante breves momentos había de ocupar Alfonso XIII. Muchos objetos familiares del Emperador, que se conservan esmeradamente en vitrinas especiales, ocupaban, en esta circunstancia, su lugar acostumbrado de hace un siglo. Entre ellos, y sobre la mesa del vencedor de Austerlitz, figuraba un ejem-

plar del « Quijote », que Napoleón leía con frecuencia.

En la tarde se celebró un espléndido *Carrousel*, y fué ofrecido al monarca un caballo « pure sangre », educado en la escuela de Saumur.

Don Alfonso regresó á París encantado de la jornada que tan acertadamente supo ofrecerle el gobierno francés, poniéndole á él — que antes que Reyes soldado — en contacto con el Ejército Francés, á plena luz y en pleno horizonte, en lugar de abrumarle, como ocurre generalmente con los egregios soberanos, con ceremonias protocolares, monótonas y enojosas.

En la mañana del día 9, el protocolo dejó al rey una tregua de libertad. Don Alfonso la aprovechó para visitar el asilo de San Vicente de Paul, en el que reciben socorro los indigentes españoles, y para recorrer, después, las salas de la Exposición de la Edad Media y del Renacimiento, instalada en el hotel de Sagan.

A primera hora de la tarde, el rey, acompañado por el Presidente de la República y por Mme. Poincaré, se dirigió al *Petit Palais*. Aguardaban á los jefes de estado de España y de Francia el presidente del Consejo Municipal y el Prefecto del Sena, quienes guiaron á Don Alfonso á través de las salas en las cuales, aparte de las obras de arte que de costumbre figuran en ellas, pudo admirar el rey la magnífica colección de tapices de los Gobelinos que constituyen la serie de *Don Qui-*

jote, y que habían sido enviados al *Petit Palais* por el Guarda-Muebles nacional, con e exclusivo objeto de que el rey de España pudiera verlos.

Y para término de su visita, reservóse al rey un espectáculo único en su género y sin precedentes hasta la fecha, esto es, la fiesta de aviación en el aerodromo de Buc.

En esta fiesta tomaron parte los aviadores militares en primer lugar. Antes de emprender sus vuelos, los pilotos fueron presentados al rey por el general Hirschauer. En seguida, la escuadrilla militar se puso en movimiento, y pocos minutos más tarde los aeroplanos evolucionaban en lo alto, y partía cada cual en dirección á su destino correspondiente.

Después de los aviadores militares, entraron en liza los civiles. Fueron presentados igualmente al monarca, quien dedicó

una frase afable á cada uno de ellos. Algunos entre estos pilotos eran conocidos ya por Don Alfonso, y en tal circunstancia se hallaba Vedrines, el célebre primer campeón de Paris-Madrid. El rey, estrechando cordialmente la mano del piloto, le dijo:

¡ Nosotros somos antiguos amigos !...

Vedrines, animado por tan afectuosa acogida, preguntó á Don Alfonso, con familiaridad de colega deportivo:

— ¿ Cuando compra vuestra majestad un aeroplano, y le vemos volar entre nosotros ?...



Foto Manuel.

Don Alfonso XIII dando el brazo á Mme. Poincaré, al salir de visitar la Exposición del « Petit Palais ».



Foto Manuel,

El cortejo real saliendo del "Petit Palais".



Don Alfonso XIII y M. Poincaré llegando al campo de aviación de Buc.

El rey, sonriendo, replicó :

— No será difícil que así sea...

Cuando el monarca dió fin á la revista, comenzaron las pruebas. Tanto á los avia-

dores militares como á los civiles se les había prohibido cometer imprudencias, que pudieran dar lugar á un accidente, y poner una nota triste en la brillantez de las jornadas regias. Los pilotos militares, sujetos por la disciplina, hubieron de conformarse á las órdenes recibidas, á pesar de sus deseos de realizar proezas ante el rey, pero los aviadores civiles, libres de sujeción á los jefes, no tuvieron en cuenta para nada las indicaciones

del general Hirschauer, y así que alzaron vuelo, y movidos por una noble emulación, comenzaron un verdadero torneo de temeridad.

Chevillard y Garrós dieron

el ejemplo, describiendo en el aire virajes fantásticos y vuelos combinados con saltos y cabriolas inverosímiles : una verdadera acrobacia aérea, tan estupenda como peligrosa.

El general Hirschauer, inquietísimo, y temiendo á cada instante una desgracia,

aconsejó que se pusiera término al torneo anticipando la marcha del rey.

Así se hizo, y Don Alfonso y M. Poincaré, seguidos de su séquito, abandonaron

el campo de Buc, dirigiéndose hacia la estación de Jouy-en-Josas, donde aguardaba á Don Alfonso el tren regio, dispuesto para el regreso á España.

De este modo dió fin la espléndida fiesta, durante la cual, Don Alfonso XIII pudo ver volar un centenar de aeroplanos, que realizaron las más difíciles proezas aéreas, sin que se produjera el menor accidente, y sin que un solo aparato sufriera la menor interrupción en su funcionamiento.

A la caída de la tarde, tomó Don Alfonso el tren que había de conducirle de nuevo á España, y que aguardaba dispuesto en la próxima estación de Jouy-

en-Josas. El rey se despidió afectuosamente de Mr. Poincaré, de los ministros, de los jefes militares y de las personas de su séquito, y ya en marcha el tren, el monarca saludó desde la portezuela del vagón, y se despidió por última vez con un significativo y amistoso — ¡Au revoir!...
MAX.



Don Alfonso XIII estrecha la mano del aviador Vedrines, y le dice :
— " ¡ Nosotros somos antiguos amigos... ! "



PERICO LIJA

Por ANTONIO MACHADO



UNA tarde que me encontraba en París, tomando cerveza con un amigo en la terraza de un café del Quartier, se me acercó un hombre cuya traza no me era desconocida, y á quien, sin embargo, yo no acertaba á reconocer.

— ¿ No se recuerda de mí?... — Y como yo no le contestara, añadió: — Casares.

Era un joven alto y delgado, de rostro imberbe, de ojos verdes, inquietos y sin cejas. Vestía un gabán bastante raído.

En efecto, yo había conocido á Casares en una pequeña capital de provincia, hacía ya diez ó doce años.

Casares era entonces un muchachuelo bastante presumido, que redactaba un periódico conservador, titulado el Avisador de X, sostenido por el cacique de la comarca. Casares se peleó con el cacique, ignoro por qué causa, y fundó por su cuenta y riesgo « El Desmoche », periódico radical, furibundo defensor de los intereses del pueblo.

Aquel papelucho fué el terror de la ciudad. En él arremetía Casares contra todo el mundo; denunciaba el juego del casino, los chachulleros de la Hacienda, las intrigas de la política local, las piraterías de los usureros. Durante los primeros meses respetó á los curas, temeroso de una excomunión del obispo que le hubiese privado de suscriptores; pero los curas lanzaron á su vez un periodiquillo, titulado « El Sabueso de Cristo », y en él arremetieron á Casares. Casares, entonces, embistió fieramente á los curas. Entre ambos papeles trabóse una lucha encanada.

Casares combatía sin tregua á un canónigo de la catedral, fundador y director de « El Sabueso de Cristo ». No citaba su nombre, por miedo á querellas criminales; pero

lanzaba toda suerte de dicterios á un supuesto Don Judas Chupalcuzas. El canónigo le pagaba en igual moneda, poniendo como un guiñapo á un imaginario Tiberio Lechuguino. Merced á este ardid, se machacaban y tundían á su sabor entrambos adalides, sin que nadie pudiera prever el fin de aquella lucha.

Decía « El Sabueso de Cristo »: « Cuando una repugnante larva, un sucio gusarapo, entre la baba inmunda y el infecto lodo... » Decía « El Desmoche »: « Si vierais aparecer en la sagrada cátedra una mula sarnosa, llena de esparavanes... »

A Casares se le fué un día la pluma, y citó el nombre del canónigo, prendido de una ristra de improperios. El canónigo, entonces, le llevó á los tribunales, y Casares fué condenado por injuria y calumnia á dos años de destierro.

Los curas quedaron dueños del campo. Casares lanzó el último número de su « Desmoche », y desapareció de la capital.

Y este era el hombre que tenía delante de mí.

— Siéntese y tome algo, amigo Casares — le dije.

Casares se sentó á nuestra mesa y pidió café. No era ya el joven presumido y decidor que yo había conocido; su aspecto, ahora, era de hombre reservado y sombrío.

— Cuénteme de su vida.

— Muchas calamidades. Un hombre como yo no puede medrar. Para hacer fortuna es preciso doblarse y arrastrarse, y Casares ni se dobla ni se arrastra.

Casares hablaba á veces de sí mismo en tercera persona, y cuando decía: « Casares no hará esto », « no pensará Casares », era como si dijese: « nuestro digno director... »

Casares me contó las peripecias lamentables de su vida que precedieron á su expulsión definitiva del territorio español.

En la capital de un distrito minero fundó



— ¿ No se recuerda de mí?...

un periódico titulado « El Zurriago »; emprendióla con patronos y capitalistas, y le metieron en la cárcel. Cuando recobró la libertad, ofreció su pluma á un periódico que aparecía en una capital andaluza, y fué su redactor en jefe durante algunas semanas. Pronto se declaró independiente y fundo « El Vergajo », periódico francamente libertario, donde Casares aconsejaba á los trabajadores del campo que se comieran crudos á los propietarios rurales. Los propietarios rurales le propinaron una enorme

paliza por mediación de los trabajadores del campo, y Casares salió de allí sin un hueso sano, para hacer en Valencia campañas antimilitaristas. De Valencia escapó como pudo, y en Barcelona, á raíz de la semana sangrienta, fué perseguido y tuvo que pasar la frontera.

Su vida en Francia no había sido más afortunada. Tuvo que pedir trabajo en fábricas y almacenes, y fué embalador de botellas, barrendero, cargador y hasta bestia de tiro, pues durante algún tiempo anduvo

por las calles de París arrastrando un cochecillo, con grave riesgo de ser aplastado por ómnibus y automóviles. Hoy vive de algunas lecciones de español que se ha procurado; mas como asiste á reuniones y mítins anarquistas, la policía, que tiene malos informes suyos, le vigila de cerca, y pronto, según piensa él, le expulsarán de Francia.

No sé si admirar ó compadecer á estos hombres que, entre otras cosas, tienen para su vida un billete circular, que no les permite parar dos veces en la misma estación. Si haré constar, que el caso de mi amigo Casares no constituye una rara excepción en nuestra tierra. En algunas capitales de tercer orden, y en algunos pueblos, he podido conocer á muchos hombres del temple y talla de Casares. Este hombre batallador y romántico, absurdo si queréis, y capaz de tomarse como Don Quijote con Satanás en persona, me inspira profunda simpatía.

Bajo una apariencia vulgar, humilde y trasnochada, el fiero individualismo de nuestra raza persiste en estos hombres, para quienes el medio no ha de ser necesariamente más fuerte que el individuo. Allí, donde la uniformidad mental ejerce presión más formidable, y donde un elemento de rebeldía se encuentra en el más absoluto desamparo, el hombre-Casares lucha solo y á cuerpo limpio contra el obispo y el cabildo catedral, el gobernador, el alcalde, los concejales, los jueces, los caciques y los usureros; contra el pueblo entero, si es preciso. Yo he presenciado esta épica lucha, durante años enteros sostenida, y en alguna ocasión, hasta me pareció la victoria indecisa. Al cabo, un puntapié unánime, al que concurren aun aquéllos que parecían afectos, da con Casares en tierra. Cierto... Pero á los pocos meses de la desaparición de Casares y de la muerte definitiva de « El Desmoche », ve-

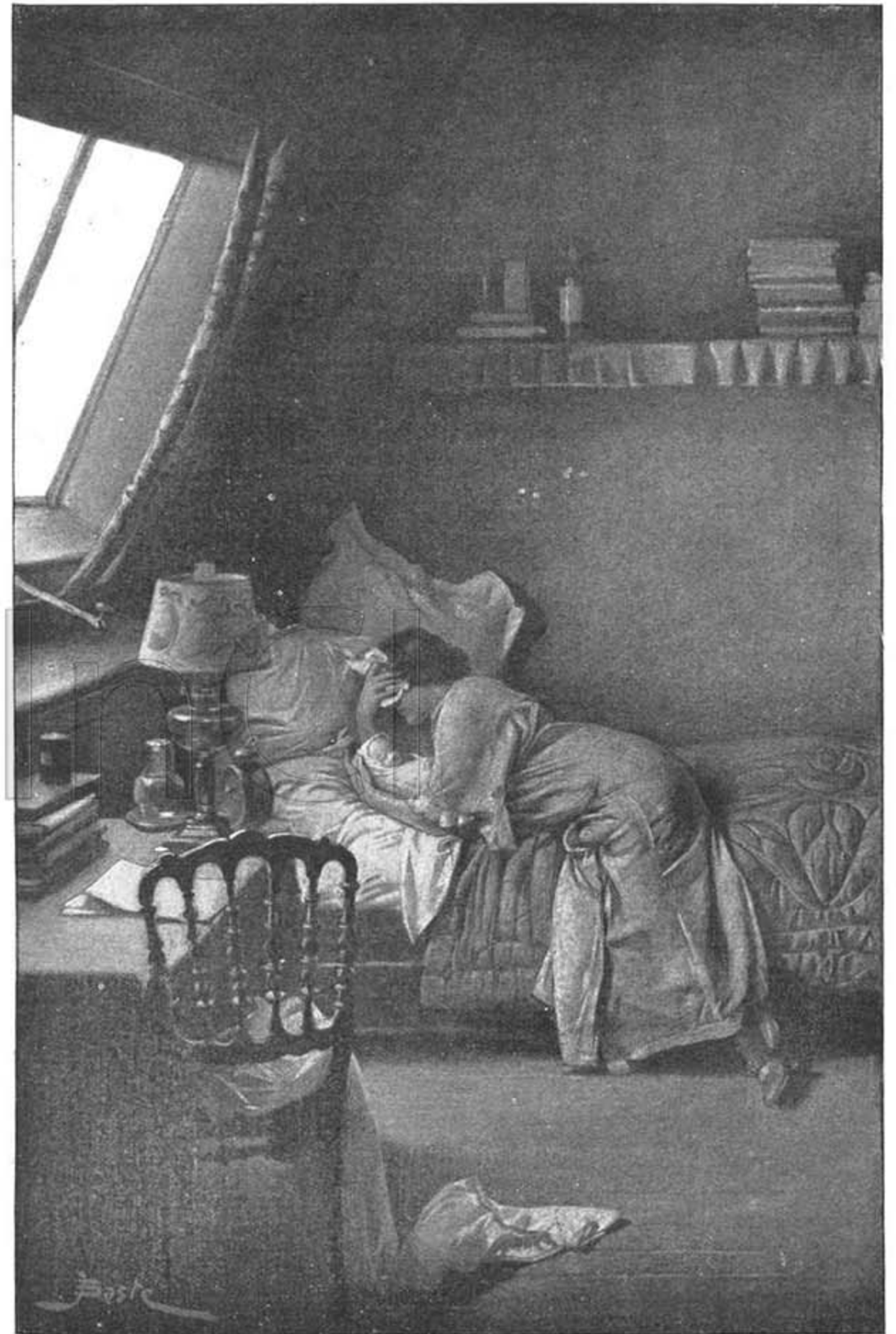
réis á un joven con el pelo largo y el rostro sombrío, que se pasea por las calles con un enorme garrote en la mano. Es el director y fundador del « Luchador », « El Alacrán », que viene dispuesto á pelearse con su propia sombra.

Pasados algunos meses volví á ver á Casares en otro café de París. Tenía el rostro más pálido, el sombrero más abollado y el gabán más raído. Estaba acompañado de un joven andaluz, de ojos saltones, de una movilidad inquietante, que accionaba con ademanes descompuestos, dando á su rostro una expresión de agresividad y de burla, alternativamente. Discutían acaloradamente, y Casares parecía acorralado por el andaluz.

— A la horca os mandaba yo.
— ¿ Por qué?... — preguntaba



— A la horca os mandaba yo.



— En casa tengo al niño y á la madre.

Casares con expresión ingenua, mientras se enjugaba el sudor de la calva con el pañuelo.

— Porque sois fieras — tronaba el andaluz, mirando á Casares fieramente con sus ojos saltones. Después, cambiando bruscamente de tono, añadía: — Pero ven acá, pedazo de alcorcoque... Vosotros ¿ no matáis ? ¿ no predicáis la violencia y el crimen contra una sociedad ?...

— Sí — contestaba Casares — contra una sociedad infame.

— Y vosotros, angelitos patudos ¿ qué esperáis de esa sociedad ? ¿ confites ?

Y el andaluz dió una palmada en la calva á Casares, que, algo corrido, sonreía bondadosamente. Yo conocía también al joven interlocutor de Casares. Perico Lija es hoy un golfo bohemio, si queréis, pero había sido un chico aprovechado. Estudiaba en Sevilla el último año del Bachillerato, y era el chico más distinguido de una clase en que Casares era un alumno menos que mediano. De aquí el aire de superioridad con que siempre le trataba. La vanidad escolar no se cura nunca. Después, Perico Lija pasó á estudiar en el Sacro-Monte de Granada, donde cursó leyes y obtuvo una beca ó pensión para Italia. He aquí cuanto yo sabía, de Perico Lija. Después he sabido otras cosas, y él me ha contado muchas un tanto fantásticas.

Perico Lija es embustero y trapalón, charlatán y polemista. Tiene lo que los andaluces llaman fantasía. La fantasía andaluza es única en el mundo; no sirve ni para reproducir ni para crear; es algo que tiende á deslumbrar y á aturdir; es una alarma moruna, combinada con fuegos de artificio, que termina siempre dando un golpe al candil para llevarse algo. La inconsistencia mental de Perico Lija le lleva á discutirlo todo, tomando siempre el punto de vista contrario á su interlocutor. Frente á Casares, Lija es ardiente defensor del orden y de la tradición; entre gentes sensatas y tranquilas, Lija se muestra anárquico y subversivo partidario, sobre todo, del amor libre. Dispone de gran cantidad de lugares comunes que combina con chistes de almanaque, y es un formidable dialéctico de café. No obstante su afán de pelea, acaba siempre diciendo lo que le conviene, y jamás se indispone con nadie si antes no ha obtenido alguna utilidad.

El hombre-Lija es también frecuente en nuestra tierra. Es un emancipado, por egoísmo, de todos los deberes que á la mayoría de los mortales se nos imponen.

Perico Lija tenía á sus padres en España, y no se acordaba de ellos. Habían realizado toda clase de sacrificios para educarle, y

para atender á sus necesidades y á sus caprichos. Habían sido ricos, y hoy eran pobres. Perico Lija no se preocupaba de la situación de sus padres.

Perico Lija era casado en España, y tenía un hijo; y en París vivía amancebado con una joven, próxima á dar á luz, á quien también pensaba abandonar. Perico Lija vivía de traducciones, copias á máquina y, sobre todo, como parásito de sud-americanos ricos. Era uno de esos hombres dotados de un egoísmo bestial y de una sensualidad desenfrenada, á quienes algunas veces falta para comer y casi nunca para emborracharse ó divertirse; de esos que explotan la miseria accidental, á que sus vicios les llevan, para acudir á la benevolencia del prójimo, y piensan que la humanidad no tiene otra misión que ayudarles y sostenerles. Estos hombres sienten un profundo desdén por aquellos desventurados que, como mi amigo Casares, carecen de vicios, tienen pocas necesidades, y á quienes la vida trata mal porque, sobrados inocentes, luchan sin ventajas y sin embustes.

Lija dice que Casares es un burgués en el fondo, con lo cual cree haber dicho bastante en contra de su amigo. Casares dice de Lija, que es un chico muy instruido y de muy buena imaginación.

Casares, después de pagar otra consumación á su amigo, le propone fundar un periódico en París, para hacer la revolución en España. Lija trata de disuadirle de este propósito. Lo que conviene es fundar una revista para explotar la vanidad de los americanos, poniendo al frente de cada número el retrato de un general ó de un doctor. A Casares no le seduce esta idea. Lija le mira con desprecio, y pasa á otro tema.

— Como comprenderás — dice Perico Lija, — tenemos que asistir mañana al baile de « Quat-z-arts ».

En París se celebra todos los años un baile monstruo, á que asisten los pintores disfrazados y las modelos desnudas. Es una fiesta de pretensiones paganas que admira á los « snobs. »

Casares parecía no comprender la necesidad de asistir á aquel baile. Lija insistía.

— Es necesario afanar cuarenta francos por lo menos. Yo me encargo de conseguir los billetes gratis. Por los disfraces, no te apures: tu irás de « igorroto », y yo de « piel-roja », es cosa sencilla.

Ignoro si los dos amigos asistieron al baile.

Pasados algunos meses volví á ver á Casares, y le pregunté por Perico.

— Es un canalla — me contestó. — Hace

cuatro días que le ando buscando para romperle la crisma.

— ¿ Qué pasa ? — le pregunté.

— Que es un canalla.

Al fin, logré que me explicara la causa de su indignación. Perico Lija había abandonado á la muchacha con quien vivía, cuando ésta acababa de parir un niño.

— Me consta que Perico había cobrado una cantidad. En casa tengo al niño y á la madre. Le juro á usted que ese sinvergüenza se ha de acordar de mí.

No he vuelto á ver al amigo Casares. ¿ Lo

echaron de Francia y marchó á América ? ¿ Habrá vuelto á España y fundado en Castuera ó en Segovia otro « Desmoche » ? ¿ Habrá terminado en el Hospital ó en la cárcel ? No lo sé.

Los hombres como Casares tienen una psicología de toro de lidia. La vida les torea, ellos embisten, y casi siempre se les mata á traición. Pasados dos años, creo haber visto otra vez á Perico Lija... Sí, aquel Jonás que, en la feria de Montmartre, salía del vientre de una ballena de cartón, tocando la guitarra, era Perico Lija.



(Ilustraciones de Bastè.)

LAS EXPOSICIONES ARTÍSTICAS DE 1913 ...EN PARÍS...



SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES

El actual salón de la Sociedad Nacional prueba hasta la evidencia que son muchos los que hacen profesión de artistas sin ser artistas. La más grande, la más doliente penuria domina entre ellos, á tal punto que esa penuria se antoja una señal de los tiempos. Cuanto más va extendiéndose la influencia de la democracia, más raro se hace el buen gusto; cuanto más la riqueza tórnase asequible á las diversas clases sociales, más distante de nosotros se hace el arte. Pocos, poquísimo son los que le rinden el desinteresado culto que antes se le rendía; los más abandonan todo esfuerzo perseverante que les lleve á su conquista, atraídos por un ideal más positivo: el oro, cuya conquista resulta hoy más fácil de lograr que en otras épocas.

lo que explica el incremento universal del contingente de advenedizos, para quienes, en general, en elevado sentido, el embellecimiento de la vida es letra muerta. Da grima ver cuan desdichadamente adornado está el interior de las casas de ciertos potentados, cuya cuantiosa fortuna no condice realmente con su ausencia de cultura. ¡Tremendo contraste! Penetrad en un museo cualquiera de arte de otros tiempos, y os sentís transportados al punto por una impresión de belleza, de grandeza humana. Visitad, en cambio, la más llamante de las exposiciones contemporáneas, en París mismo, privilegiado centro de arte, y os quedaréis anonadados bajo una sensación de vacuidad espantosa, de lamentable decadencia. ¿Carecerán, pues, nuestros pintores, escultores y arquitectos, de bríos, de sangre, de fuego, de empuje y de energía?



Foto Manuel.

WILLETTE. — *El vals choupé* (S. N.).

Parecen sólo tener nervios de una debilidad que les permite, á lo sumo, con el logro de lo inacabado, una indicación de arte en pañales. Nada seazona. La impaciencia en el producir no deja llegar el fruto á tiempo. Todo se vuelve en disquisiciones sobre la genialidad de una nota rara; pero, en punto á sentimiento de la belleza, aviados estamos si lo apetecemos para nuestro espíritu.

Urge llegar á esa fuente de toda obra de arte, que implica el sentimiento de la belleza. Quien no sienta, no comprenda y no vea lo bello, no será nunca capaz de producirlo ni de hacerlo sentir. Se da lo que se tiene se tiene lo que se adquiere se adquiere lo que se puede... La belleza del mundo es como una revelación que se hace en el alma del hombre. Sólo el genio nace con el don que le permite revelarla á los demás, crearla. El talento consigue darla á conocer si se consagra á su culto con toda devoción, anteponiendo la divinidad del arte á todo lo existente, como una suprema razón de vida y de ideal. Hay que poner todos los cinco sentidos en el esfuerzo que se encamina hacia el arte, para llegar hasta él. Hay que cumplir todo sacrificio por él. Hay que entregarse á él por completo, como el asceta se entrega á Dios, si se quiere alcanzar su visión, pues, de otro modo, no es posible dar sino con vanos simulacros, no es posible resistir á la crítica

que se inspira en la razón de la belleza. En el salón de este año, en la Sociedad Nacional, no se recibe ninguna de esas impresiones que avasallan el ánimo del visitante sensible á lo bello. Los expositores dan muestras de un comedimiento que raya en palmaria poquedad. Nada desentona en ellos, pero

tampoco apasionan sus obras. Estas parecen haber sido engendradas dentro de la más juiciosa limitación de las facultades artísticas. Obsérvase, sí, de manera casi unánime, cierta tendencia á la aplicación en la ejecución, en menoscabo de la inventiva; y cierta preocupación por el estilo, por la manera, no como reflejo de una personal representación de la belleza, sino pura y simplemente como una caracterización de factura; siendo de advertir que los comerciantes en obras de arte clasifican á los artistas según la modalidad de su factura, no admitiendo en sus tiendas sino á los que se dife-



Foto Manuel.

LA GANDARA. — *Don Quijote* (S. N.).

rencian unos de otros, en punto á factura, sin importarles un bledo la ausencia de belleza que imprima su estigma en sus obras. El impresionismo se ha ido tornando de una sensatez que le da entrada en las más estrechas academias. Se reglamentan los contrastes de tintas por medio de una sistematización docente de la luz. Las irrisaciones floridas quedan reemplazadas por un compendio razonado de cromatismo. Nada de la inspiración ni de la emoción

VAZQUEZ DIAZ. — *Torero muerto* (s. n.).

que sólo responden al instante que fluye. El método de lo reflexivo viene á dar al traste con lo improvisado. Cesaron los tiempos del anarquismo artístico, del libre albedrío artístico, para dar el triunfo al orden por medio de la síntesis, á lo equilibrado, á lo asequible, conciliando lo objetivo con lo subjetivo, para mayor gloria de un renacimiento clásico al alcance de todos. Las disonancias y las deformaciones, si no han desaparecido del todo, se practican de una manera más cuerda, para solaz de las inteligencias cortas. Como la reflexión es tenida por más culta que el empirismo, se la deja libre, y aun contra natura, para variar las líneas y las masas á su antojo, premeditando el ritmo; y esas lecciones, no obstante su noble propósito, han llevado á la aberración del cubismo, entre ciertas cofradías de ladinos y de incautos. Felizmente, los cubistas brillan en el Salón por su ausencia; las audacias de mal gusto quedan para el Salón de Otoño, después de pasar por el de los Independientes, donde, bajo el santo nombre de la independencia, se cobija la peor ralea de embadurnadores de lienzos y

de malhechores del cincel que vejetan en París.

Hechas estas declaraciones, para nuestro descargo, detengámonos ante aquellas obras que solicitan más la mirada del espíritu, en la sección de pintura, que ésta es la más asequible entre las artes gráficas. Gabriel Roby, en « l'Improvisateur », obra que denota un notable esfuerzo de composición, indica cómo entiende la ordenación de las figuras, para que éstas produzcan el efecto de equilibrio que place á los ojos; y acusa, además, una fuerte influencia de la pintura española, no sólo de la clásica, sino de la que, bajo la bandera de ésta, busca nuevos derroteros para el arte, sin apartarse del tiempo; tendencia que se precisa en las preocupaciones, no de realismo, no de naturalismo, sino del carácter étnico de la raza; y de ahí que á Roby le sedujera el tema que representan sus personajes vascos. Por lo demás, yo veo en ese culto á la raza como una derivación del naturalismo hacia el simbolismo, lograda por el tamiz que lleva lo primitivo á lo clásico. Y aun lo más sorprendente de esta tendencia pictórica está en

RAMON DE ZUBIAURRE. — *Bodas de oro* (s. n.).

Foto Manuel.

que, de origen español, influye en los nuevos y más conscientes artistas de Francia; tendencia que les liberará de los histerismos de paleta á que, por gusto de singularizarse, á falta de talento que exhibir, se dan muchos bellacos. Louis Charlot, en su cuadro « Paysans attablés », nos pone de manifiesto, en acertado contubernio, reminiscencias de Cézanne y lirismos italianos. Como Cézanne, se esfuerza en la técnica pacienzuda del toque separado, pinta á plena pasta, y á veces empasta, dando forma con sólo el pincel á sus personajes y á los objetos, y los trata realmente como volúmenes, en medio á una especial luz que tiene el color por sucedáneo. La visión pintoresca se acentúa en tonalidades calientes, como las que brotaban del pincel de los maestros italianos; y así resulta más rebosante de vida, y así canta, y así encanta el mirar de quien, comprendiendo, contempla su obra vibrante.

Los orientalismos de Sureda, á pesar de mi buena voluntad, no han logrado nunca mi modesto sufragio; queriendo realizar obras de empuje, Sureda busca y pergeña temas teatrales, de esos que serían á propósito para seducir á las masas que ignoran el a b c de la pintura; y no lo consigue, debido á lo pesado del color que em-

plea y á sus monomanías de técnica post-impresionista, lo que denuncia falta de sinceridad. En esta opinión me afirman, una vez más, sus lienzos « El dolor de las judías en el cementerio » y « Escena de fanatismo entre los Assauas », donde las tonalidades se amontonan y estrujan con tal violencia, que los ojos se sienten dañados. Plácese merece, y justos, el grande esfuerzo de realismo que ha cumplido Vázquez-Díaz, noble realismo; porque su « Muerte del torero » no tiene nada de grandilocuente ni de cursi, de fotográfico ni de chillón; es de una verdad sencilla, naturalmente española, sin artificio, é impresiona, con todo y cierta sequedad, por el ambiente severo en que se ofrece; las figuras, muy bien encajadas, forman un grupo que se ve bien, que vive; y el camino de la vida, bajo la luz del arte, es el camino más abonado para llegar á gran pintor, por cuanto es de desear que el desaliento no le ataje á este artista.

Las « bañistas » de Lambert son de una gracia picaresca; están pintadas con soltura; muévense frescas, joviales; parecen vivir en un realismo lírico; y este artista belga tiene mucho del temperamento galo, por tal condición. Casi horripilantes aparecen, colgados en lo alto, en su lobreguez, los Zu-

biaurre, que laboran en pro del casticismo á remacha martillo, como Unamuno, el sabio saca-muelas que sustenta sus conceptos de verdulera filosofante sobre la fosilidad de su pensamiento sin alma, sin vida; los Zubiaurre han prendido más en su tierra, pero también la estilizan demasiado, la tornan artificiosa con su sistemática nota sombría, con su propensión á lo tétrico, fondo que no puede servir de base absoluta á ninguna estética ni ser canon de arte, en modo alguno. Fuera lo mismo que imponer lo espeluznante á lo que es de esencia serena, á lo inmutable. Por lo que á Ramón concierne, ignoro si atribuirá un esotérico sentido de originalidad artística á eso de dar más relieve á los vestidos que á las figuras, por violento ó profundo que sea el color de aquéllos: aludó á las «Bodas de oro», Valentín parece que, á su despecho, se reconcilia con el arte de Zuloaga, si bien acentúa la nota de patina, como si tratase de producir la impresión de una pintura añeja, en la que el tiempo ha robado toda la luz que el pintor depositara en el lienzo; cae, en todo caso, en un clasicismo español, cada vez más decadente.

Imagino que Gervex, al igual de la gente mundana, y porque es distinguido, se creará superior al resto de los pintores mortales. ¡Oh, narcisismo de la distinción! ¡Oh, acicalamiento de tocador! ¡Cuán deleitable, para cierto público, es tu elegante falsedad! La «Source» es digna de un aventajado alumno de una Academia, por lo cursi. En el retrato de la Dama cubierta por un manto de pieles, rico manto, hay, sí, vivacidad linda, y esto es lo único de loar: pero el retrato de



HAUTHORNE. — *El patrono (s. n.)*.

la señorita vestida de blanco ofrece un rostro de lo más cromolitográfico que pueda producirse. ¡Qué triunfo para la mundanidad, ya que no para la humanidad! De los costureros de la pintura y de los artistas de salón, está desgraciadamente atestada y apesada la ciudad de París; y, en el extranjero, muchos son los que creen que esos mercaderes de alto precio son los representantes genuinos del arte parisién, del arte lindo, del arte fino, del arte empolvado, del arte almidonado: la más refinada esencia del arte conocido y por conocer. Muen-cier no aspira á tal cosa con un dulce ambiente, que es bello de celebrar, en «Le Reveil», donde el aire y la luz dan vida á la elegancia del tema, haciendo perdonar alguno que otro recuerdo de Lobre y de La Touche. Sinceramente esperábamos obra de mayor altura que la que De La Gándara nos brinda con su «Don Quichotte», cuya teatralidad parece convenir

á un escenario de tres al cuarto, no á la sede del arte severo. Tratar una figura tan grande como la inmortalizada con tanta naturalidad y buen humor por el portentoso Cervantes, es obra que, á mi juicio, sólo puede pretender un genio de la pintura. Las cualidades pictóricas son de una pobreza que da lástima y á un tiempo hacen sonreír. El cuerpo del caballero de la Triste Figura está pintado con cierta sobriedad, es cierto; pero carece de vigor técnico, y esa falta de vigor se hace más obvia por razón del caricaturesco fondo que el artista pone, imitando burdamente los artificiales fondos de Zuloaga.

Lavery nos da una visión placentera de delicadeza con su obra «La mort du cigne,

Pocos igualan á Rusiñol, el pintor catalán, en la visión bella, señorial, que tiene y que sugiere de los jardines; éstos parecen gustarle más, por su poético aderezo, que los bosques, ríos, montes y cielos de los paisajes naturales. Es fresco, y su color atesora rocío. Tiene una melancolía que penetra fría-mente en el alma, melancolía inspirada, al parecer, por el sentimiento de la belleza que muere, del instante que huye hacia el olvido. La factura se hace cada vez más clara, más literaria; por lo demás, hay mucha literatura descriptiva en esos jardines. Por algo Rusiñol es literato á la vez; y por ese algo se advierte que aplica el método pictórico á sus libros, ricos de color, mientras que su pintura habla como una página de novela en sus cuadros. Guirand de Scévola juega con el colorido, como un mago que quiere seducir por medio de su arte secreto. Su «Aida Boni, de la Opera», es de una vivacidad y de una fantasía que difunden en derredor el grato encanto de vivir una dulce, alegre vida. Allí, realmente, la pintura vistosa se hace vida

Anna Pavlova», en la que el sentimiento de feminidad se hace poesía, por virtud de un pincel que trata el color con matices de lirio. Sin perder ese sentido de las proporciones que presta majestad á las masas, Guignard vuelve bonitos sus paisajes con el arte con que los anubla, por modo que extiende, dijérase, un suave velo por ellos.

por virtud de la nobleza del arte. Citemos la «Noche de estío», de Guarro. Citemos el «Retrato de niño», de Santa-María. Simón, con un modelado viviente, ha pintado un desnudo de encarnaciones amoratadas, por los reflejos del manto aterciopelado en que yace el cuerpo de su bella mujer. Bertram prodiga en sus paisajes, á manos llenas, la risa de la luz. Es de sentir que Bunny, en su «Baño de sol», otorgue excesiva importancia al biombo japonés, delante del cual exhibe tres delicados desnudos femeninos, cuyo brillo carnal y cuyo relieve quedan apagados así... Igual crítica puede hacerse de su «Silueta estival», por lo demás, graciosa. Hawthorne coloca á dos figuras: un viejo marino y un niño, palpitan-tes de vida íntima, sobre un fondo de una fealdad desagradable y de un color quebrado. En Bozanska hay que señalar á una artista de buena cepa. Sus retratos son de una finura que se empaña ar-



QUIROS. — *Retrato (s. n.)*.

tísticamente, por el empleo de un color ahilado. Las vistas de Ponthieu, de Montcourt, proclaman una factura vigorosa. Aman-Jean despliega, con cierta serenidad, su grande estilo de sentimiento y de poesía en «La Captive», cualidades que posee con un apreciable don de elegancia; su color se apaga, distante, para mejor lograr el efecto de melancolía que persigue. La muchedumbre bulle y actúa en el vasto paisaje, de colorido amable y estru-



Foto Vizzavonna.

GABRIEL GUERIN. — *El baile (A. F.)*.

jado, que Lepère expone bajo el título « Eté de Saint-Martin (Vendée) : La noce ». Jacques consigue una nota bien observada y fina con « Le Pont-Marie ». Lindo, pero frío, es el panorama que reproduce Prinnet con su obra « Assise ». Biessy, en « La Cité », obtiene una buena imitación de Monet, por lo florido de su colorido y por la lozania. Los árabes de Dinot resplandecen por la fuerza de su relieve y por su equilibrio.

Tengo para mí que Willette es uno de los artistas más grandes de la Francia actual, quizá su más fuerte personalidad. Su obra decorativa, « La valse chaloupée », es una concepción digna de un espíritu altamente representativo del alma de París. La fantasía y la realidad se confunden allí con el mayor gracejo; aquello es el París de la fantasía; aquello es la realidad de la gracia parisiense. La composición se cumple con una donosura que realza la vivacidad de la inventiva; allí se presenta el baile en sus diversas evoluciones históricas; las figuras lo representan con una gallardía que vive con la vida de bien ataviada imaginación; el color se modera en los grises y los oros, para que resalte la seducción de los contornos líricos, por así decir. Las líneas ondulan y juegan, en el espacio libre, como serpentinadas. Campea una verbosidad, en aquel ambiente de solaz social, que cobra relieve en la amable picardía del conjunto: eso es Willette. Lástima que no se precisen más algunas masas del segundo y tercer plan, pues su desdibujamiento, si bien favorece á las nubes de la imagina-

ción, es en perjuicio de la total impresión de la obra.

Puesto que los encontramos al paso, señalemos los grabados de Bretón y de Schwartz, sin olvidar el agua-fuerte de Ismael Smith, « Lady », de una distinción muy sencilla. Volviendo á la pintura, estimo que es digna de mención la florida bruma de « Vache bretonne », de Jeanne-Denise; también lo son las imitaciones holandesas de Hanicotte, un tanto á la Brueghel el Viejo, con todo y el abuso empedernido del azul de mar. El japonés Kojima parece hallarse encaudado á Gauguin, en su « Après-midi ». Los Milcendeau, en sus lóbregas escenas pastoriles, ostentan figuras que parecen hallarse dibujadas clásicamente, y aun cuajadas. Delicioso desnudo se descubre á nuestros ojos, salpicado de espuma, con sus atisbos á la manera de Renoir, en « La femme, la vague et le soleil », de Bracquemond. La « Maggie », de Anquetin, es un buen ejemplar de pintura pulimentada, no exento de frescor. Mentemos, para no olvidarlos: « Etude », del chileno Alegria; las sazoadas frutas, las delicadas flores de Lisbeth Delvolvé-Carriére; el buen Maniu, « Dans le maïs »; la noble idealidad del San Sebastián, de un clasicismo cristiano-helénico, de este gran artista que lleva por nombre Armand Point; las fantasías decorativas, siempre doradas y literarias, de La Touche; el cromatismo de Lépine; la suavidad de Robinson; la atmósfera de los Meslé. Con un no sé qué de volubilidad felina, pero sin enferma ner-

G. SIGRIS. — *Traición - Guerra de España (A. F.)*.

viosidad, Boldini, siempre ágil, notablemente ágil, nos da un retrato muy bueno de joven de la sociedad mundana, con un chaqué tratado de manera virtuosa, por el brío y la sobriedad del color. Adorable, en el verdeante bosque, es el retrato de la dama vestida de seda, con el donaire que le hace mostrar el pie; y el pintor logra una idea de armonía, en la concomitancia de la verde pintura con la verde vegetación del fondo.

La virtud decorativa de lo frutal constituye una obsesión para Dagnaux, en « La Maison des Arquebusiers ». Preciosos y brillantes, pero con vida, los retratos de damas que Béraud expone, en medios á su culto visible por la bisutería. Amplio, fuerte, profundo sentimiento de los campos échase de ver en el Ihermitte. Madeline le da por estilizar un paisaje literario ya de sí. Windmann ha conquistado Versailles, merced á las caricias de un aire lleno de amor por las columnas de mármol rosa, que prestan un sonriente aspecto á la arquitectura de allí. Hagamos alusión á las decoraciones simbólicas de Aubertin y al « quai de Lederer ». Quirós merece elogios por el amplio estilo con que desenvuelve el retrato de familia, en medio al magnífico escenario de un salón que conserva todo su ambiente de lujo y de bienestar. Barrau nos da, en la inocencia de una luz mediterránea, casi griega, una bañista que está por ser envuelta en una blanca sábana, tendida por una sirvienta; y ese desnudo, en la luminosa transparencia, es de una cas-

tidad que muy de veras contrasta con el general sensualismo de los desnudos franceses, harto provocantes á veces. No hay que pasar por el salón sin echar un vistazo á los retratos de Alaux y al buen lienzo de Larroque-Echeverría, « Campesinas en el mercado », español é italiano á la vez, con arte. Styka muéstrase robusto, como un maestro, en la elegancia natural de su triple retrato: « Caruso, Titta Ruffo y Chaliapine ». Algo, y aun mucho, habría que decir de lo que exponen Michel de Cazin; Friant; Boutet de Monvel; Guignet; Charmaison; Bloos, que pinta por medio de la ordenación de manchas titilantes; Myron-Barlow; Degen; Daynes-Grassot; Dujardin-Beaumont, de una sensualidad muy encendida; Obentener; Duhem; Dumas, caricaturizante.

Los Raffaelli, con sus vistas de Italia, se ofrecen con más variedad y exuberancia de color que las precedentes obras de este grande artista, cuya obsesión por el blanco de yeso era proverbial. Ahora dominan el verde y el azul, en armonizaciones que el pintor obtiene con finos toques de paleta, lo que adjudica cierta novedad á la acentuación negra de los contornos en que se amana el estilo de este artista. Muy expresivos, los paisajes de Cadel. Penetrantes, como siempre, con sus amarillos grises, con sus tonos metálicos, con su especial tristeza de los hombres y de las cosas, los Cottet, cuyas huellas, aunque á cierta distancia estética, siguen los Zubiurre, sin saberlo quizá. Le Sidaner ex-

pone diversos cielos, como principal motivo de sus cuadros, y los trata á manera de sinfonías de color; no convence. Laszlo, con sus retratos regios, sigue cultivando lindamente la nota digna y señorial. Howe se singulariza en la atenuación quintaesenciada del color. Dauphin gusta con la mayor predilección de las transparencias. Frieseke se afina y hace que sus sólidas cualidades progresen, florido, atrayente. Y, en lo que compete al arte pictórico, pongamos punto final, ya.

Menos abundante es la sección de escultura y menos vistosa, lo que explicaría el desapego con que la tratan los más de los críticos, sin darse cuenta de la superioridad de este arte plástico. De todas maneras, figura en ella un artista de alto vuelo: Josep Clará, que expone una obra, « Crepúsculo », digna de alcanzar el premio de honor, pues sin disputa es lo mejor de la exposición. Una mu-



ETCHEVERRY. — *Bajo antijaz* (A. F.).

Foto Manuel.

jer joven se halla medio tendida, y se sostiene con ambas manos, por detrás, irguiendo un poco el busto. Ostenta una hermosa testa de dulce modelado y traduce luminosamente una noble emoción, casi de diosa. La sombra crepuscular desciende de la testa sobre el pecho como por arte de encantamiento. El mármol se antoja de una blandura de cisne, y realmente, en él, con holgura de maestro, ha vencido el artista mil dificultades de ejecución. La forzada actitud del femenino cuerpo era trabajosa por demás, casi irrealizable. El artista, que la ha tratado con una serenidad minuciosa, ha conseguido finalmente infundirle hálito de idealidad artística, con toda belleza. La primera

impresión que su examen produce es efectivamente de « obra de belleza ». Clará, á mi ver, es un artista que ha ido pugnando desde tiempo por helenizar el sentimiento moderno; lo logra, en realidad. Obsérvase, en su manera, como el resultado de una constante preocupación de luz y de armonía. ¡ Luz y armonía! Su modelado, en medio á un vigor inquebrantable, acusa una delicadeza de contornos que dulcifica suavemente las masas, armoniza los volúmenes, hasta llegar, á veces, á un sumo equilibrio en la proporción de las partes con el todo. El pensamiento se hace obra de arte por vía de una reflexiva inspiración. Penetra, adivina sin enloquecerse y llega á un estado de gracia artística, como el que alcanzaban los griegos casi siempre en la nobleza de su pensar, en lo divino de su sentir. En el « Crepúsculo », nótase cierto contraste entre la dulzura luminosa del rostro y la robustez del cuerpo, el cual se singulariza por sus recios muslos, sus gruesos tobillos y sus disformes manos; contraste que, por lo demás, échase algo de ver en la propia testa, cuyo perfil es griego y cuya cabellera es romántica. Pero la total delineación resulta de un helenismo del más alto gusto. La delicadeza de este arte asume su expresión más fina en las testas de niño y de doncella que el propio escultor exhibe. ¡ Gran escultor!

deza de contornos que dulcifica suavemente las masas, armoniza los volúmenes, hasta llegar, á veces, á un sumo equilibrio en la proporción de las partes con el todo. El pensamiento se hace obra de arte por vía de una reflexiva inspiración. Penetra, adivina sin enloquecerse y llega á un estado de gracia artística, como el que alcanzaban los griegos casi siempre en la nobleza de su pensar, en lo divino de su sentir. En el « Crepúsculo », nótase cierto contraste entre la dulzura luminosa del rostro y la robustez del cuerpo, el cual se singulariza por sus recios muslos, sus gruesos tobillos y sus disformes manos; contraste que, por lo demás, échase algo de ver en la propia testa, cuyo perfil es griego y cuya cabellera es romántica. Pero la total delineación resulta de un helenismo del más alto gusto. La delicadeza de este arte asume su expresión más fina en las testas de niño y de doncella que el propio escultor exhibe. ¡ Gran escultor!

Rodin hace como espontáneamente surgir la vida de un bloque de duro mármol, con su busto, busto que parece cumplir la plastización de una figura de Carrière, el pintor.

deza de contornos que dulcifica suavemente las masas, armoniza los volúmenes, hasta llegar, á veces, á un sumo equilibrio en la proporción de las partes con el todo. El pensamiento se hace obra de arte por vía de una reflexiva inspiración. Penetra, adivina sin enloquecerse y llega á un estado de gracia artística, como el que alcanzaban los griegos casi siempre en la nobleza de su pensar, en lo divino de su sentir. En el « Crepúsculo », nótase cierto contraste entre la dulzura luminosa del rostro y la robustez del cuerpo, el cual se singulariza por sus recios muslos, sus gruesos tobillos y sus disformes manos; contraste que, por lo demás, échase algo de ver en la propia testa, cuyo perfil es griego y cuya cabellera es romántica. Pero la total delineación resulta de un helenismo del más alto gusto. La delicadeza de este arte asume su expresión más fina en las testas de niño y de doncella que el propio escultor exhibe. ¡ Gran escultor!

SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES

La abundancia, en punto á obras expuestas, es reina y señora de este salón, á tal extremo que la excelencia artística de aquellas queda postergada, sin remedio. La calidad y la cantidad parece que están en pugna desde tiempo lejano. Vivimos, por lo demás, en una época que establece el valor de las cosas por el número más que por la categoría. De doler es tal decadencia del gusto para el crítico de buena fé, máxime cuando tiene que echar un vistazo á más de cuatro mil producciones, como sucede en este certamen; por modo que quedan asaz bien llenados los días de que dispone para tal cometido, antes del « vernissage ».

En verdad que no faltan los talentos que parecen estar en el camino de la belleza, pero que se quedan en el camino, por no prestarles su ayuda el necesario alien-

to hasta llegar á la meta, esto es, á la belleza. Obras muy acabadas y atildadas por pintores, por escultores, por grabadores vense aquí en legión, todo es correcto; todo es seductor para los ojos que miran los simulacros del arte, sin poner el espíritu en la mirada. Los artistas afiliados á la Sociedad de los Artistas Franceses trabajan, al parecer, para este público de advenedizos, en obsequio á cuya limitada cultura no cumplen más grandes esfuerzos ni se elevan. Basta con un disfraz de hermosura por encima de la trivialidad acicalada. Los lugares comunes se reeditan según el canon impuesto por la tradicional ramplojería, pues, bajo el aspecto mercantil, sería

cosa de suicidarse tratar de ir contra esa turbia corriente. Yo estaba en la persuasión de que los artistas franceses se sentían animados por el culto colectivo de la raza, que ella les congregaba en torno á su bandera. Vano ensueño. Entre esos artistas, como entre los demás, cunde ese género de gusto cosmopolita que se complace en manifestaciones de una distinción ad-

distinción adadada. Las cualidades esenciales de la raza quedan desvirtuadas por la falta de carácter, de modo que el lienzo de un pintor francés podría ser firmado, las más de las veces, por un ruso, por un belga, ó por un yanqui, sin que nada viniese á poner de relieve la falsificación. Así se ha elaborado la

Internacional del buen gusto mal entendido. También es de sentir. Los franceses tienen, como nacionalidad, una tradición artística que ha ilustrado el arte con obras de una genuina

hermosura. ¿ Por qué no volver á la tradición por medio de un arte que pugne por acentuar, cada vez más, el espíritu francés? Así se haría más interesante este arte para el arte universal, y le aportaría mayores elementos de existencia, al fin.

Cuando doy por azar con un pintor que nos ofrece un retrato de mujer muy francés, muy parisién, esto es, cuyo semblante y actitud pongan de manifiesto la idiosincrasia de los naturales del país, lo celebro; y me digo, este pintor es artista; y es artista como los griegos que nos representaban á griegos, no á persas; y es artista como los romanos que nos representaban á romanos, no á sajones. Imitar el arte



G. DERVAUX. — *Cocina de inclusa* (A. F.).

BALANDE. — *Un asilo de Toledo* (A. F.).

Foto Manuel.

extranjero es señal evidente de decadencia.

Sala I. — Esta sala, que se halla consagrada principalmente á los lienzos de grandes dimensiones, pudiera ser la sala de honor, dada su amplitud, si en ella se expusieran obras de gran aliento y de gran arte. Hartshorne reúne, en amoríos, á un grupo de bretones, con cierto arreglo fotográfico; así, pueril, fácil, pretende revelar preocupaciones de composición. Insisto en la disparidad existente entre composición artística y arreglo fotográfico. Teissier, con las dos juguetonas niñas, en paños de cristianar, con, además, las hortensias decorativas, nos regala una divertida sinfonía de verde, por modo que el título de su obra, «Fuego artificial», no puede ser más exacto. Como una fresca fruta — y por algo, en primer plan, colocó unas naranjas vivas — Callot nos hace el presente de un dulce y sensual desnudo de mujer, en su tocador. Igual pudiera decirse del cuadro «Antes de la representación», de Guillaume, con el decorativo aditamento de los monos,

si la factura fuera menos áspera y trivial; pero es de reconocer que estuvo acertado en la tonalidad morena del cuerpo. Paul Villiers, mediante la trituration del color, con el que salpica el conjunto, pretende, en su «Bergère aux champs», reflejar la reverberación matutina: luz entre niebla. Buena pintura, buen dibujo. Fresco y pintoresco, el «Floreale», de Quignon, en medio á una factura fácil. ¿Arte y facilidad de expresión no son por ventura cosa distinta?

«El botín de la gran cacería», por Manuel Benedito Vives, es la mejor pintura de esta sala y aun de todo el salón. Demuestra poseer cualidades de la más alta distinción, como animalero: sus animales son artísticos, casi decorativos, de buena ley. El pintor se ha nutrido mucho en la contemplación amorosa y en el estudio de Velázquez, el grande entre los grandes. Pero no se dejó influir por ese empaque propio de la Corte de los Austrias, en que el genial artista desarrollara su genio; es más risueño que él, más amable, y tiene un sentido más lírico de la composición, en

M. BENEDITO VIVES. — *El botín de la gran caza* (A. V.).

Foto Manuel.

virtud de lo cual resulta más poeta, por así decir, si bien, en punto á categoría de arte, es menester guardar las debidas proporciones entre ambos artistas, toda vez que la maestría de Velázquez, dígame lo que se quiera, es inimitable para los demás pintores. La principal virtud de Benedito, como artista, es, á mi ver, ese don con que consigue lo castizo por la senda del arte moderno, más fresco así, más palpitante así, más libre así. La disciplina clásica no deja de mantener á Benedito, con mano férrea, dentro de los límites del equilibrio y de la armonía. En la obra que nos ocupa, y como principal motivo pictórico, domina una tonalidad rojiza de mucho calor, sobre la que prende el restante colorido y que, á no ser por el espíritu risueño del conjunto, resultaría rebuscada. En resolución, trátase de una pintura sana y de un pintor sano, cuya aparición ha de resultar beneficiosa para el arte, á no dudarlo.

Con un pincel que trata el color de manera natural, esto es, sin recurrir á los artificios de los pintores decadentes, Viscaí insinúa el donaire de la danza en la actitud de su viviente bailadora, en medio á un

grupo harmonioso, sobre un fondo de jardín valenciano.

Sala II. — Derechamente penetramos en el templo de lo lindo, que no es sacrosanto, con «Le Désert; — Meudon», de Pape. Con aplicación ha trabajado Bergès sus efectos de luz á través del follaje, en su retrato. Claridad entre tumbas, dulce claridad, que torna el alma diáfana, parece haber inspirado á Sabbatté sus plácidos «Tombeaux». Echemos un vistazo á los dos retratos de Winter. Veamos el rico y pulimentado retrato de M. Jean S..., por Sieffert, tan exento de nobleza. Fijémonos como Ridet, en «Confidences»; pinta cual si su pincel fuera un lápiz.

Sala III. — Roybet expone aquí un retrato de muy acabada labor. Muy mundano y con sedoso, con aderezos de jardín, es el retrato de Mme. B. de S., por el mismo. Son dignas de mención las obras de Patry, Pascou y Désiré-Lucas que se ven en esta sala.

Salas IV, V, VI y VII. — Zacharie presenta un sombrero y una amplia cinta azul, como motivos principales de su retrato de Mlle. M. L... Gusta Desch, en su retrato de Mme. P. M..., de los efectismos de color y

cree, al parecer, que ese gusto es del tiempo; el valor de su obra, empero, está en la acertada nota parisién que obtiene. En la sala sexta es de admirar uno de los más vigorosos lienzos del salón. Una mujer vieja, sobre un fondo azul, ante una ventana entrea-bierta, pasa con una cesta de naranjas en el brazo y un jarro en la mano izquierda; anda aún ágil, y el andar es de una vida expresada con la mayor animación por el fuerte color del cuadro, en el que cobra especial relieve el chal que cubre á dicha mujer. Ignoro el nombre del artista, por no haberme-lo dejado ver bien la falta de luz. Señalemos el retrato de Mme. V., por Saint-Pierre; no obstante la factura de costurero Bouchard, en su « Parterre d'eau à Versailles », siente el lirismo de la luz y transcribe la frescura que emana del beso del aire.

Salas VIII, IX y X. — Que Zo pertenece á la escuela de la elegancia de *boudoir*, lo dice claramente el retrato que ha pintado de Mme. V. P. Es de encomiar el retrato de viejo sonriente de Baschet, por el acierto de la moderna factura.

Son interesantes las miniaturas de Gabrielle Guillot, de Bellet, de Brown-Boere, Helen Cruikshank y Jacqueline, entre otras.

Salas XI al XX. — El « asilo de ancianos, en Toledo », por Balande, resulta lleno de vigor é interesa en sí, pero la factura es un tanto somera y rudimentaria. Bonnat expone un magistral retrato, con un sillón azul verde que seduce la mirada. ¡ Cuán

placentero al mirar se hace también el paisaje de Weiss, que lleva por título « Septiembre »! Paul Chabas, con sus dos retratos, resplandece de finura vaporosa; y, á no ser el acendrado culto que siente por las joyas, sería liliál. Muy bello, muy bueno, el retrato debido al pincel de Charles-Lucien Leandre. Hainant logra, con su

pincel, hacer sentir el perfume del desnudo que expone. Con deleite literario contémpanse los hermosos paisajes románticos de Rochaud. « La leçon d'amour dans un parc », de Domergue, debe ser citado por su bella fantasía y por la escritura pictórica. Léon-Pierre Félix ha tenido una idea colosal con el retrato que exhibe, por más que en algunos estultos llegue á producir hilaridad. Marcial, muy marcial el Príncipe Jaime de Borbón, por Jacquier. Alcanza Chigot una nota de buen gusto con su paisaje para tapiz, severo al par que sun-

tuoso. Sobrio, como siempre, pero con vigor, Dawant nos ha pintado dos retratos muy vivos, para solaz de los ojos.

Salas XXI al XXX. — Saludemos el lienzo « Sous le masque », de Etcheverry, por cuanto atrae la mirada con su brillo, brillo de París, amén de sus cualidades de elegante factura. Buen animalero se nos muestra Mlle. M. D. Calvés, con « Atravers les ruelles », gracias á toques de amplio pincel. Mme. M. C. Gallien Berthon, con su linda « Simone », se singulariza por la acertada nota blanca á que llega su estilo pictórico. « Los gitanos », de J. F. R. Dey-



F. PARERA. — Muchacha de pueblo (A. F.).

gas, gracias á la virtud del pincel de este artista, despiden el verdadero hálito de lo moreno. Son de señalar, con encarecimiento, á mi ver, los verdes grises que alcanza P. Montézin, en su lienzo « A la pointe de Bihit (Bretagne) ». Hutchison (R. G.), con su « Dors, bébé, dors », rebosa de ternura, que es toda una significación, para quienes hacen del sentimentalismo una como metafísica; está, sobre todo, bien pintado. Humbert (A. L. M.) sabe hallar lo vaporoso, sabio y valioso hallazgo, en su lienzo « Au théâtre », donde consigue expresar la feminidad parisién, con el sentido de la raza casi, con sólo la testa que ofrece rebosante de vida nerviosa, sin desequilibrio. En medio á la rubicundez chillona de los árboles, regios árboles, brillan las columnas de mármol rosa del Gran Trianón con brillo de nácar, merced á la pintura que E. C. Fournier expone al deleite de nuestra mirada. Buen desnudo, por cualidades pictóricas, el de L. F. Biloul, pues las tonalidades del cuerpo, algo materno, en su tendencia á

lo lacio, se destacan, empero, con alto sentido de relieve, entre la suave irisación de la tez, irisación debida al contacto de la luz lo mismo que al contacto del aire. Por la visión, frisa F. Maillaud en lo clásico, así en « La soupe des laboureurs » como en las « Laveuses ». Señalemos la « Lune de miel dans la vallée d'Anso », por Carlos Vázquez; señalemos « En Camargue », de T. H. Mayan; señalemos el « Pré fleuri », por E. A. Le Villain; señalemos, por fin, la bella perspectiva de « Le Goûter », por Mlle. A. B. Denvil.

Salas XXXI al XLIII. — Pocos artistas extranjeros han sabido asimilarse la finura francesa como Ernesto de la Cárcova, en su « Pomone », donde demuestra poseer un temperamento sumamente delicado, á juzgar por el desnudo, exento de burda sensualidad, felizmente, que constituye el principal motivo de su lienzo. Interesantes se antojan, por lo anecdóticos, « Les soupirantes » de P. A. Lawens, quien derrama, con gracia, los primores de su pincel, en el « Panneau



F. VISCAL. — Lección de baile (A. F.).

décoratif destiné à l'Hôtel de Ville de Toulouse ». Cuando se llega á cierta manifestación de señorío, en el culto á la pintura elegante, puede perdonarse esta última estrechez de miras; y así, por suerte, ocurre con el « Retrato de Mlle. Geneviève Dehelly. Placentero, en medio al espolvoreo del color, resulta el « Retrato de Mme. M... », por E. E. Martens. Camus parece no ser insensible al método pictórico del malogrado Gauguin, en su obra, sonriente sí, « Dans un jardin provençal ».

De retrato de estilo cumple Ch. A. Lenoir la realización, en su « Fantaisie pour musette ». Bajo una inundación de blanco, tono sobre el cual se fundara casi una estética, tiempo atrás, el desnudo de Brunot se antoja de almagra, sin herir la retina. Es de aplaudir lo parisién que se muestra A. Brouillet en el « Retrato de Mme. J. N. ». Martin-Gourdault, en « Sur les terrasses de Tunis », atesora buenas cualidades, sin disputa, de orientalista. Charreton nos dice, sin gritos, en « Cimes d'Auvergne », que es un buen pintor de nieve. Beckwith, en « Le réveil », nos revela el enamoramiento de que está poseído por los desnudos á la manera del siglo XIX, sensuales. Henri J. G. Martin consigue la reverberación de la luz, sobre una capa tenue, mediante la trituración del color á que llega sistemáticamente, con harta facilidad, cual si descara prestar individualidad á los diversos matices que funde unos con otros. Consigue tor-

nar íntima la escena de familia que presenta en « Sur la pergola en été », obra á que nos referimos en estas líneas, bajo la sombra iluminada de los árboles, sombra que hace borrosas las siluetas, sin que la luz, allá donde hiere, haga más acusados los contornos de las cosas, como sucede en naturaleza. Finalmente, por lo que hace al grupo hispano-americano, no echemos en olvido á cultivadores del pictórico arte como Alcalá Galiano, Nicolás Alpérez, J. Atalaya, Mario Barbosa, Celia Castro, J. Ferreira da Costa, Julio E. Fossa-Calderón, Luis Jiménez, Manoel Madruga, Felipe Masó, M. H. Nájera, M. Piazza-Ferrand, P. Ribera, M. L. de la Riva-Muñoz, J. M. Rodríguez

Acosta, A. Valenzuela-Llanos, J. M. Vera León, Mario Villares, M. Virgilio.

Arquitectura. — En esta sección, que dispone de un magnífico emplazamiento, donde las estatuas forman blancas masas de ensueño, vistas desde lejos, faltan obras de esas que recorren la sensibilidad con el divino escalofrío del arte, inanimadas que son casi todas, pues ninguna mueve á éxtasis contemplativo, ni ninguna hace olvidar la danza de las horas, que se dirigen en cortejo funerario hacia el templo de la Muerte, para el humano corazón. Zak-Parama subraya muy bien el arcano sentido de la femenina sonrisa, en aquella mujer cuyos dulces músculos palpitan de vida, los que son carne sin ser carne, mientras, sonriente, contempla las máscaras de la ficción que tiene en las manos. La sensualidad se antoja allí como la flor de perdición que se ofrece al deseo. Bella actitud, si bien destruye el juego natural de la anatomía, la de la estatua de yeso, « La femme au papillon », de Cesar Bataille.

La embriaguez está tratada por Detoy con ese acierto de la imaginación que consigue encarnar plásticamente lo que imagina como símbolo de vida. Carnes llenas de fuego vital y sacudidas por deliciosa racha de voluptuosidad son las de aquella mujer tendida sobre una peña, como una alegoría de la mitología; al pie de esa peña vese, vertida, una copa de champaña apurado y algunos recios racimos, éstos entre otros que la alegre ebria tiene en manos, entre otros que cuelgan de la simbólica peña. Linda y dulce, llena de sentimiento, es la testa de doncella que Weigele

expone, con paterno amor de estatuero que crea lo que sueña. Muscat, que gusta de los sobrios volúmenes, en medio al equilibrio total, muéstrase sensato naturalista con las dos mujeres que dedica á labores del campo. Es de encomiar la expresión risueña de la mujer que lee, de Levasseur, si bien su trabajo escultórico, en punto á estilo, resulta asaz trivial. Viva, en su preocupación, ha logrado forma escultórica la mujer expuesta por de Paris. « L'étreinte », de M. L. Béguine, produce la sensación del efusivo abrazo de amor, como en naturaleza; y arte y naturaleza se abrazan también aquí, por capricho de una hora de acierto. ULRICO BRENDEL.



LÉON LEYRITZ.
De nuestros días (A. F.).



EL AFILADOR

o o o o o

Inicia con esta poesía su colaboración en Mundial, uno de los más brillantes poetas uruguayos, Alvaro Armando Vasseur, cuya obra, ya considerable, se distingue por su singularidad, su técnica y su hondo sentir. Sus Cánticos del Nuevo Mundo, que han aparecido recientemente, colocan al autor, según el cèlebre Max Nordau, entre los verdaderos Elegidos.

El afilador, señora,
Soy,
De aurora á aurora
Voy,
Humilde en mi decoro
Laborando do llego,
Con mi Rueda que llora
Oro
Y fuego.

Mi silbo crispa
Almas y aceros,
Y van mis chispas
De Marte á Eros...

Si sufro anemia
No soy burgués,
Santa Bohemia
Mi musa es;
Cual la Academia,
Doy lustre, y prez...



Mi alma seria,
 Mi aspecto magro,
 Dicen que á la miseria
 Mi afán consagro.

Calles y plazas
 Oyen las notas
 De mi milagro.
 Cuando entre ilotas
 Como los Magos cabe sus Razas.
 Doy nuevas trazas
 A cosas viejas, sucias ó rotas.

Como una Lira,
 Mi Rueda canta mientras que gira :
 « Labor os libre
 Siempre aguerrida
 De aquella vida
 Que al aire libre
 No torne y vibre :
 Labor os libre. »

Puro tesoro
 De chispas de oro
 Vierto de mí.
 Patente
 Muestra,
 A toda mente,
 A toda diestra :
 ¡Chispear así!



Caricias de hilo
 Sobre la herrumbre,
 Que sacan filo,
 Que siembran lumbre...
 Mágicas huellas
 Del laborar ;
 Chispas ó estrellas,
 Todo es sembrar...

El afilador, señora,
 Soy,
 Pobre entre los pobres
 Voy,
 Laborando do llego
 Por unos cobres.

¡ Mi Rueda es mi tesoro,
 Mi Arte, un juego ;
 Si afilo, enfloro,
 Si templo, riego
 Fuego y oro,
 Sangre y fuego!...

VASSEUR.



CABEZAS



JOSÉ PEDRO RAMIREZ



En la vida pública como en la privada, este gran repúblico uruguayo, como en su credo político y en el civismo que muestra en la historia contemporánea de su nación, algo suave que se desliza por senderos cercanos á vergeles revestidos de paz y de amor.

Obediente sólo á los deberes de su conciencia, alerta siempre á las naturales exigencias y necesidades de su Patria, toda su existencia la encamina al cumplimiento del deber; y con facilidad traspasa, alta la frente, tranquila la mirada, todos los escollos de todas las miserias sociales por las que pasó, como tantos otros prohombres, como son concusiones, ignominias y hasta crímenes, que pudieron atajar su paso por la vida política.

Pero esto pasó ya, y obtuvo gallardamente sus reivindicaciones. Así, en cierta ocasión, el Presidente Batlle, que por cierto estaba de él algo distanciado, dijo, para hacer callar á determinados murmuradores: « A fin de que la actitud del doctor Ramírez no se despoje de la majestad que le rodea, es necesario no se falte al más humilde de los habitantes de la República, y el que tal haga, ó será castigado ó derribará á dicho Ministro, porque su política no es de mañas ni astucias, sino política de actitudes francas y decididas ».

Cuando estalló la guerra civil, calamidad perniciosa que sufrieron la mayoría de las jóvenes repúblicas americanas, y después de varias tentativas para el restablecimiento de la normalidad, que, claro está, resultaron infecundas, se recurrió á él, como caso extremo. Enfermo como estaba, prometió su decidido concurso, y lo cumplió con sagacidad y fé. Salió, pues, á través de campos verdes, que bien podían simbolizar para él esperanzas; enarbolaba la bandera de paz, y á poco de comenzadas las negociaciones, por doquiera que pasaba, surgían los vítores y saludos; y los labradores abandonaban las armas y tornaban á los aperos, y las mujeres y los niños agitaban sonrientes sus pañuelos

en señal de albricias. Al encontrarse con un regimiento mandado por Mesa, los bravos soldados, estimulados por sus jefes, levantaban sus kepis y le saludaban, como debe saludarse á un varón bienhechor, porque ya todos, militares y revolucionarios, el pueblo entero parecía aspirar al consuelo de la paz.

Pero anotad esto también. Más tarde ¡acaso seis años después! la república hierve nuevamente en otra guerra civil; y de ahí á poco, el señor Ramírez es de nuevo requerido. Noble y lealmente, lleno de bondad y bríos humanos, se lanza á calmar el estallido que amenaza.

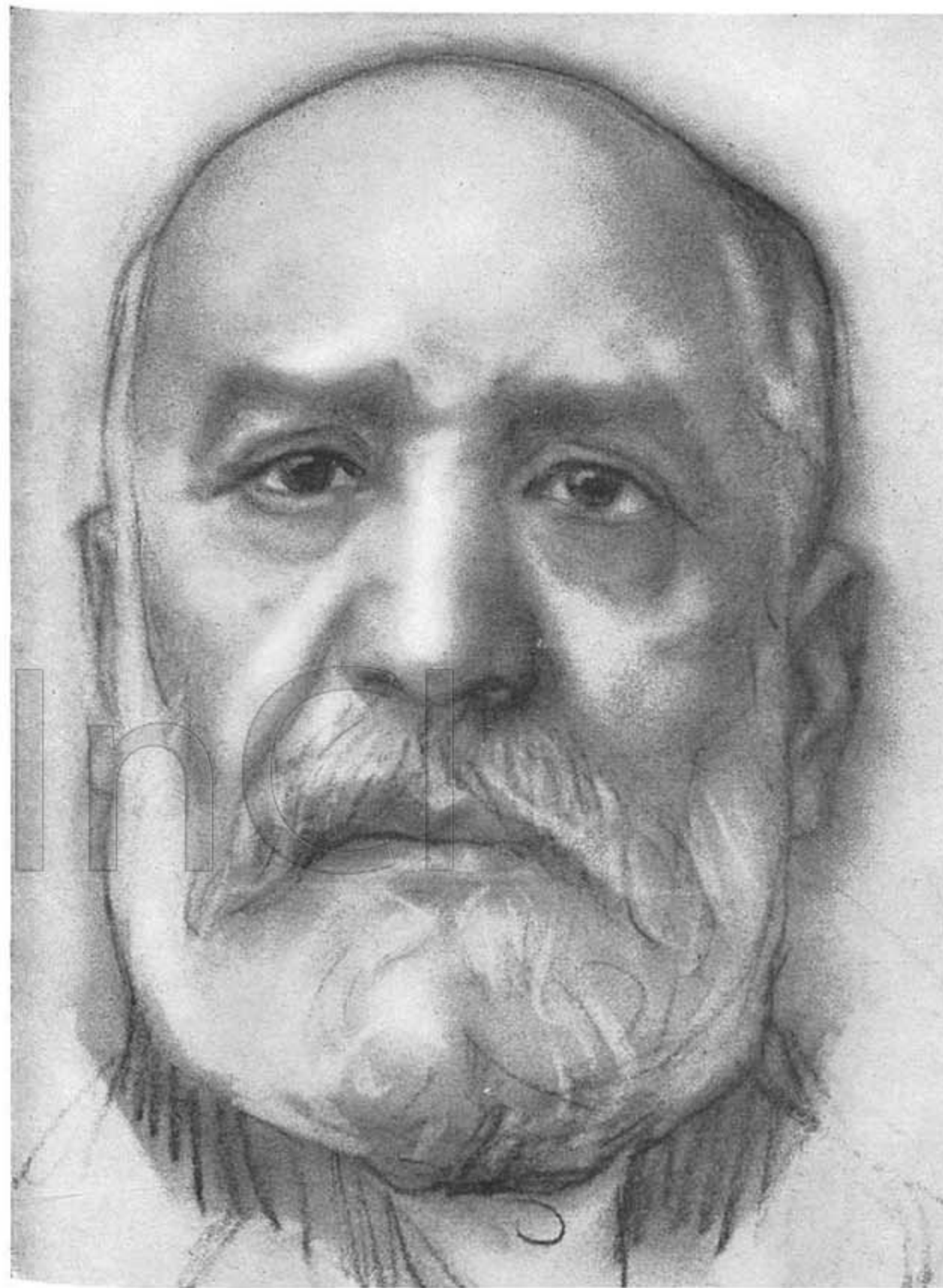
La labor es más costosa, su gestión más ardua; pero al fin logra vencer dificultades, y si hubo de luchar por conseguir el éxito, mayor es la gloria que, como nimbo, corona sus esfuerzos; y mayor es la ansiedad pública, por explotar de júbilo ante el hombre ya dos veces benemérito de su Patria.

Y es de ver en esta ocasión, como en la pasada, al pueblo de todas las ciudades que recorre amontonarse á su encuentro, vitoreándole, abrazándole, atropellando á éstos los otros que les siguen; y cómo desde las terrazas y azoteas, en aceras y balcones, no se ven sino flores que caen á su paso y llenan su coche, ni se oyen más que palabras gratas, llenas de sonoridades, que celebran al mensajero de la concordia.

El doctor Ramírez presidió en 1886 el ministerio de la Conciliación. Nadie como él ofreció testimonio más alto de patriotismo é integridad. Desde entonces, su nombre es popular, su prestigio aumentó, y su moralidad fué saludable. Pues ¿quién pudo añadir al ardoroso ímpetu que señalan sus grandes entusiasmos iniciales, la serenidad equilibrada y heterogénea que se sobrepone al espíritu, al contraste en la lucha?

Fué periodista, y en el periodismo pasó la parte más agitada de su existencia; y las páginas más intensas de la vida nacional uruguayá nacieron de su pluma.

Por esto pláceme mucho, en ocasión en que acaba de ser glorificado por su Patria, ofrecer al prestigioso representante del alma de su país, á esa figura respetable y respetada,



Don José Pedro Ramírez.

ajena en la actualidad á las pasiones del momento, el homenaje de *Mundial*, la confirmación del reconocimiento de tan gran patrio, cuyos títulos cívicos y méritos inte-

lectuales y morales testifican su personalidad política y bienhechora, en la República Oriental del Uruguay.

RUBEN DARIO.



RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS PRECEDENTES (1)

Estrazilla, Meñique, y Gil Blas son tres niños abandonados. Estrazilla se llamaba en otro tiempo Cayetano, y por abreviatura « Tanito ».

Vivia feliz entre su padre, el honrado peón de albañil Sebastián Valdemoro, y su madre, Aurora. Un día entró la desgracia en la casa. Aurora no era fiel á Sebastián. Una vez la sorprendió éste con su amante. Los dos hombres lucharon. El padre de Estrazilla fué muerto, la madre huyó y no volvió más, y el niño quedó solo. La « seña » Salvadora, una buena mujer que era vecina de los Valdemoro, recogió al chico. Estrazilla iba con ella por las calles, vendiendo frutas, dulces y azucarillos. Así vivieron, la « seña » Salvadora y su protegido, hasta que, llegado el invierno, la buena anciana murió, cargada de años y de achaques. Estrazilla,

al quedar en completo abandono, conoció la inclemencia de las jornadas sin pan y sin hogar. Una mañana en que estuvo á punto de sucumbir, exhausto, trabajó conocimiento y amistad con el señor Pepe, apodado « Traga Mirlos », tipo clásico del pajaritero ó vendedor de pájaros. El señor Pepe utiliza los servicios de una banda de pilluelos que ha sentado sus reales en la pradera del Canal, y en cuyas filas acaban de ingresar Estrazilla, Meñique y Gil Blas. Los chiquillos se aplican en cazar los pájaros y los grillos, que constituyen la base del comercio del « Traga Mirlos », y éste bautiza á la cohorte de sus auxiliares con el pomposo nombre de « La Veterana ». De igual modo que el Traga Mirlos, recurre al auxilio de La Veterana don Ulpiano Covarrubias, fabricante de caretas y de figurones de Carnaval, así como de bustos de personajes célebres. Este don Ulpiano, que es también hombre bondadoso y protector de los niños abandonados, vivió una historia tan compleja como accidentada. Hijo de un cabezalla carlista, quedó huérfano, y fué llevado á Roma por un Obispo amigo de su padre. En Roma, Covarrubias frecuentó los talleres de arte y los estudios de pintor, y agitando en un medio de ideas avanzadas y radicales acabó por adoptar las contrarias de su padre. Aventuras de amor le obligaron á huir de Italia, y á buscar fortuna vanamente en Francia, hasta que recaló en Madrid. Aquí le encontramos, establecido, concurriendo asiduamente á todos los centros y cafés que son punto de reunión para los revolucionarios.

Don Ulpiano Covarrubias ha invitado á almorzar á su amigo don Anacleto de la Redonda. Es éste un maestrillo de escuela, tímido y encogido, que reúne todos los defectos de la más completa fealdad. Terminada la comida, y durante la conversación de sobremesa, el buen don Anacleto da cuenta á don Ulpiano de un conflicto sentimental en que se encuentra: el de hallarse enamorado. Luego, los dos amigos hablan de la inminencia de la Revolución, cuyas alas trágicas se ciernen sobre el trono de los Borbones, y acaban por separarse al llegar al taller los afilados de La Veterana, y comenzar para Covarrubias la jornada de labor.

Don Ulpiano, « Meñique », « Gil Blas » y « Estrazilla », trabajan durante toda la tarde en la confección de un armamento de corazas, espadas y cascos, que necesita para aquella noche una compañía de cómicos que actúa en el teatro de Price. Al acabar el trabajo, los chicos reciben su modesto salario y se van, pero don Ulpiano retiene á Estrazilla, cuyas buenas cualidades le sorprenden, y le propone quedar á su servicio de un modo permanente.

Estrazilla acepta con entusiasmo tal proposición, y de esta suerte queda á las órdenes de don Ulpiano, quien le fija un salario, e viste, y le da albergue en su taller.

Poco después, encontramos á don Ulpiano en la famosa tertulia del Café del Iris, tertulia de revolucionarios. Conversan los reunidos acerca de los acontecimientos políticos, y en tanto, en la calle, se desarrollan las escenas diarias de motín y desorden, que habian de preceder á la caída del Trono.

En tanto que don Ulpiano, preocupado y distraído, frecuenta poco el taller, Estrazilla aprovecha el tiempo acudiendo á la escuela de don Anacleto, en donde aprende á leer. Don Anacleto vive horas felices, porque sus amores van por buen camino, gracias á la actitud conciliante de su futuro suegro.

Sabía muy bien Don Anacleto que su futuro suegro era capaz de estarse enjaretando simplezas un par de horas, y anhelaba dar otro rumbo al coloquio y enterarse de por

(1) Véanse los números de Febrero, Marzo, Abril y Mayo 1913.

qué le hablaba de aquella manera inesperada, facilitando el camino en que su apocamiento le tenía detenido, y que llegara el momento de hablar con Ernestina, aunque esta alegría que le palpitaba en el alma, se la amargaba la duda de si se atrevería á estar á la altu-

ra de las circunstancias, porque él no era como Don Celedonio, él « se andaba por las ramas », cual pájaro torpe y sin alas, incapaz de un valiente vuelo. Y así, procuró detener el curso de las confidencias políticas, con que le favorecía el padre de la que ya consideraba como su consorte.

— Pero ¿ ha consultado V. á Ernestina ?

— ¡ Alma de Dios ! Ya había yo adivinado los dulces sentimientos que le inclinan á V., y no necesitaba que ella me los revelara. El amor y el dinero no pueden estar ocultos. Pero, además, la he consultado, y está conforme y muy contenta.

— Pero ¿ ella sabía ?...

— ¡ Ni que fuese imbécil ! Y eso no, de tonta no tiene un pelo.

Al pensar que Ernestina había perdido su cabellera con el maldito tifus, y que eso la privaba de los encantos más deseables á su gentil cabeza, hizo poca gracia al maestro la inoportuna frase de Vereca.

— En suma — concluyó éste — invito á V. á que venga esta noche á participar de nuestra pobre colación.

— ¡ Con mil amores ! ¡ Nuevamente, gracias !... ¡ Cómo pagar á V. tantas bondades !

— Haciendo feliz á mi Ernestina, que es un ángel.

— ¡ Oh ! De eso no dude V. Es decir... yo procuraré... No sé... En fin... yo...

— Bueno, pues á las 9 de la noche se vuelca el puchero. No nos haga V. esperar. Yo soy amigo de la puntualidad. Si, como dicen, la puntualidad es la cortesía de los Reyes, es la obligación preferente también de los que no hemos nacido para escalar las gradas del trono... Conque, Celedonio, vamos... Despidete de tu maestro, que pronto va á ser también tu hermano... ¡ Ah ! Y téngalo V. por entendido. Nada de etiquetas... *Sans façon, sans cérémonie.* Ya me entiende V... Perdóname mi costumbre de usar frases latinas, francesas y aun de otros idiomas. Don Pascual Madoz me tiene dicho muchas veces : « Vereca, V. abusa de los idiomas vivos y muertos »... Es verdad, pero cuando se tienen ciertos principios... Yo recibí una educación brillante... sí, brillante. Estaba destinado á la diplomacia... pero luego...

Ernestina habíase adornado con las mejores galas del pobre ajuar. Su corta cabellera, que empezaba á renacer después de la convalecencia de la enfermedad, desaparecía bajo denso velo, que se plegaba sobre la frente, formando marco al rostro pálido, no exento de belleza. Palpitaba en la joven el encanto de la inocencia. Sus ojos pardos, pequeñitos,

cuanto vivos y luminosos, sonreían siempre. Unas cuantas pecas desparramadas por las mejillas deslucían un tanto la nitidez del cutis, pero, en cambio, la barbilla partida, la nariz fina y recta y la esbeltez del talle contribuían á componer un conjunto gracioso.

Anacleto, Vereca, Ernestina y Celedonio fueron á misa á la Iglesia de San Ildefonso, que era su parroquia, y al salir convinieron en reunirse á las 5 de la tarde para ir de paseo al Retiro, que entonces se hallaba en todo su esplendor estival ; los árboles cargados de hojas, las flores fragantes, el cielo alegre y luminoso. Hubiera sido aquel día dichosísimo para Don Anacleto de la Redonda, si no hubiera tenido que sufrir los vanos discursos de Don Celedonio Vereca, el cual usó y abusó de la palabra, colocando reiteradamente todos los lugares comunes, todas las frases hechas, todas las citas de la vulgar erudición que hervían en su memoria, y que él diputaba como resplandor purísimo de su cultura y de su ingenio : — « Yo soy hombre práctico, yo no me ando por las ramas. — *Ipsa facto.* — *Risum teneatis.* — *Non possumus.* — *Flatus vocis.* — *In diebus illis.* — Tenga V. por entendido. — Partamos de la base. — Sistemáticamente. — Hay que ir al grano. — Hay que poner los puntos sobre las íes. — Las gradas del trono. — La hidra revolucionaria. — *Sans façon, sans cérémonie.* — *Eppur si muove.* — *Non ragionam di lor...* — Todo el centón de los amaneramientos cursis, de un estilo aprendido en la lectura de los artículos periodísticos de baja estofa, formaban la Minerva del buen oficial de las oficinas municipales, y aquel día salió á plaza en su abrumador monólogo. El maestro de escuela, que había pensado frases tiernas y delicadas para decírselas á su novia, en cuanto hallara ocasión y se atreviera, hubo de contentarse con mirarla fijamente, y de cuando en cuando, en los breves intervalos del discurso de Vereca, exclamaba en voz baja y trémula, poniendo en los ojos bovinos luces de ternura :

— ¡ Ernestina !

A lo que contestaba ella toda turbada :

— ¡ Anacleto !

Cuando regresaron á Madrid, y dejó á su novia, á su suegro y á su cuñadito en casa, Don Anacleto creyó que debía ir á visitar á Don Ulpiano Covarrubias, para participarle el feliz suceso, homenaje correspondiente á la amistad que tenía para el artista, y necesidad imperiosa de transmitir á alguien el júbilo inmenso que inundaba su alma.

Fué corriendo al sotabanco de la calle de la Parada, con tanta oportunidad, que al mismo tiempo subía la escalera el propio



-- Yo vivo en el siglo de Pericles, y no sé nada de lo que ha acontecido después.

Don Ulpiano. De lo que hablaron, se hará referencia en el capítulo siguiente.

XIII

LOS RELINCHOS DE ROCINANTE.

Cuando hubieron entrado en la salita del sotabanco, Covarrubias preguntó á Don Anacleto cómo iban sus andanzas amorosas, y así que supo que habían llegado á la ventura, le felicitó cariñosamente.

— V. será dichoso, amigo de la Redonda — le dijo — porque además de ser bueno es humilde, y no aspira á otra cosa que al corto bien que le ha sido deparado. Conozco muy bien á Don Celedonio Vereca, y sé que es hombre excelente, sin más defecto que el de vivir en perpetuo discurso; pero eso también me ocurre á mí, y no lo juzgo pecado grave.

— ¡ Ah, Don Ulpiano! — se apresuró á interrumpir Don Anacleto. — Hay una diferencia. Todo cuanto V. dice es interesante, ameno é instructivo, mientras que Don Celedonio...

— Pues eso será la única falta que habrá V. de sufrirlo. No es tan penosa que rinda el aguante de V... Pero ya que ha venido, quiero

aprovechar la ocasión para referirle algo que ha de interesarle, porque atañe al mozo á quien V. generosamente enseña.

— ¿ De Estrazilla habla V.?

— De él hablo. Y como sé que á V. le inspiran simpatía sus desdichas y su buena condición, me apresuro á revelarles que desde que me enteré de lo que le ocurre, decidí ocuparme en remediar, hasta donde fuera posible, su desamparo y su soledad. ¿ Conoce V. los antecedentes del muchacho?

— Lo que V. me contó un día. Un drama terrible.

— ¿ Ha advertido V. que ese chico, á pesar de su vida miserable, tiene el más elevado sentimiento del honor, y que palpita en su tosca alma de hijo del arroyo una aspiración vivísima á la dignidad? ¿ Ha observado V. que el recuerdo vago de su madre, de la madre que le abandonó, que le hizo dos veces huérfano, que le arrojó al muladar, late en su espíritu constantemente?

— Algo de eso he comprendido, así como que ese recuerdo debe ser la causa de su tristeza, de una tristeza que no parece propia de sus años.

— Muy cierto. Esa es la realidad. Pues bien, yo he querido averiguar qué había sido

de la mala madre, para ver si era posible restituirla al hijo.

— ¡ Hermosa obra, digna de V.!

— ¡ Tal vez uno de mis habituales errores, inspirados en el culto al Gran Libro y á su peregrino y santo personaje! Por meterme á deshacer entuertos, me han pasado mil sinsabores, pero ni me arrepiento ni me duelo de ello, porque la Regla Nona de la Andante Caballería establece: « que ningún caballero se queje de alguna herida que le hicieran en los azares de su ejercicio. ». Así pues, cuando veo ocasión de remediar alguna injusticia, allá voy sin más dilación, y los desengaños que me suelen venir en premio de mis empresas buenas y desinteresadas, los guardo y deposito en las entrañas del eterno olvido, para que no me quiten ánimos en la próxima intención...

— Por eso le admiró á V., y le venero — dijo Don Anacleto, sintiendo en su corazón una oleada de cariño á Covarrubias.

— No es para tanto. Ni eso tiene mérito alguno. Cada uno es como es. Así como éste nace rubio, aquí nace cruel. El milano tiene garras, no por su culpa, sino porque así le hizo la naturaleza... Yo propendo á la aventura, y una indomable tendencia me lleva al lado de la razón y de la justicia... de lo que yo creo que es justo y razonable... Porque, esa es otra: yo puedo equivocarme y creer que hago el bien, cuando estoy haciendo el mal... Lo que no puedo, es resignarme indiferente á la desgracia. Cuando el egoísmo me domina, y paso una temporada ocupándome sólo de lo que me interesa, entonces pareceme que interrumpen mi sueño, en la callada noche, lejanos y singulares rumores que no son sino los relinchos de Rocinante... ¡ Sí, de Rocinante! ¡ no se asombre V., Don Anacleto! El caballo de Don Quijote relincha tras la loma que separa nuestra vida material de nuestra vida espiritual, y ese relincho es el llamamiento al perezoso, al esgoista, al desilusionado, para que se levante, se ponga en pie, y cumpla sus obligaciones y acuda á su vocación, ó á su destino. Es la invitación á sacudir la modorra, á enderezarse del desmayo, á emprender el camino de las buenas obras.

— No á todos es dado oír ese relincho — exclamó el de la Redonda con humildad — ¡ Pobre de mí que vivo en esíera tan baja, que sólo podré escuchar, acaso, los rebuznos del rucio de Sancho!

— No os tiréis al suelo, ni os abatáis con el propio menosprecio, que así es malo envanecerse como rebajarse... V., Don Anacleto, es bueno, es discreto, es generoso ¿ Qué más quiere? Dé V. gracias á Dios, porque es V.

de los elegidos... En fin, « vamos al grano », como dice su futuro suegro de V. Ello es que valiéndome de mis mañas y poniendo en movimiento á Florismarte y á Galaor... ya los conoce V... he averiguado el paradero de la desventurada mujer, de Aurora Donis, de la culpable de tanta desgracia.

— ¡ Qué tremenda historia! ¡ Pobre criatura! ¡ Pobre Estrazilla!... ¿ Y dónde ha aparecido esa mujer desalmada?

— ¡ En el hospital! En una cama del hospital provincial, idiotizada por las desventuras que sobre ella han caído... Era bella. Es un monstruo de fealdad. Era inteligente, habilidosa. Es un ser imbécil. Era una mujer honrada. Es un típico ejemplo del vicio y del pecado... Por eso dudo de sí, el añadir á los sufrimientos del huérfano una inútil é injusta carga de horrores, poniéndole en contacto con su madre, es cosa á que tengo derecho, si puedo y debo hacerlo, si no será mejor dejar que las cosas pasen como venían pasando, sin intervenir para corregirlas... Pero, no, no dudo. Cumpla el hijo sus primeras obligaciones, que son las de recoger lo que le queda de madre, y restaurarla con el amor y el sacrificio. Tal vez dentro de ese cuerpo enfermo, y en el fondo de esa alma embrutecida, queda aún algo de vida sana y noble...

— Pero, permítame V. una observación — se atrevió á decir Don Anacleto — ¿ Con qué medios cuenta el muchacho para atender á esas obligaciones?

— Yo le ayudaré. El trabajará. En el esfuerzo que realice, estará contenida la virtud de su regeneración. Para limpiarse del lodo del arroyo en que ha vivido, necesita la purificación del sacrificio... y no me pregunte V. más, porque no sé bien si acierto. Ya he dicho que dudaba; pero la duda es entre si debo hacer lo que manda la ley de Dios, ó lo que manda el Demonio... Hay dos modos de vivir. Uno, que consiste en permanecer indiferente ante la depravación social que nos rodea, sin tomarse la molestia de intentar enmendarla. El otro consiste en arrojar sobre el malvado cuando va á perpetrar la maldad, para impedirle, y sostener al bueno cuando va á caer vencido ó fatigado, para darle ánimos y fuerza. Los egoístas siguen el primer sistema, que es el más cómodo. Los abnegados siguen el segundo, que es duro y aún peligroso. Yo no sabría dejar de ser como soy, ni dejar de hacer lo que hago...

— ¡ Héroe de hijo!... ¡ Santo acaso!... ¡ Mártir tal vez!

— Pero hombre honrado siempre. Hay que hacer el bien, no porque tenga cuenta, como ha dicho un utilitarista, manchando con la

recompensa la virtud. Ya sé que el bien se entierra con el que lo realiza, y el mal surge de la tumba del protervo é invade el mundo con su vaho infeccioso. Ya sé que el bien es caso aislado y el mal epidemia. Ya sé que la túnica del justo se la reparten los criminales. Y sé, también, que habrá que esperar la venida de una generación de gigantes, gigantes de cuerpo y de alma, que así como Hércules limpió de monstruos la Grecia mítica, limpie la tierra de las legiones infernales. Entretanto, imitemos al valeroso Hidalgo...

— ¿Y sabe ya algo de lo que ocurre y del propósito de V., el muchacho? — interrogó el maestro.

— Aún lo ignora, y V. habrá de decírselo.

— ¿Yo? ¿Cómo he de saber cumplir tan difícil comisión? ¿Y qué he de decirle?

— Hablaremos y se enterará V. de mis planes, que no son tan absurdos como á primera vista pueden parecer... Quiero que sea V. el que avise á Estrazilla de lo que yo he hecho, porque pienso que ha de inspirarle V. más confianza que yo... A mí me respeta ó me teme demasiado, y V. es más joven, más bondadoso. Con V. se franqueará.

— Haré lo que V. me mande, pero eso sí, V. me explicará minuciosamente cual ha de ser mi cometido.

— Eso pienso hacer, contando con que V. no ha de negarme una cooperación eficaz y generosa. Por el pronto diré á V. que Aurora Donis, convaleciente de una infección variolosa, se halla en el Hospital, en la sala de San Francisco, atendida por el médico, que es amigo mío, y por las hermanas de la Caridad, á quienes he hablado, y que redoblarán sus atenciones para con la enferma.

— ¿V. la ha visto?

— Sí, la he visto, y al verla he sentido surgir en mi alma el recuerdo de mi madre. Mi madre era un ángel. Aurora Donis es una vil pecadora, pero es madre y eso basta... En el vivir tempestuoso mío se han ido modificando las ideas y los sentimientos primitivos, y sólo queda del antiguo hombre el amor reverencioso y tiernísimo á mis padres, y aún con más honda ternura el culto á la santa mujer bárbaramente sacrificada en Pina, por los soldados de la Reina Gobernadora. Para mí, ese amor á la víctima es una pasión cada día más vehemente, en que se mezclan y resumen todas las delicadezas del alma... A veces, pensando en el martirio de la desventurada, siento vibrar dentro de mí ser un odio terrible y vengador, y doy puñetazos fieros sobre esta mesa que preside, ya lo ve V., el retrato de mi madre, de la santa Pilar Biescas. Luego, á la ira sucede un dolor suave

y tranquilo, que funde y como que derrite todas las fibras del corazón, como si la espantosa memoria se convirtiera en el sublime holocausto que las almas generosas dedican á sus más nobles devociones. Entonces, lo que hay en el sangriento recuerdo de humano, y por humano de vil y cruel, elevase á las excel-situdes angélicas de una adoración purísima, con lo que aspira mi ánima triste á convertir el martirio de mi madre en una glorificación, algo así como lo que intentan las religiones con sus elegidos, cuando les rodean de preces en el triunfo de los altares... ¡Si, mi madre está allá arriba, y llena el cielo de resplandores!... En mis horas de impiedad y desesperación he pensado, que si existe Dios, es porque sólo un ser omnipotente ha podido crear ese dechado de perfecciones y de virtudes. Y luego pensaba que no, que no debe existir la suprema Inteligencia, la suprema Bondad, cuando ha permitido que los bárbaros hombres destruyan y aniquilen, lo que era señal y prueba principalísima de su poderío creador... ¡Loco de mí!... El dolor me ha perturbado muchas veces el cerebro, haciéndome olvidar que no es la tierra el centro de las almas... Otras veces pensaba que la religión cristiana es superior á las otras, porque se funda sobre el dolor de una madre. Para que los designios del Altísimo se cumplieran, ha sido necesario que el Hijo de Dios pasara por las entrañas de una mujer. Suprimid á la madre de Dios, y el cielo dejará de ser azul y se cubrirá de eternas nubes... Rezando la salve, mi oración única, he pensado que acaso sobra en el inspirado texto una palabra, la de « Reina ». Con decir: « ¡Dios te salve, Madre! » estaba dicho todo... ¡Oh, madre mía, hermosísima señora de mi alma! Los que te mataron habrían inventado con su crueldad el infierno, si desde los días del primer pecado no existiese por orden de Dios el abismo de los eternos dolores; porque ¿á dónde habrían ido á parar, si no, cuando la maldad hiciera estallar sus corazones negros?... Perdóneme, amigo Don Anacleto, que desborde ante V. mis tenebrosas imaginaciones... Hay días en que no puedo dominarlas, y hoy es uno de ellos... Hoy que es V. tan dichoso, yo, su amigo del alma, sufro la recaída de mis dolores.

De esta suerte, y de un tirón, habló Ulpiano Covarrubias, y con sus tristes desvarios afligía al pobre Don Anacleto, tan dado á sentir románticamente las penas de los demás.

— Las cosas que V. me dice — interrumpió el maestro — son tan hondas y tan graves, que me impresionan mucho y me llenan de tristeza... Yo también me acuerdo de mi madre, y rezo por ella todos los días. Com-



... exclamaba en voz baja y trémula, poniendo en los ojos bovinos luces de ternura: — Ernestina!

prendo lo que le pasa á V., que ha perdido á la suya de aquel modo terrible.

Seguía hablando Covarrubias con exaltación mayor á cada momento. Para él, sólo había en la vida una relación perfecta: la que une á la madre con su hijo. Las demás, eran cambio de afectos recíprocamente interesados, truco de placeres y servicios, cosa que tenía precio y se pagaba de un modo ó de otro. Por eso, la maternidad se le aparecía como la divinización de lo humano, el paso definitivo del hombre en sus anhelos de elevarse por encima de las precedidas ruindades de la existencia.

Y estos desvarios de un amor frenético á la madre asesinada, pasaban por el espíritu de Covarrubias como una tempestad, cuyos relámpagos le hacían ver la escena horrorosa en que una mujer vestida de negro, los ojos vendados, la cabellera al viento, las manos enclavijadas, en un gesto de infinita desesperación, caía al estampido de la fusilería, llenando la tierra de sangre, y el cielo de consternación y espanto.

— Los bárbaros verdugos me quitaron á mi madre y la llevaron al cielo entre el humo de la descarga. Allá arriba está. Dios



... una mujer vestida de negro, los ojos vendados, la cabellera al viento, las manos enclavijadas, en un gesto de infinita desesperación, caía al estampido de la fusilería.

salió á recibirla, y le dió la mano para que entrara, porque ella, tímida y humilde, no se atrevía. « Entra — le dijo — en el alcázar eterno. Desde hoy existe una santa más: Santa Pilar Biescas ».

Y después de estas palabras, Don Ulpiano Covarrubias quedó un rato silencioso, al cabo del cual, cambiando de tono, dijo:

— Le he hecho perder á V. un rato inútilmente... Quédesese V. á cenar conmigo, y le

manifestaré cual es mi plan respecto á nuestro protegido.

Dadas las órdenes correspondientes á la Señora Basilisa, ésta dispuso con rapidez la mesa, y pronto humeó en la sopera el bien oliente caldo.

XIV

AL MARGEN DE LA HISTORIA.

El compilador de los papeles de que nuestra narración se nutre, escribe al llegar á esta parte de ella:

« Los planes de Covarrubias, ya de acuerdo con Don Anacleto de la Redonda, para su ejecución, hubieron de demorarse por los graves sucesos que ensangrentaron la villa y Corte. Recuérdese que nos hallamos en el año de 1866. Entre los coloquios que quedan copiados y los que van á reproducirse fielmente, pasó el 22 de junio, en cuyo día y en los dos ó tres siguientes, Covarrubias no pareció ni por el taller ni por su casa ».

Añade el compilador: « Las efemérides de este año son inolvidables, y aun cuando, humildes narradores de las aventuras de gente de poco más ó menos, no aspiramos á disfrazarnos con la túnica venerable del historiador, si apuntaremos algunos hechos, por ser necesario á la buena inteligencia de nuestra crónica... »

«... El general O'Donnell era Presidente del Consejo de Ministros. Acababan de reunirse las Cortes, que celebraron sus primeras sesiones en la semana inicial del año citado. La conspiración militar ardía en Madrid y en provincias. El 9 de Enero, el general Prim se sublevó en Villarejo de Salvanes, lugar cercano á Madrid, con dos regimientos de caballería. Faltaron al caudillo otras fuerzas comprometidas, y hubo de refugiarse en Portugal, cortando en su retirada el puente de Fuentidueña. El capitán Espinosa, uno de los oficiales sublevados, fué preso y conducido á Madrid, donde se le fusiló, así como á varios sargentos infieles. El 22 de junio estalló la rebelión en Madrid, rebelión muy sangrienta, reprimida por el gobierno. Mil hombres perecieron en la refriega. Fueron suprimidos todos los periódicos progresistas y demócratas. Comenzó el destierro de los sospechosos. Cuerdas de presos salían diariamente para las Antillas y Fernando Poo. Sesenta y seis sargentos fueron fusilados en las afueras de la capital. Castelar, Sagasta, Martos, Becerra, Aguirre, Rubio y Montemar se refugiaron en París: habían sido condenados á muerte. El general O'Donnell fué desposeído del mando, y formó Gobierno el general Narvaez, jefe del partido moderado. La reacción de hecho fué sustituida por la reacción de doctrina el 10 de julio. O'Donnell publicó en la prensa terribles acusaciones contra la Reina Isabel II, diciendo que ésta quería que fusilase á todos los sublevados presos, que pasaban de 1500, y que él fuera el verdugo, para que inspirase horror á España... »

Y concluye el compilador diciendo:

« Este era el ambiente trágico que se respiraba en Madrid en aquellos días, cuando Covarrubias y Don Anacleto de la Redonda se ocupaban en la cristiana tarea de unir la madre enferma al hijo abandonado... Puede

el transcriptor continuar su obra hojando el legajo siguiente ».

En él se dice que había llegado el fin de Julio, y que el nuevo gobierno, que había comenzado sus gestiones prometiendo el olvido de lo pasado, y la amnistía á los militares y paisanos que cometieron el delito de sublevación, se rectificó rápidamente, é inició una política represiva de insuperada violencia.

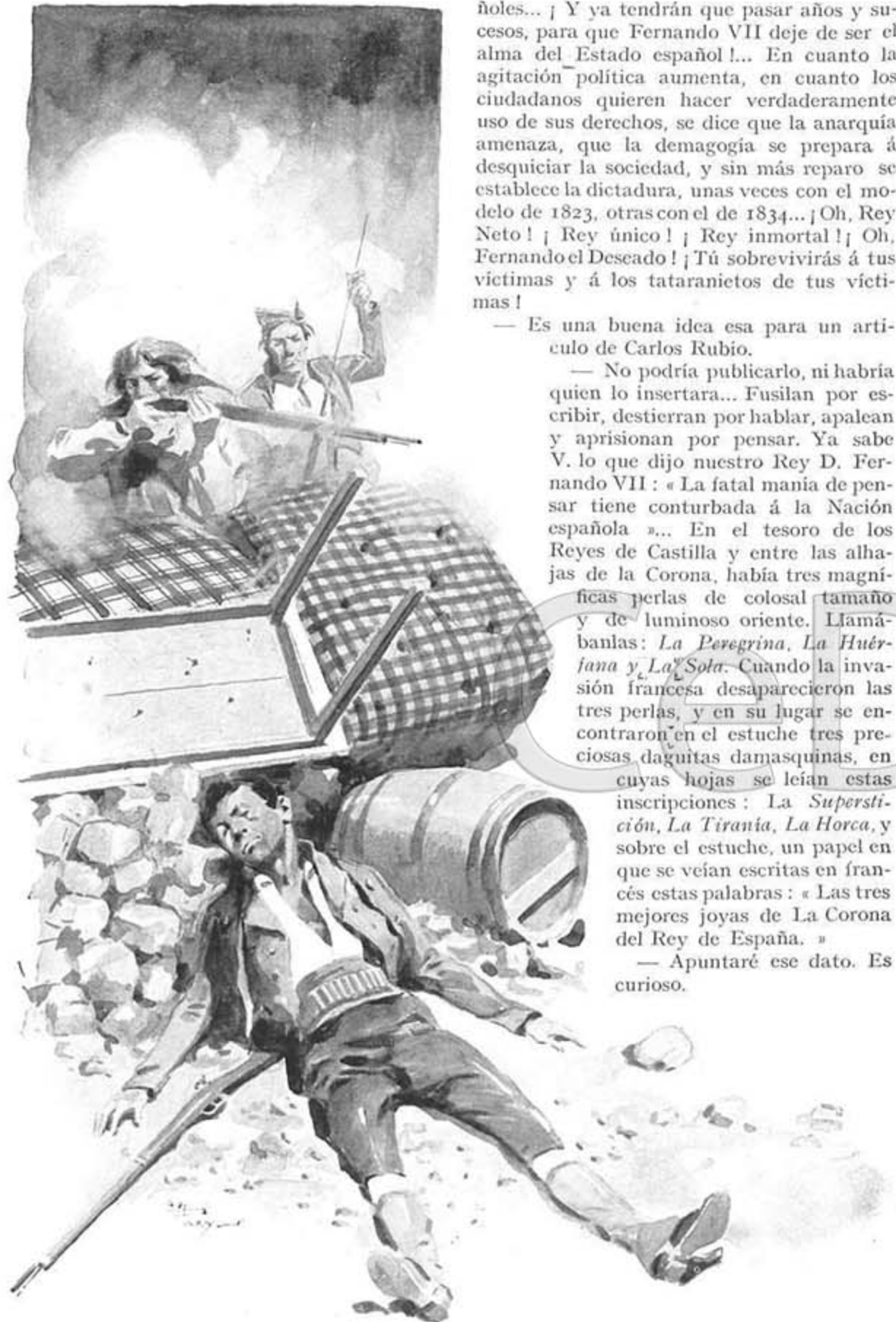
Covarrubias, vestida su blusa de trabajo, preparaba en su taller los moldes de varios maniqués y la pasta con que había de hacerlos, ayudado de Cayetano Valdemoro, ó sea Estrazilla, y de *Meñique*, el menudo haldraposo, que apareció en las primeras páginas de este relato. También estaba allí Bernardo Puga, que vivía en las inmediaciones del taller, y al pasar hacia el centro de la villa solía detenerse un rato á comentar con Don Ulpiano las noticias del día.

— ¿Ha visto V? ¡Qué horror! — exclamó Puga. — El *Majo de Loja* (Narvaez) ha sacado el espadón. Han sido suprimidos los pocos periódicos que quedaban, y á los que siguen publicándose, que son los ministeriales y los neos, se les ha ordenado que no inserten más noticias que las que hayan aparecido en la *Gaceta*. Sagasta y Aguirre, que habían vuelto de la emigración fiados en las promesas de Narvaez, han tenido que escapar, porque iban á prenderles. Más de 200 progresistas han sido enclavijados, y 100 de ellos saldrán maniatados para Fernando I o uno de estos días. Se ha publicado un decreto, ordenando á los contribuyentes que paguen adelantados dos trimestres de impuesto. Pasado mañana fusilarán á 12 sargentos de los comprometidos en la rebelión del 22 de junio. ¿Qué le parece á V? No es mal puñado de noticias el que le traigo... Y ya puede V. prepararse, porque el mejor día le echan á V. el guante y le trasplantan con sus muñecos á Corisco.

— No me sorprenderá — contestó Covarrubias sin interrumpir su faena. — La reacción vuelve. Es el estado natural de la política española... Yo he visto en estos días el fantasma negro que, en circunstancias tales, ronda por la Plaza de Oriente...

— ¿Qué fantasma es ese?

— Pues ¿cuál ha de ser?... Es Fernando VII, el Rey *Neto*, el verdadero, el único Rey de España, el que más homenajes ha recibido del pueblo, sin duda porque es quien mejor le sirve y más le agrada. Dicen que se murió y le enterraron. No lo crea V., Puga. Enterrarían su carne corrompida, pero su espíritu sigue mandando, inspirando y guiando á los espa-



El 22 de junio estalló la rebelión en Madrid, rebelión muy sangrienta...

ñoles... ¡ Y ya tendrán que pasar años y sucesos, para que Fernando VII deje de ser el alma del Estado español!... En cuanto la agitación política aumenta, en cuanto los ciudadanos quieren hacer verdaderamente uso de sus derechos, se dice que la anarquía amenaza, que la demagogía se prepara á desquiciar la sociedad, y sin más reparo se establece la dictadura, unas veces con el modelo de 1823, otras con el de 1834... ¡ Oh, Rey Neto! ¡ Rey único! ¡ Rey inmortal! ¡ Oh, Fernando el Deseado! ¡ Tú sobrevivirás á tus víctimas y á los tataranietos de tus víctimas!

— Es una buena idea esa para un artículo de Carlos Rubio.

— No podría publicarlo, ni habría quien lo insertara... Fusilan por escribir, destierran por hablar, apalean y aprisionan por pensar. Ya sabe V. lo que dijo nuestro Rey D. Fernando VII: « La fatal manía de pensar tiene conturbada á la Nación española »... En el tesoro de los Reyes de Castilla y entre las alhajas de la Corona, había tres magníficas perlas de colosal tamaño y de luminoso oriente. Llamábanlas: *La Peregrina*, *La Huérfana* y *La Sola*. Cuando la invasión francesa desaparecieron las tres perlas, y en su lugar se encontraron en el estuche tres preciosas daguitas damasquinadas, en cuyas hojas se leían estas inscripciones: *La Superstición*, *La Tiranía*, *La Horca*, y sobre el estuche, un papel en que se veían escritas en francés estas palabras: « Las tres mejores joyas de La Corona del Rey de España. »

— Apuntaré ese dato. Es curioso.

— Curioso y simbólico, amigo Puga. Pero al fin vendrá el estallido. Aún hay sol en las bardas.

— Los revolucionarios se preparan. El día menos pensado salta la mina, y vuela todo por los aires.

— Ya hubiera sucedido eso, si todos los que hablan y prometen cumplieran sus compromisos, pero el miedo es muy poderoso auxiliar del tirano. Revolucionarios hay muchos en el café, y pocos en la barricada. Ya sabe V. que Sancho decía: « Muchos son los andantes. » — Y que D. Quijote le contestaba: — « Pero pocos los que merecen el nombre de caballeros. »

— Sin embargo, el 22 de junio bien se batió el cobre.

— Si entonces hubieran ido á pelear todos los que lo habían prometido, hubiera triunfado la libertad.

— No todos se deciden como V. á jugarse la cabeza.

— Yo ese día hice poco, pero hice lo que pude.

— ¿ Y V. confía en que, cuando la Revolución triunfe, España será grande?

— No lo creo. La Revolución es necesaria como un castigo á los tiranos, á los verdugos, pero no saldrá de ella el concepto de la vida nueva. La Revolución es como el viento: gran destructor, mal obrero.

— ¡ Qué pesimismo!

— No basta que la revolución sea la venganza de los oprimidos, para que sea santa. Es preciso que triunfe, además, para moralizar á las clases elevadas, para corregir las impudencias de la Corte, de esas damas linajudas que consideran el libertinaje como un privilegio de clase.

Despidióse Puga que, oyendo á Covarrubias, había hecho buen acopio de frases para distribuir las en cafés, tabernas, en su diario y constante revoloteo sobre los grupos de murmuradores y comentaristas.

Entonces, Covarrubias llamó á *Estrazilla*, y le dijo:

— Oye, Cayetano, antes que se me olvide. Mañana por la tarde, á las 5, irás á ver á Don Anacleto. Quiere hablar contigo. No faltes...

XV

CANIS FAMILIARIS.

En la infancia de todas las literaturas dialogan los animales, para dar á los hombres lecciones de virtud, prudencia y fortaleza, lo cual parece indicar que los irracionales tuvieron su filosofía antes que el ser dotado de raciocinio, y es prueba de que el instinto, an-

terior á la razón, ha ejercido y sigue ejerciendo su oficio de Mentor cerca de la inteligencia humana, con la autoridad que da la vejez. Por eso, sin duda, el memorialista que anotó la presente historia no considera deshonrada su pluma, cuando da entrada entre sus personajes á un perro, y refiere la vida y milagros del can, por lo menudo, sin pararse en barras.

Ello es que al decirnos que *Estrazilla*, ó si se quiere Cayetano Valdemoro, se dirigía á la siguiente mañana por la Tela, hacia los altos de Chamberí, para ir al taller de Don Ulpiano, de vuelta de un recado de éste, añade que el mocito vió que se le acercaba un perro negro con pausado andar, el hocico en el aire, el rabo á la rastra, y se le paraba delante, como hace un amigo con otro cuando le encuentra en la calle, y quiere echar con él un rato de parlorio. Amigos eran en efecto el chico y el perro, y se trataban con profundo cariño. Les había reunido el azar en la Plaza del Rastro, un día en que varios granujas tenían echado un lazo al pescuezo del perro, y le arrastraban para ahorcarlo, odiosa brutalidad en que se divierten los chicuelos como si ya fueran hombres. *Estrazilla* la emprendió á puñetazos con los verdugos que, siendo tan crueles, habían de ser cobardes, y libertó al can. Este no olvidó jamás aquel servicio, lo cual no parecerá inverosímil, si se advierte que no hablamos de un ser de la especie humana, sino de un individuo de la raza canina.

Siguió el perro al chico, y se detuvo delante de la puerta del taller, y allí se tendió en el suelo, las manos á la larga y sobre ellas la cabeza, mirando á *Estrazilla*, que le decía:

— ¡ Espérate, *Tomillos!* á ver si hay por aquí algo para ti.

Meñique, que estaba partiendo una tabla para hacer astillas y encender la lumbre, exclamó:

— ¡ Ya está ahí *Tomillos!* Se conoce que tiene hambre

En efecto, el perro andariego no molestaba con visitas inútiles. Cuando encontraba en los basureros algo de que alimentarse, no acudía á la caridad, pero si sus pesquisas eran infructuosas, iba á donde estaba cierto de hallar amparo. Así que le daban lo preciso, partía sin más explicaciones. Jamás ladraba. Si otros perros le molestaban, les dirigía una mirada de desprecio y seguía su marcha, el hocico en tierra, el rabo caído, el paso lento. Solía ir á los lugares donde la gente se reunía, como si gustara de las grandes muchedumbres. Los lunes por la tarde rondaba por la Plaza de toros. En las mañanas iba á la Plaza de la Armería para asistir á la Parada,

o sea al relevo de la guardia de Palacio. Hacía sus entradas en el Matadero, por ver si hallaba ocasión de meter el diente en algún mondongo abandonado por los tripicalleros. Cuando llovía, cobijábase en los arcos de la Plaza Mayor. En los cuarteles era conocido, porque, á la hora en que se daba á los pobres la sobra de los ranchos, allí estaba él, esperando su parte, que pocas veces le negaba la caridad de los furricles. Era un perro triste y resignado con su miseria, y tan amigo de la libertad que, habiendo Covarrubias un día dicho á *Estrazilla* que le recogiera y le diese albergue en el taller, si á él podía entretenerle en los muchos ratos en que se quedaba solo el muchacho, no hubo medio de encerrarle. Sin meter ruido, mansamente, mirando con sus grandes ojos castaños á *Estrazilla*, como si le pidiera perdón por no aceptar el hospedaje, alejándose por los desmontes de Chamberí, y se tendía al sol en algún altozano solitario. Covarrubias, que de todo tomaba pretexto para sus disquisiciones, exclamó:

— Este perro es un sabio. Prefiere ser libre á vivir cómodo. Sin duda ha tenido amos crueles, y no se fía del género humano.

Aquel día, cuando vió el señor Ulpiano que *Tomillos* estaba á tendido ante la puerta del cochero, dijo:

— Cuando traiga la señora Basilisa el almuerzo, darle lo que sobre al pobrecillo animal. Cuidadle, porque representa *Tomillos* en la sociedad española la jerarquía que sigue á la nuestra. Después de *Tomillos*, sigue *Meñique*.

Esperó el perro, que ya sabía á qué hora se tocaba á yantar en aquella casa. Cuando almorzó Don Ulpiano, arrojó á *Tomillos* los

restos de una chuleta, y dijo dirigiéndose á los muchachos:

— Este que aquí veis tirado en el suelo, royendo el hueso que acabo de arrojarle, es la obra maestra de la naturaleza, que ha puesto en él un resumen de las prendas morales que quiso y no logró que tuviese el hombre... El hombre y el perro eran fieras en el origen de sus vidas. El perro se amansó, se civilizó, y no le quedó resabio alguno de su primitiva fiereza. El hombre aún se acuerda de que ha sido fiera... Se dice — lo dice Cervantes — que el hombre aprendió el vómito del perro. Este movimiento fisiológico surgió del estómago de la bestia, un día en que vió á su amo y señor rendirse al miedo, venderse al oro, entregarse á la embriaguez, azotar á su hembra, martirizar á su hijo. El perro, ante el espectáculo que daba el Rey de la Creación, sintió un asco indomable. Así nació el vómito... El perro no ha apren-



Amigos eran en efecto el chico y el perro, y se trataban con profundo cariño.

dido la mansedumbre y la lealtad en la escuela humana. Jamás se ocupó el hombre de tal enseñanza. Al contrario: se ha ocupado en despertar en su fiel servidor el antiguo instinto de la fiereza. Le ha enseñado á ser cruel, y le ha adiestrado para que fuese can de guerra. Le ha enseñado á engañar, y le ha convertido en can de contrabandista. Le ha enseñado á ser astuto y cruel, y le ha hecho perro de policía.

(Se continuará en el número próximo.)

La Embajada especial Argentina en Francia



El gobierno argentino ha enviado diferentes embajadas especiales á los gobiernos europeos, para agradecerles la parte que éstos habían tomado en la celebración del centenario de la Independencia argentina. El Sr. Manuel Láinez fué nombrado para cumplir esta misión en Roma y en París. El Sr. Láinez fué en Roma grandemente festejado, tanto en los círculos oficiales como por la alta sociedad. La prensa, sin excepción, hizo el elogio del insigne fundador de *El Diario*, enumerando sus revelantes méritos. S. M. Vittorio Emanuele III ofreció una comida en su honor. Y tanto el embajador como la señora Láinez, han dejado en la capital italiana el recuerdo lisonjero de su cumplida caballerosidad y de su gran distinción.

Entre las diferentes solemnidades que el mundo diplomático y social de Roma no olvidará, podemos mencionar: La audiencia real; la comida en el Quirinal; la visita á la tumba de Humberto I; la función de gala en honor del embajador argentino en el teatro Constanzi; el banquete ofrecido por el embajador de Inglaterra; la recepción de despedida ofrecida por el propio embajador.

El rey de Italia ha conferido á éste el gran cordón de los Santos Mauricio y Lázaro.

Además de D. Manuel Láinez, la embajada estaba formada por el coronel D. Martín Rodríguez, y los agregados D. María o de Nuzué y D. Julián Martínez.

Procedente



El Embajador señor Láinez saliendo del Hôtel Crillon para ir á presentar sus credenciales.

de Londres, donde fuera á pasar unos días, el Sr. Láinez, su distinguida señora y los miembros de la embajada llegaron á París el 3 de mayo, y se aposentaron en el Hotel de Crillon, donde el gobierno francés les había reservado hospedaje.

El día 5, el embajador visitó oficialmente, por la mañana, al ministro de relaciones exteriores, M. Stephen Pichon, á quien presentó sus credenciales. El mismo día, por la tarde, M. Mollard, introductor de embajadores, le fué á buscar al hotel, así como á todos los miembros de la misión, y en coches de la presidencia, escoltados por un escuadrón de cocareros, les condujo al Elíseo. Un batallón de infantería hizo los honores al embajador, y la música tocó el himno nacional argentino.

Una vez en presencia del presidente Poincaré, el embajador pronunció el siguiente discurso:

« Señor Presidente :

« El Presidente de la República Argentina, interpretando la opinión del país y la simpatía de su pueblo, me confió la misión de presentar á S. E. el testimonio de su gratitud, por la adhesión de Francia y la presencia de su eminente embajador en

« las fiestas de
« nuestro primer centenario de libertad, y ofrecer, al mismo tiempo, á S. E., sus felicitaciones por su elevación á la más alta magistratura, recompenza de las democracias orgánicas á los servicios, al talento y á la abnegación de sus ciudadanos preferidos. Esta doble misión, que

« me cabe la profunda satisfacción de cumplir, contribuirá á unir más aún, si es posible, los lazos de familia y de tradición que unen á los dos pueblos, de origen común y de idéntico ideal.

« La estadística es siempre, y más que nunca en nuestras relaciones económicas, una ciencia imprecisa y muy poco cercana de la verdad. Sus cifras no llegan á fijar el valor de las sutiles industrias francesas, de su elegancia, de su belleza, como tampoco pueden precisar un valor material á la adquisición del buen gusto, de la gracia y de la gran cultura estética que mis compatriotas adquieren en el ambiente de esta ciudad deslumbradora é incomparable. Sólo sabemos que, además de algunos productos de nuestras industrias primarias, la Argentina coloca, por medio de sus excursionistas, una considerable parte de sus rentas en vuestro país, y que recibe y hace prosperar los numerosos millones que el ahorro francés confía á sus manos honradas y laboriosas.

« Pero sabemos también que el comercio de ideas y de sentimientos, tan frecuente entre los dos países, es sin duda el más precioso para nosotros, no deja huellas materiales, y constituye, no obstante, el lazo más sólido para la realización de los destinos de ambos pueblos. Dignese aceptar, señor presidente, con los votos que le presento en nombre de mi gobierno, los que le formulo para la mayor gloria inmortal de Francia y para la felicidad de S. E. »

El Presidente de la República respondió :

« Señor embajador :

« Agradezco mucho al Señor Presidente de la República Argentina la misión que ha tenido á bien confiar á S. E., y que me presenta un testimonio tan precioso de amistad.

« Francia será vivamente sensible á los sentimientos que S. E. le expresa, por modo elocuente, en nombre del pueblo argentino. Francia no puede ser indiferente á nada de lo que interesa á vuestra libre democracia. Por eso se congratuló en participar á las grandes fiestas que la Argentina celebró, en conmemoración de recuerdos que le son gratos.

« Francia ve con agrado que sus hombres políticos, sus escritores y sus artistas visiten, cada día más numerosos, vuestro bello país, y regresen con el alma admirada y el corazón seducido.

« Como dice V. E., este comercio intelectual no se refleja en las estadísticas ofi-

« ciales ; pero no por eso deja de contribuir á estrechar los lazos que nos unen, y á facilitar nuestras relaciones económicas. Mantiene en nuestras dos naciones las tradiciones de familia, la comunidad de gustos, la identidad de cultura, y las acerca cada vez más, por el pensamiento, á través del océano.

« La República francesa hará cuanto de ella dependa para desenvolver, bajo todas las formas útiles, estas relaciones de amistad.

« Ruego á S. E., señor embajador, quiera transmitir al Señor Presidente de la República Argentina mis más ardientes votos para su felicidad personal, y para la prosperidad de su país. »

El embajador, después de algunos momentos de conversación con el Presidente, fué conducido á su hotel con el mismo ceremonial.

Por la noche del mismo día, el ministro de Relaciones Exteriores y Mme. Pichon ofrecieron, en el Palacio del Quai d'Orsay, una brillante cena en honor del embajador especial argentino y de la señora de Láinez. Entre las personalidades francesas y argentinas que asistieron á esta cena, recordamos :

El ministro de la República Argentina y señora de Larreta ; el ministro de Trabajos Públicos de la Argentina y señora de Ramos Mexía ; los miembros de la misión especial, M. y Mme. Fouquet-Dupare ; el ministro de la marina, ex-embajador especial de Francia en la República Argentina, y Mme. Pierre Baudin ; los ministros de Hacienda y de Agricultura, MM. Dumont y Clementel ; M. Hanotaux, de la academia francesa, y señora ; el profesor Pozzi, de la Academia de medicina ; los condes de Cahen d'Anvers ; los vizcondes de Breteuil, y muchos otros que sería prolijo enumerar.

El ministro de Relaciones Exteriores pronunció el siguiente brindis :

« Señor embajador :

« Ya que soy yo el primero que tiene el honor y la suerte de recibir á S. E. en Francia, permítame que le manifieste la satisfacción y el placer que nos causa su presencia entre nosotros.

« Mucho nos congratulamos que sea en S. E., en quien haya recaído la elección del señor Presidente de la República Argentina para traernos, en nombre de su país, la expresión de sentimientos que tan bien se corresponden con los nuestros.

« Nos congratulamos de expresarle toda



El Embajador especial Sr. Láinez y el Sr. E. Larreta en la puerta del Hôtel Crillon.

« nuestra simpatía para con su persona, y nuestra amistad para con la grande República que tan dignamente representa S. E.

« Así nos es grato aprovecharnos de cuantas ocasiones podemos para estrechar los lazos que nos unen á la República Argentina. La presencia de S. E. aquí es una nueva garantía de nuestra unión.

« Al beber, pues, á la salud de S. E., señor embajador, lo hago también á la del Presidente de la República Argentina, Señor Saenz Peña, cuyo viaje á Francia no hemos olvidado, á la de su eminente compatriota señor Ramos Mexía, y á la de vuestro excelente ministro en Paris, Señor Larreta, que es un amigo para todos nosotros ; bebo, pues, á la amistad cada vez más grande, á las relaciones cada vez más estrechas y prácticas, entre el pueblo francés y el pueblo argentino. »

El embajador señor Láinez agradeció con frase feliz y brillante las palabras del ministro de Relaciones Exteriores, y brindó por la salud del Presidente de la República francesa y por la gloria del pueblo francés.

No es necesario decir que ambos discursos fueron unánimemente aplaudidos por los distinguidos comensales.

Al día siguiente, 6 de mayo, fueron el presidente de la República y Mme. Poincaré, quienes ofrecieron una comida en honor del embajador argentino y de los miembros de la misión que le acompañan.

A esta comida asistieron, además del ministro argentino Sr. Larreta y del personal de la Legación, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Relaciones Exteriores y M. Pierre Baudin, que como hemos dicho, fué embajador especial de Francia en el centenario argentino. Después de la comida, que fué cordial y afectuosa, el Presidente y los ministros conversaron larga y amigablemente con los enviados argentinos y con los miembros de la legación. El señor Láinez ha dejado en el Elíseo y en el seno del gobierno francés la más grata de las impresiones, que se ha traducido en las constantes y significativas muestras de simpatía de que ha sido objeto, por parte no sólo del mundo oficial, sino también de la sociedad parisiense, tan avara de halagos y de manifestaciones. El embajador argentino ha sabido corresponder á ellas con gran distinción y celo, probando una vez más su caballerosidad, su tacto y su talento.

El mismo día, por la noche, el ministro de la República Argentina en Francia y la señora de Rodríguez Larreta dieron en el mag-

nífico hotel de la Legación, bellamente decorado é iluminado, una gran y elegante cena en honor del embajador especial y de la señora de Láinez.

Entre los comensales de este banquete pudimos notar: el presidente de la Cámara de los Diputados y Mme. Deschanel; el presidente del Consejo y Mme. Barthou; el ministro de Relaciones Extranjeras y Mme. Pichon; el embajador de Italia y Mme. Bice Titoni; el ministro de Trabajos Públicos de la República Argentina y señora de Ramos Mexía; el presidente del comité « France-Amérique » y Mme. Hanotaux; el cónsul general de la República Argentina y señora de Reynolds; Don Julián Martínez, secretario de la embajada extraordinaria; don Marcelo T. de Alvear y señora; don Carlos González Moreno y señora; el coronel Martín Rodríguez, agregado militar á la embajada extraordinaria; el teniente coronel don Avelino Méndez y señora; y todo el personal de la Legación.

La recepción que siguió á esta cena fué, como todas las dadas por los señores de Larreta, brillantísima. Los numerosos amigos que cuenta en París el ministro argentino, y que lo son sinceramente también de la gran República del Plata, respondieron amablemente á la invitación que se les había hecho. La señora de Larreta hizo los honores de la casa, y todos los invitados no se cansaban de alabar su gracia y esquisitez, como así la

de la señora de Láinez, que era objeto de todas las demostraciones de simpatía que, en su elevada dignidad y con su excelente trato, sabe conquistarse por todas partes.

Vimos en la recepción, sin contar el sinnúmero de notabilidades de las letras y de las artes, de la banca, de la industria y la colonia argentina en peso, á los embajadores de Alemania, de Estados-Unidos y de Austria-Hungría; á la condesa de Szécsen de Temerin; al embajador de Turquía y señora; á los ministros de Suecia, Costa-Rica, Suiza, Méjico, Rumania, Bulgaria, Persia y Mónaco; y á los encargados de negocios del Paraguay, del Ecuador y del Uruguay.

Las altas dotes de caballerosidad y de hombre de mundo que posee el Sr. Láinez, fueron una vez más, en esta ocasión, apreciadas por una sociedad distinguida y refinada, que no tardó en conceder al embajador argentino toda su respetuosa simpatía.

Estas han sido las fiestas oficiales dadas en honor del eminente embajador y de su comitiva. Rindiendo homenaje á sus relevantes méritos, el gobierno francés ha nombrado al Sr. Láinez gran oficial de la Legión de honor, y oficiales á los otros miembros de la misión.

Al mismo tiempo, como testimonio de la fraternidad franco-argentina y de la alta estima en que Francia tiene al Presidente de la Nación Argentina, el Dr. Saenz Peña ha sido nombrado gran cruz de la Legión de honor.



El coronel Martín Rodríguez, agregado militar á la embajada especial argentina en París.

LA IMAGINACION BRASILEÑA

Conferencia del Sr. GRAÇA ARANHA, en la Sorbona.

EN los primeros días de Mayo, y bajo la presidencia de Mr. Ernest Charles, ha tenido lugar, en la Sorbona, una interesantísima manifestación de alta intelectualidad.

El Sr. Graça Aranha, ante un numerosísimo y selecto auditorio, pronunció una magistral conferencia acerca de *La Imaginación Brasileña*. Glosaron esta disertación el celeberrimo poeta Edmundo Rostand — que hizo la apología de las literaturas extranjeras y, sobre todo, el elogio del ingenio francés — y el Presidente del Consejo de ministros de Francia, Mr. Barthou.

El Brasil — dijo Graça Aranha — es el país de la imaginación. No se trata solamente de la facultad de idealizar, ni del poder creador; tampoco se refiere exclusivamente esta cualidad á la actividad del pensamiento y á la facultad de abstracción, tratase más bien de la ilusión originada por la representación del Universo; es un estado de sugestión mágica ante el cual, la realidad se borra y se transforma en imágenes que pueblan, obsesionan y exaltan el espíritu.

Los orígenes lejanos de la imaginación brasileña se encuentran en el espíritu de las distintas razas que se han encontrado y se han fundido entre los prodigios de la naturaleza tropical. Cada pueblo ha llevado al Brasil su melancolía especial; cada raza llegó al Brasil con el alma oprimida por el terror de dioses diversos, por la angustia de los recuerdos de un pasado, perdido para siempre, y cuya nostalgia se agrava con la inexplicable é intensa inquietud que se siente en toda tierra extraña.

Así nació esa sensibilidad implacable que agiganta y deforma todas las cosas; que enaltece y deprime el espíritu; que traduce todas las aspiraciones y todos los deseos; y que es el turbio manantial del que brotan, al par, la Poesía y la Religión, ensueños á través de los cuales vamos en afán de Infinito. Luego de ese vuelo imposible, las alas de nuestro albedrío se rinden, y caemos, tornando á las brumas de la inacción y del deseo.

Al Brasil llevaron los portugueses sus anhelos de espejismo y su melancolía ensoñada y profunda. Al Brasil llevaron los negros sus fábulas y sus leyendas, y los indios sus temores y la población espectral de sus fantasmas.

Roma transmitió al espíritu latino una tristeza que los griegos no habían conocido. Sea debido á su expansión por el mundo, sea á su impulso de conquista, sea á la fusión de tantas razas y de tantos dioses tenebrosos, ó por la conciencia de un destino formidable que nunca pudo ser igualado, lo cierto es, que los cimientos del inmenso y sólido edificio del egoísmo romano fueron socavados por las misteriosas lágrimas de las cosas, y la infinita soledad del alma se puebla del terror de las noches eternas.

A esta melancolía ancestral, los conquistadores portugueses del Brasil sumaron la tristeza que da el Océano. El mar fué para ellos una extraña tentación. Les llevó al apogeo de su energía nacional, y les llevó también á su decadencia. Se esparcieron por el mundo; adquirieron renombre y gloria; fueron soldados audaces y marinos expertos... Y así, un día abandonaron el puerto atraídos por un espejismo lejano, y desaparecieron para siempre en lo profundo de los mares infinitos.

En el místico amor de las grandezas de su país, radica para los brasileños la causa principal del patriotismo exaltado que se trasmite á través de las generaciones, y que constituye, desde la alborada de la niñez, la ilusión nacional, que hace que los niños se sientan orgullosos de la luz de su cielo, del brillo de sus estrellas, y de todos los esplendores de la naturaleza de su patria.

Las cosas más pequeñas se agigantan en las imaginaciones infantiles. Para el niño brasileño, todo lo que es su tierra es incomparable: el Brasil es el país de las grandezas insuperables, y cuando ese niño se da cuenta de su equivocación, llora con lágrimas amargas la decepción de su acendrado patriotismo. Pero aquella primera ilusión de la infancia no se borra jamás, pese á todos los desengaños, y cuando más tarde, el niño se convierte en hombre y gobierna á su país, todas las esperanzas de grandeza le parecen mezquinas.

Sin embargo, á pesar de esa veneración hacia la tierra, que se adueña del espíritu, sobre éste subsiste siempre el vago temor, que hace del brasileño un errante en el extraño ambiente tropical. Faltábale al hombre, en el Brasil, el acuerdo, la íntima

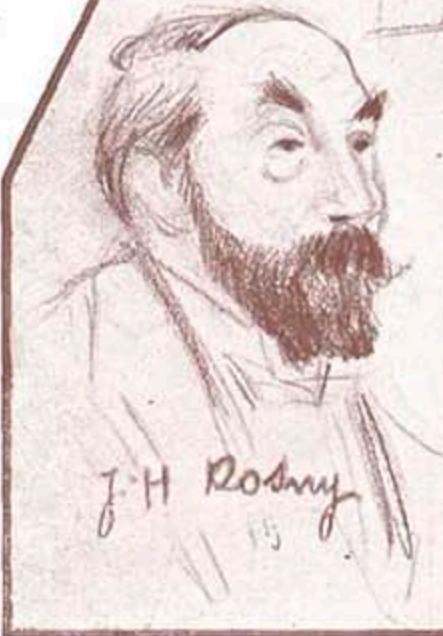
conexión con la naturaleza, ese maridaje que en otros países une al hombre con el suelo, en perfecta armonía del espíritu con la materia. Del estudio del brasileño se desprende la impresión de que es un extranjero trasplantado y mal aclimatado, en perpetua nostalgia de una patria lejana.

Esta poesía es de una gran dulzura. Parece que se resume en un lamento ó en una oración. Dicese en ella la amargura de la vida rudimentaria, y en ella se expresa el culto hacia esa Naturaleza enemiga y dueña.

En el silencio de las selvas, en las orillas de los ríos, en la paz de los campos plácidos, en la pampa abrasada, el hombre se estremece de terror, se exalta, y se entrega al ensueño místico que le consuela de la espantosa realidad. En la hora de soledad, la poesía nace del terror, y es una oración dicha al eterno y augusto misterio. Así, de los duros corazones de los hombres de mar y de los campesinos brota un inmenso y plañidero canto de nostalgia.



J. Graça-Aranha



J. H. Rosny



J. Ernest-Charles

gia, de recuerdo y de amor. En el ritmo de toda poesía se encuentra la angustia del alma que busca la eternidad, y la literatura, producto de esa extrema sensibilidad imaginativa, es necesariamente poética y metafísica. No es la imagen de la realidad, no es el divino espejo de la vida, sino que representa la subjetividad del espíritu humano, que se refleja en el prisma de la poesía.

A este sentimiento de misterio y de temor, atribuye Graça Aranha el atraso en que se encuentran algunas artes plásticas en el Brasil, como ocurre con la escultura y la pintura.

Graça Aranha dice esperar mucho del contacto de la literatura francesa, que ha de fecundar y de fortificar á la literatura brasileña.

He aquí un extracto del brillante comentario que á dicha conferencia hizo Rostand. « Cuando Napoleón I conoció á Goethe, le

como ya no anhelan el « fabuloso metal », porque lo poseen, y no sueñan con estrellas nuevas, porque las han visto, vuelven para conquistar puros laureles y, tal vez, también atraídos por la nostalgia de sus antiguas estrellas. ¡ París! ¡ París! ¿ Por qué vienen todos á París? porque encuentran una letanía en cada verso de poeta: — ¡ Es el « eje del mundo »! — dijo Vigny. — ¡ Es antorcha cuyo resplandor llega á todas partes! — dijo Brizeux. — ¡ Es colmena de las inteligencias! — dijo Leconte de Lisle... Y, en fin, porque París, no sólo viste á las mujeres de un cendal de belleza, sino que también, como dijo Hugo: *Paris donne un manteau de lumière aux idées.* »

Con esta conferencia de Graça Aranha, con el hermosísimo discurso de Rostand, y con la brillante y concisa plática de Mr. Barthou, ha quedado inaugurada la serie de Conferencias Extranjeras que han de darse en la Sorbona, presididas y organizadas por Mr. Ernest Charles.



M. Barthou

dijo: ¡ Ven-ga á París! Esta misma invitación es la que la Sociedad de Conferencias Extranjeras brinda á todos los altos pensadores del mundo.

Cierto es que hemos de huir del cosmopolitismo odioso y disolvente evocado por el señor Graça Aranha al hablar de su país, pero nos es dado aspirar á una especie de imperialismo del ideal. La gloria de Francia ha de brillar siempre en los reflejos de su intelectualidad, mejor que en los de sus bayonetas: de tal modo, brindemos siempre al extranjero la copa de alianza, como lo hizo Gyptis, que hizo bien, ya que, en aquella hora, la sombra que la galera fenicia proyectaba sobre la playa — merced á la antena transversal y á los cordajes oblicuos — dibujaba, como una profecía, la silueta de la lira de Mistral. Hoy, este noble tráfico se hace con las Indias Occidentales. Admitamos, pues, todo canje. Nos vuelven desde las tierras lejanas, Heredia, tus conquistadores, y

M. Et. Rostand



M. Liard

R. H. Pestle

LA MONTAÑA MARAVILLOSA

Por FRANCISCO CONTRERAS

LA ZORRA BRUJA



En los domingos de campo en la época de la cosecha! ¡Época feliz, en que el labriego recibe en el oro del trigo el precio de un invierno de labor y privaciones!

Aquel domingo, al descender la tarde, por el camino real labrado sobre el cordón de lomas cres-

pas de viñedos que cierra el valle, en que albean las casas de la Hacienda, venían tres mozos al galope de sus cabalgaduras, envueltos en rumorosas ondas de viento, á la espalda, flotantes, los ponchos de colores. Sobre sus anchos sombreros de paja rubia vibraba la cinta roja ó verde, colgante, mientras en sus botas hundidas en los recios estribos de madera esculpida, tintineaban las espuelas de rodajas enormes. De improviso, el que llevaba la delantera refrenó el caballo, y se aproximó á la cerca de varas musgosas que lindaba la viña. A su vista se ofrecía un paisaje encantador y característico, que los moradores del lugar veían con los ojos cerrados. En primer término, las faldas cubiertas de parras bajas, entre cuyo follaje espeso azuleaban los racimos maduros; luego, el valle verde de cultivos con la raya verde de su sendero; en medio, sobre montículo hirsuto de arboleda la gran casa vista por la espalda, con su corredor en terraza cerrado de rejas claras; después, el estero en su cama de arena, azogueante aquí y allá entre totorales y sauces blondos; por fin, el cordón de lomas frontero, con su cima en explanada, sobre la cual tenían lugar las trillas de la hacienda. Veíanse allí varias eras en fila;

en la última estaban trillando; se divisaban las yeguas en ronda vertiginosa; llegaban, amortiguadas, las voces roncas de los arriadores: « ¡ Ah, yegua! ¡ ah, yeguaaaa!... » Más acá, en la falda del lomaje, se alzaba una casita cobijada por un sauce llorón desmesurado. El mancebo alargaba los ojos, mirando con insistencia; su cara morena pero agradable, en que persistían los rasgos redondeados y la rareza de vello del indio progenitor, se contraía con ansiedad visible; los dientes blanquíssimos mordían el labio inferior cárdeno.

— Están en la última « botada » — dijo á sus compañeros, que se habían detenido á su lado. — Vamos á llegar tarde. Volvámonos, mejor...

— ¡ Vaya, Chuma! — exclamó uno que, por sus cabellos color de maíz, llamaban el Rucio — ¡ Bueno que sos cobarde! Le tenés miedo al hombre... Di la verdad...

— Así no más es — gritó el otro trigueño y magro, apodado el Flaco, rompiendo en brillante risa.

— ¿ Es decir que le creís — continuó el Rucio — que no te quiere á vos para su hija? El, que no tiene adonde caerse muerto... Y vos acreditado, trabajador, con una yunta de bueyes y un bonito caballo... ¡ No hay un viejo en la hacienda que te niegue su chiquela!... ¿ Y don Fermín?...

— ¡ Si lo hace de paroliento! Por darle humo á la mocosa y por hacerse de rogar... ¿ No saben lo que le pasó á mi padre con él? Don Fermín tenía un caballo (el overo ese...) que no le servía para nada. Mi padre le pidió que se lo vendiera. Don Fermín le contestó malhumorado que no necesitaba plata. Pasó el tiempo, y un día que mi padre andaba

cerca de su casa, volvió á hablarle del negocio. El hombre se enfadó, y por poco no lo echó á palos. Mi padre se fué sentido, y no pensó más en el overo. Cuando una noche llega don Fermín á vernos y ¿ qué creen ustedes que pasó? Le vendió el « manco » por lo que mi padre quiso darle. ¡ Ese es el hombre!

— ¡ Ese es! — repitió el Rucio. — Y agora Chuma ¿ vamos á la trilla?

— Yo no digo que no, si ustedes quieren...

— ¡ Claro, que queremos!...

Echaron á correr con toda la rapidez que les permitió el camino lleno de baches, lindado á la izquierda por barrancos profundos plantados de álamos, que bajaban hasta un valle estrecho ahogado por bosques tupidos. Descendieron hacia la vega toda azul de pobos en flor; cruzaron el estero, que á la sazón no era sino un hilo líquido; traspusieron las trancas, que abrieron de un empujón, sin echar pie á tierra; siguieron un momento á lo largo del agua, por la arena, entre el totoral, y refrenando algo los caballos comenzaron á trepar la falda del lomaje. Alcanzaron la casita agazapada bajo el sauce: la morada de don Fermín. Pasaron por el patio mismo, entre el árbol magnífico y el corredor, ante el cual se alzaba una gran ramada recién hecha, cercada de varas cilíndricas y lisas. Tomás alargó los ojos buscando á alguien, mas no vio sino á algunos de los chiquillos que jugaban con un perrito lanudo, el cual, al notarlo, se puso á ladrar contra él, desesperadamente.

Llegaban ya á la era, cuando vieron que las yeguas se detenían, y oyeron que los arriadores gritaban con ronco canto: « Fuera yegua, fuera yegua, fueraaaa... » La trilla terminaba. Tomás, desconcertado, clavó espuelas, y fué á colocarse junto á la puerta, donde comenzaban á alinearse algunos horgueteros; quería hacer ver ó, más bien, demostrarse á sí mismo, que aún podía ayudar en algo. Frente á él se erguía el dueño de la trilla, un hombre de « buena edad », bastante alto, con unos ojos de buey, mansos é indecisos, y unas barbas azules, luengas y ensortijadas; se asemejaba singularmente á San José, tal cual lo representan ciertas viejas imágenes de talla. Tomás le saludó de lejos, quitándose el sombrero. Contestóle él con sonrisa ambigua, indescifrable.

Salieron las últimas yeguas, y tras ellas partieron al trote los « camañistas ». No sabiendo qué hacer, Tomás echó á correr en pos de la piara, y se dió á ayudar á los hombres con un celo y una actividad inusitadas. Cuando regresó, la gente partía hacia la casa. En la era no quedaban sino unos cuantos la-

brigos sumidos en el oro pulverizado de la paja, terminando de hacer la parva. Adelante iba don Fermín rodeado de los horgueteros, la herramienta al hombro; seguían los invitados y los arriadores, algunos viejos ostentando bizarros ponchos y grandes estribos de madera esculpidos, y mozos; los más, luciendo sombreros enormes y fajas de seda verde ó púrpura. Tomás se unió á éstos y viendo á Juan, el hijo de don Eusebio, su amigo íntimo, se puso á charlar con él, haciendo ostentación de grande alegría y aturdimiento.

Llegados á la casa, don Fermín y los horgueteros penetraron en la ramada, donde había ya muchas mujeres: viejas envueltas en pañolones abigarrados, mozas azuladas de solimán, con pañoletas vistosas y grandes aretes dorados. Los jinetes se agolparon á las varas, algunos descendieron, otros improvisaron una « topeadura », así de broma, « por travesear »; unos cuantos de un lado, otros tantos del opuesto, apoyando el caballo contra la vara, hacían esfuerzos inauditos por pasarse. Tomás se mostraba de los más entusiastas. De pronto, se oyó la voz del dueño de casa, una voz aguda y temblorosa que, no acordándose con su estatura pero sí con sus ojos bovinos, invitaba á los jinetes á desmontarse y á entrar. Casi todos obedecieron. Tomás y Juan siguieron montados.

— ¡ Pan de la trilla, caballeros!

Una vieja gruesa, pequeña, frescota de su antigua belleza, les ofrecía de un cesto repleto pan moreno calentito. Era doña Marcela, la esposa del viejo cochero de la Hacienda, mujer de buena pasta, que tenía siempre para cada cual una frase amable, amiga de fiestas y gollerías, ayudante infaltable de toda trilla del lugar; malas lenguas decían que lo hacía por casar á sus « pollitas »; verdad que había casado á la mayores, y sólo le quedaba la menorcita: Vitalia. Sirviéronse los mozos, agradeciendo el obsequio con el consabido « Dios se lo pague... »

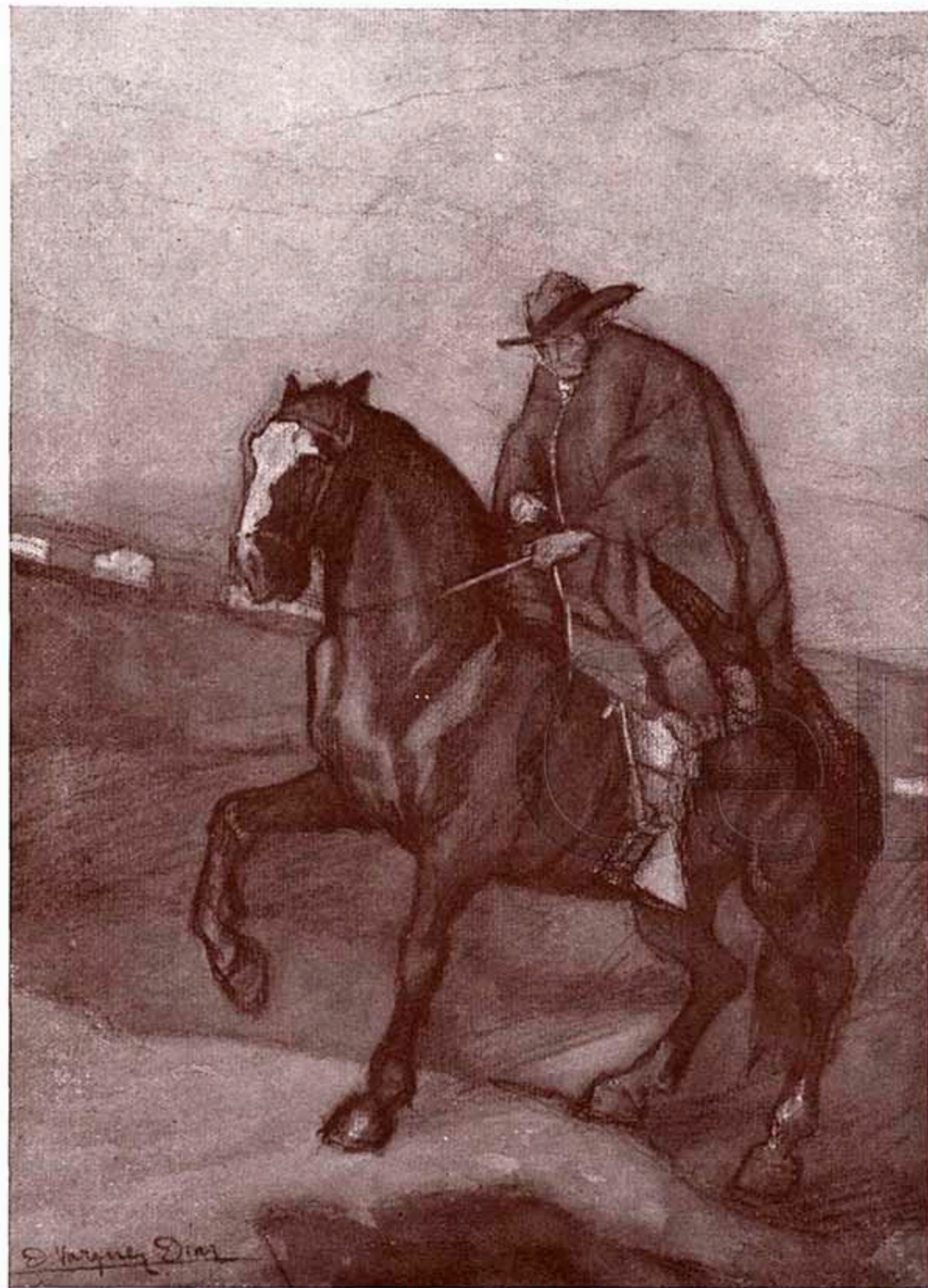
Doña Marcela, echándose algo hacia atrás, les contempló, sonriendo maliciosamente.

— ¿ Y ustedes por qué no se apean? — dijo.

Tomás inclinó la cabeza con gesto tímido, tal un muchacho que no osa tocar la golosina demasiado buena que le ofrecen.

— Apéense no más — continuó la vieja en tono cómplice — yo se los digo y yo mando aquí... ¡ ja! ja! ja!...

Juan echó pie á tierra. Tomás le imitó. Fueron á sentarse en un rincón, y se pusieron á hacer comentarios sobre la asistencia. Súbito oyeron la voz de don Fermín que reclamaba á Juan, cariñosamente: « ¿ por qué se pierde? Venga por aquí... » Este,



De improviso, el que llevaba la delantera refrenó el caballo...

comprometido, dejó á su amigo. Al sentirse solo, Tomás paseó una mirada buscando á sus compañeros. Divisó al Rucio allá, al otro extremo, entre un grupo de mu-

chachas. Para alcanzarlo tenía que atravesar la ramada; no se arriesgó.

Las cantoras, que desde hacia rato afinaban las guitarras, rompieron en aquel mo-

mento con el prelude de una tonada en boga, y en seguida subieron sus acentos agudos y guturales. Tomás, atento el oído, daba muestras de escuchar con gran atención, pero sus ojos no se despegaban de la puerta de la estancia, como en espera ansiosa. De pronto, se estremeció. Acababa de aparecer en la puerta sombría una muchacha nerviosa, pálida, de anchos ojos negros en forma de almendra. Vestía una falda clara, azulina, y sobre su pecho se cruzaba una pañoleta color flor de durazno, prendida con un broche de coral. Miró á todos lados, cautelosa; curiosa, y al encontrar los ojos de Tomás encendiéronse sus labios en ardiente sonrisa; se aproximó al mozo y se sentó á su lado.

— Buenas tardes...

— Buenas tardes, Rosita...

Se dieron á hablar en voz baja, trémula de emoción, pero en actitud impasible, sin el menor gesto que denunciara el tumulto de sus corazones...

De pie, irguiéndose cuanto podía, doña Marcela batía palmas, pidiendo atención:

— ¡Cueca! — gritó — ¡una cueca para abrir el apetito!...

Las cantoras atacaron el aire de la danza nacional, famosa.

Un silencio casi solemne envolvió la asistencia. Al instante, en medio del recinto, surgió una pareja, como brotada de la tierra; ella y él muy serios, el pañelo en la mano, el uno frente al otro, esperando quietos el momento en que empezara el canto. Eran el Rucio y una muchacha pequeña, coloradita, Vitalia.

« No hay florecita en el llano,
Todo está triste,
En la espiga no hay grano
Desde que huiste... »

Batiendo el pañuelo, los danzantes se lanzaron en una especie de ronda; diríase que el galán solicitaba en vano á la dama, que huía desdeñosa.

« Desde que huiste
¡ Ay, sí !
¡ Oh, luz del día !
Está triste, muy triste
El alma mía... »

Al repetir el final de la cuarteta giraron sobre un pie, airosamente; luego, aproximándose, como si ya se entendieran, siguieron el juego de « ataques » y fugas en un paso cadencioso, batiendo los pies con asombrosa destreza y rapidez; sobre sus frentes, los pañuelos vibraban como blancas alas...

Algunos mozos se habían sentado ante las cantoras y, golpeando con los nudillos sobre

la capa sonora de los instrumentos, acompañaban el canto marcando el ritmo; otros se habían agrupado en torno á los danzantes y, el poncho al hombro, batían las manos acompasadamente: « ¡ Ahora, ahora, niños! ¡ ahora !... »

Doña Marcela, con un enorme vaso en la diestra, se aproximó á la pareja: « ¡ Haro !... »

Al instante, como por encanto, los danzantes se detuvieron, las guitarras callaron, las cantoras enmudecieron. Bebieron todos.

Rosa y Tomás habían seguido la danza en silencio, los ojos perdidos más allá de lo que veían... Doña Marcela, que pasaba con el vaso vacío en alto, al notarlos, se detuvo sonriente:

— ¿ Qué hay, Chuma? ¿ No saca á bailar á la niña ?

El mozo la miró vacilante, y sonrió; su cara oscura se iluminó del relámpago blanco de sus dientes.

— ¡ Sáquela no más; ya sabe que yo mando aquí... »

El mozo se incorporó y, aunque indeciso aún, ofreció el brazo á la muchacha. Esta, temerosa, se excusó: « No le gustaba bailar, no... No le gustaba... » El, desconcertado, insistió: « Una vueltecita, solamente una vueltecita... »

— Pero, hágase amable — aconsejóle doña Marcela, irónica. — Ofrézcale... ofrézcale este mundo y el otro...

Asediada, Rosa levantó los ojos á fin de consultar á su padre con la mirada. Este desvió los suyos con ostensible mal humor. No sabía qué hacer la chica, cuando oyó la voz de su madre, que comenzaba á servir la cena, dirigirse á Tomás, indirectamente:

— La chicuela no baila... No le gusta bailar...

Pero el mozo, enardecido, no se resolvía á quedar desairado: « No más que una vueltecita... »

— ¿ No le dicen que no, amigo? — gritó entonces el dueño de casa, en tono aflautado pero sostenido.

Tomás se volvió como si le hubieran dado un pinchazo. Miró al hombre con ojos terribles, mas al encontrar los de éste, fríos, impasibles, inclinó la cabeza vencido, como un niño á quien acaban de zurrar.

— Está bien, me iré entonces...

Don Fermín se encogió de hombros, despectivamente. Tomás deslizó un « adiosito » al oído de la muchacha, desató el caballo de la vara, y montó. Echó una última mirada: Rosa entraba en la estancia, la cara en las manos, sacudida por sollozos nerviosos...

Cuando se vió en el camino real, en lo alto del lomaje, refrenó el caballo, algo calmado con el sacudón de la carrera. Suspiró profundamente; miró al vacío. Era ya la noche. Sobre el cielo diáfano de un azul casi verde, subía la luna en creciente, clara é irregular, como una perla enorme y deforme. En el valle de la hacienda, las casas iluminadas parecían mirar la noche por los ojos bermejos de sus ventanas. Sobre el lomaje frontero se divisaban las eras, con los bultos de sus cuidadores echados sobre la paja; de la casa del sauce, ardiente de luces, llegaban entrecortadas las voces chillonas de las cantoras. Al lado opuesto del camino, en la hondonada, el bosque acribillado de rayos de luna se esfumaba en uno como estremecimiento de tules azules...

Percibió galopar de caballos que se acercaban. Escuchó un instante. Se volvió á mirar, y al darse cuenta que eran el Rucio y el Flaco echó de nuevo á caminar. Pronto éstos le alcanzaron, y sin decir palabra siguieron á su lado. Leales amigos, respetaban su cuita...

Galopaban, galopaban, galopaban; el ruido de los cascos, duro y como hueco, subía á compás en el aire azul. Al llegar á una encrucijada, de que partía un sendero que, orillando un barranco enorme, descendía á un vallecito afelpado de «charcas», en que se alzaba una casuca de techo pajizo, el Rucio sujetó su caballo de un



Una sombra blanca se destacó del corredor, y entró en la luna.

golpe; los otros le imitaron, instintivamente.

— ¿Nos vamos? — preguntó. — Yo corto por aquí...

Tomás le contempló con piedad:

— ¡Buena cosa, que sos gallina! — exclamó — ¿Entonces, no vamos á divertirnos un rato? ¿No vamos á echar un trago y á bailar una cueca?

Se vengaba.

— Como quieran, por mí...

Galoparon nuevamente, acordando el paso de los caballos. Torcieron un recodo en que la ruta empezaba á subir; á la derecha, la cima de la loma recostaba sobre el cielo claro sus arbolillos sombríos. Alcanzaron una especie de meseta estrecha entre valles poco profundos y otros lomajes más elevados, azules de boscajes lejanos. Cerca del camino, se alzaban quí y allá algunas casitas semiocultas entre frutales, en que latía el fuego; de unas cuantas llegaban vagos sonos de guitarras... Era un lugar de alegría, de fiesta continua, en que el labriego hallaba siempre vino y charla, y los domingos baile y empanadas.

Al divisar un rancho á la vera de la ruta, los mozos acertaron el paso de las cabalgaduras; poco después se detenían ante la ramada del patio. Una mujer extraña, gruesa de cuerpo, flaca de cara, con una nariz de garfio y grandes ojos verdes, se adelantó á recibirles. Era la dueña de casa, madre de las famosas niñas Retamal. Desde que sus hijos habían emigrado á la Frontera, ella y sus chicas trabajaban como podían; y como éstas eran «buenas mocitas» y amables, pasaban la vida...

— Apearse, caballeros...

— Gracias, ña Gertrudis...

Amarraron las «bestias» á la vara y entraron á la ramada, arrastrando las rodajas de las espuelas. Bajo el corredor, unos cuantos hombres ebrios se agrupaban en torno de las niñas que, con grandes risas, se defendían de sus asaltos galantes.

— ¿Tiene empanadas?

— Empanadas ricas y mosto generoso...

— Y chiquillas superiores — completó en tono risueño una voz vinosa á sus espaldas.

Volviéronse los mozos temblorosos de risa. Era don Quijada, el viejo «campañista» de la Hacienda, que les miraba sonriendo en su luenga barba negriblanca; sus ojos encendidos por el alcohol se agitaban maliciosos.

— ¡Diantre, don Quijada! — Y los mozos le palmearon el hombro familiarmente. Se sentaron allí cerca, en corro, bromeando y riendo de la ocurrencia del viejo. Una de las muchachas, la falda muy almidonada, muy coloraditas las mejillas, se aproximó con una fuente de barro en las palmas; traía las empanadas. Saludáronla los mozos con ruidosa galantería: «¿Cómo está, pues, Juanita? ¡Siempre buena moza!...» Luego volvió, portando un cántaro repleto de vino y tres vasos de asta.

— ¿Quiere servirse, don Quijada? — dijo Tomás, señalando al viejo la fuente.

— No. Ya comí...

— Un traguito entonces.

— ¡Ah! eso es otra cosa...

Y recibiendo el vaso que el mozo le alargaba, lo apuró de un sorbo.

— Es del bueno — murmuró para su poncho, chupándose los bigotes.

Los mozos comían y bebían lentamente, mascando bien, paladeando con fruición. En el corredor, los hombres, vaso en mano, se apretaban en torno de las muchachas, que afinaban las vihuelas. De vez en vez, llegaban jinetes al galope; la patrona salía á recibirles con su amabilidad habitual, propia del oficio.

Tomás había hecho sentarse á su lado á Juanita. Disimuladamente le estrechaba el tallo con el brazo tembloroso. Muy contentos ambos, chocaban los vasos, rientes. Las cantoras preludiaban una cueca. Doña Gertrudis se acercó, presurosa:

— Don Chumita, «esa» es para usted...

El mancebo no se hizo repetir la indicación. Se descalzó las espuelas é, incorporándose, ofreció el brazo á la chica. En cuanto empezó el canto, se lanzaron en los preliminares de regla; luego, poco á poco, fueron animándose; después, Tomás empezó á agitar los pies vertiginosamente, en un saltar loco é incansable. Juanita, entusiasmada, le imitó; no se les veían los pies, ó más bien, se les veían multiplicados al infinito...

— ¡Eso es, zapateadito! — gritaban los mozos que hacían corro, batiendo palmas. — ¡Ofrécele «guaina!» ¡Hurraaa!...

De improviso, antes que las cantoras gritaran el último verso, Tomás se detuvo de golpe, ensombrecido, como avergonzado de lo que hacía; dió las gracias á la niña sin ofrecerle el brazo, y fué á sentarse junto al campañista; sus amigos no estaban ya allí. Apoyó los codos en las rodillas, dejó caer el mentón en las palmas, y se quedó inmóvil, la boca apretada, la mirada ausente. La herida que aquella tarde recibiera, se reabría dolorosísima. Representábasele la afrenta con precisión inexorable. Oía la voz del hombre que gritaba: «¿Pero no le dicen que no?...» Y veía á la niña que entraba, la cara en las manos, sacudida por los sollozos. «¡Mal haya!...» Se estremeció. Una mano de plomo acababa de caer sobre su hombro; era el Rucio que, cruzando los brazos sobre el pecho, le miraba mal humorado:

— ¡Pero Chuma! ¡Yo creía que habíamos venido á divertirnos!...

Algo más atrás, el Flaco movía la cabeza, sonriendo:

— ¡Vaya un hombre!

Doña Gertrudis se acercó, curiosa :

— ¿ Qué hay ? ¿ qué pasa ?

— Nada, que el hombre está enfadado porque, en la trilla, don Fermín no le dejó bailar con la Rosa...

— ¡ Sea por Dios ! ¿ Y qué más quería ? un « guaina » acreditado, trabajador, y que tiene como...

— ¡ Si lo hace de veleidoso ! — dijo el Flaco.

— Así mesmo es. Cuando viene aquí, se hace el mal agestado, pero en cuanto las chiquillas se rien con él... ¡ Ya, ya, ya ! Yo que usted, don Chuma, le daba una lección : no me aparecía más por su casa ni me acordaba más de la chicuela...

— Lo que hizo mi padre — saltó el Flaco — y el hombre vino á ofrecerle el caballo...

— Yo hacía otra cosa — chilló don Quijada, esforzándose en alzarse sobre sus piernas trémulas por la embriaguez. Yo hacía otra cosa...

— ¿ Qué ?

— ¡ Me robaba á la chicuela !

Tomás se irguió como iluminado :

— ¡ Eso es de hombre ! — exclamó cerrando los puños... — ¡ Ña Gertrudis ! ¡ Otro cántaro de vino !...

La mujer se apresuró á cumplir la orden. Tomás llenó los cuernos con gesto de triunfador. Pasóle uno al viejo.

— A su salud, don Quijada.

— A la suya, don Chumita.

Hizo aproximarse á sus amigos, y empezó á hablarles confidencialmente :

— Por esta luz que me alumbra (besó la cruz que hacía con el pulgar y el índice) les juro á ustedes que esta noche, esta misma noche me la robo, y me voy con ella... — E inclinándose algo para ver la luna que la ramada interceptaba : — Ya han de haber cantado los gallos. Me voy, pues, y que pase lo que pase...

Don Quijada que, inmóvil, los ojos entornados, parecía dormido, movió la cabeza.

— ¿ Y no tiene miedo, amigo ? — murmuró.

— ¿ Miedo ? ¡ Yo no le tengo miedo á nadie !

— No, yo no hablo de los cristianos, hablo de las cosas del otro mundo... ¿ Y si le sale una zorra bruja, y le marea y le pierde con prenda y todo ?...

Los mozos sonrieron con gesto burlón.

— ¡ Ah ! ¿ Ustedes no creen en las zorras brujas ? Yo tampoco creía... hasta que me pasó chasco...

Los mancebos alargaron la oreja, curiosos ; sabían que aquel hombre era un tesoro viviente de cuentos y consejas, algo así como el alma encarnada de la Montaña Maravillosa.

— ... Una noche de lunita clara como el mismo día ensillé el alazán y salí... Iba por cosas de maldad, no lo niego, á ver á una moza que tenía por ahí... Cuando, al atravesar un montecito, veo que de entre unas matas de boldo sale una zorra meneando la cola, meneando la cola como un perro... Un poco más allá, la misma cosa ; volvió á asomar entre los matorrales y atravesó el camino... « ¡ Diantre ! — pensé — ¡ no sea una zorra bruja ! » Pero como soy valiente, agarré firme el ramal y aguardé... No había andado cinco trancos, cuando asomó otra vez ; me agaché lo más que pude y así, de cerquita, le tiré un ramalazo. ¡ Nada, pues, señor ! ¡ Qué le iba á dar ! Azoté al viento... Es bruja, pensé entonces, y me entró un susto... En esto, el animal comienza á dar vueltas, á dar vueltas alrededor del caballo... y á mí se me empieza á aturdir la cabeza... cuando de repente, el alazán da un saltazo : la maldita se le había encaramado en las ancas... Entonces, no supe más, perdí el sentido. Me pareció que soñaba y que andaba, andaba, andaba, vadeaba ríos, subía cerros, atravesaba « quilantrales », cosas que no había visto en la vida... Al otro día me hallaron en el camino, contra el suelo, echando espumarajos por la boca... ¿ Y saben ustedes dónde estaba ? Allí mesmo, á dos cuerdas de la casa...

Los mozos, que habían ido poniéndose graves, quedaron pensativos ; por sus pupilas maravilladas cruzaban fosforescencias insólitas. Tomás se alzó, sin embargo ; no quería pasar por cobarde.

— Me voy — murmuró.

— Bueno, pero tenga cuidado ; si le sale el animalito, no vaya á decir : « ¡ diantre ! » porque está perdido ; diga : « con Dios y Santa María. » No se lo olvide...



Tomás galopaba, galopaba ; la noche estaba tan azul que no había temor de dar un mal paso. Cuando llegó á las trancas refrenó el caballo. Atravesó la vega, lentamente, el oído atento ; el silencio era absoluto ; la fiesta había terminado ; sólo se oía el croquear de las ranas en los charcos, en los que se ahogaba algún trozo de luna. Desmontóse, amarró el caballo entre los sauces y comenzó á ascender, andando en la punta de las botas para no hacer sonar las espuelas. El patio de la casita aparecía como espolvoreado de una harina azul é impalpable ; la sombra de la ramada se recortaba neta, profunda. Al sentirlo, el perro empezó á gruñir, mas él lo llamó por su nombre, bajito, y el animal vol-



Atravesaron la pradera al trote ; los cascos del caballo se embotaban en el suelo felpudo y azul de poleo en flor.

vió á acurrucarse. Se acercó al cuarto del corredor en que Rosa dormía. Escuchó un instante ; el corazón le latía con tal fuerza, que las vibraciones le llegaban á la garganta. Ya se disponía á silbar de la manera convenida para llamarla en casos semejantes, cuando percibió que desapretaban la tranca de la puerta. Corrió hacia el costado de la casa, y se agazapó tras unos ciruelos añejos. Una sombra blanca se destacó del corredor, y entró en la luna ; ¡ Rosa ! Se arrebuja en un pañolón granate que la luz azul tornaba púrpura. Dobló el ángulo de la casa. Miró buscando algo, aproximóse al muro, é inclinóse hacia un vaso íntimo de arcilla allí olvidado...

Tomás miraba con ojos encendidos. Un deseo súbito, irresistible, le convulsionaba con violencia ; sus dientes castañeteaban como si tuviera fiebre. Silbó de la manera convenida para no asustar á la niña, y salió del escondite.

— ¡ Tomás !

— ¡ Rosita !

Se miraron, se abrazaron, se besaron perdidamente.

— Ya ve — murmuró luego el mozo — no podemos seguir así... Don Fermín me agravia á cada rato... Yo no puedo aguantar más...

— ¿ Y qué he de hacer yo ?

— Venirse conmigo, y ahora mesmo...

— ¡ Jesús, María !

— Es lo único que nos queda que hacer... Vamos, pues ; el caballo nos aguarda entre los sauces... ¡ Vamos !

Y sin esperar la respuesta de la niña, muda de emoción, le pasó el diestro brazo por la espalda, el izquierdo por bajo de los muslos, la alzó como á un niño, y echó á andar raudamente, casi á la carrera. Cohibida por la firme presión, ella se debatía débilmente :

— ¿ Se ha vuelto loco ? ¡ Suélteme ! ¡ Me hace daño ! ¡ Suélteme ! — Luego, sintiéndose vencida, se sosegó, se abandonó, comenzó á gimotear dulcemente.

Al llegar junto á los sauces, Tomás se detuvo rendido ; soltó á la niña. Viéndose libre, ésta tuvo un gesto de rebelión :

— Pero Tomás — exclamó — ¿ no ve que vamos á hacer una maldad ? Mi padre no nos perdonará nunca.

— ¡Las cosas tuyas! — replicó el mozo mostrando los dientes. — ¡Si lo hago por eso, por acorralar al hombre! Ya verá como mañana mismo...

La muchacha bajó la frente, resignada; dió las manos al amante, ya montado, y de un salto trepó sobre el anca del caballo.

Partieron lentamente. Cruzaron el estero. La luna encendía en el agua como una hoguera de diamantes. Dejando de lado el camino real, el mozo tomó por la vega que llevaba á la quebrada del bosque; tenía miedo de topar en la ruta con algún importuno. Atravesaron la pradera al trote; los cascos del caballo se embotaban en el suelo felpudo y azul de polco en flor. Se internaron en el bosque por estrecho sendero, para gentes de á pie invadido por las ramas locas, á la margen del hilo de agua que tajaba la espesura, entre piedras grisáceas, enormes. La fronda lujuriosa arrojaba sobre la tierra azulada sombras hirsutas, como de bestias montaraces; los viejos troncos ganchudos alzaban á la luna siluetas de fantasmas, que abrían los brazos. Tomás se estremeció. Un terror súbito, imotivado, empezó á alzarse en su ánimo, como una sombra: « ¡Si nos saliera una zorra bruja! » pensó. Y la sombra le envolvió por completo... Al pasar bajo unos litres que tapaban el cielo, un mochuelo espantado voló sobre su cabeza, graznando fatídicamente. Algo más allá creyó ver un animalucho, que asomaba el hocico entre unas matas de colliguay. ¡Ilusión! Era una rama que se inclinaba... Mas he aquí que, al atravesar un claro en que la luna caía de través como una polvareda de perlas, vió distintamente una zorra que salió de entre las malezas y cruzó el camino, moviendo la cola, moviendo la cola... « ¡Diantre! » exclamó pensando. ¿ Pero qué decía? El campañisto le había aconsejado no nombrar al diablo. Su turbación se redobló. Reaccionó, sin embargo. Asíó el ramal, y lo aseguró bien á la muñeca. No había avanzado veinte pasos, cuando la zorra asomó por el lado opuesto y volvió á atravesar el sendero, la cola al aire. Tomás se inclinó, el ramal en alto. No era tiempo ya: el animalejo había desaparecido... El mozo sintió que un hielo no natural le recorría las vértebras. Pensó en la frase para conjurar el maleficio. ¡ Imposible recordarla!

Nuevamente la zorra atravesó el sendero, y el mozo, nuevamente, erró el golpe. El terror le ahogaba; no pudo resistir más en silencio, su pecho iba á estallar.

— ¡ Rosita! — exclamó. — ¿ No ha visto?

— ¿ Qué?

— La zorra que se nos viene atravesando.

— ¡ Ay! — gimió la muchacha en un largo grito, y cerrando los ojos se aferró al poncho del mancebo con dedos nerviosos. Era sumamente supersticiosa: su madre, gran contadora de consejas, le había nutrido el alma desde la cuna con cuantas maravillas y terrores medraban en la montaña, como flores fantásticas.

Tomás entornó los párpados, y abandonó la brida sobre el cuello del caballo. Consciente de su impotencia, no quería ver nada... Empero, sentía perfectamente que la zorra seguía asomando y atravesando el camino de vez en vez. Un sudor frígido perlaba su frente, el pelo se le herizaba bajo el sombrero. Comenzó á marearse. No conocía los árboles del bosque, el arroyo le sonaba á catarata. Creía haber caminado mucho, mucho; pensaba encontrarse en los cerros azules del horizonte, desde donde se ve el mar... El caballo dió un traspie. Aseguró la rienda; alzó los ojos. ¡ Horror! La zorra daba vueltas vertiginosas en torno del caballo, cerrando los círculos más y más...

— ¡ Rosa! — gritó. — ¡ Cuidado! La zorra va á saltarle encima.

La muchacha exhaló un grito extraño, desgarrador, como de un animal que hieren, y cayó pesadamente. Tomás detuvo el caballo y echó pie á tierra, presuroso. La niña yacía contra el suelo, sobre el tapiz de hojas muertas, sin conocimiento. Revolvía los ojos, mostrando la córnea, espantablemente; hacía sonar los dientes de modo siniestro; en sus labios burbujeaba una saliva espesa; agitaba las manos en convulsión horrorosa.

— ¡ Rosita, Rosita! — gimió el mozo, cayendo de hinojos. — ¿ Qué tiene? ¿ No me oye? ¿ No me conoce? Soy yo, Tomás, su Tomás...

Le alzó algo la cabeza, le hizo aire con el pañuelo, le enjugó los labios.

— No tenga miedo. ¡ Si no ha sido nada! Yo tengo la culpa ¡ perdóneme, perdóneme!...

La niña parecía no oír; seguía revolviendo los ojos, rechinando los dientes. Tomás descendió hacia el arroyo, orientándose por el murmurio; la fronda era tan tupida que no filtraba un rayo de luna. Trajo un poco de agua en la mano ahuecada, y humedeció la frente de la niña. Al instante, ésta se serenó, entornó los párpados, cesó de chocar los dientes. Poco después, su pecho se movía rítmicamente, su respiración se hacía acompasada; parecía haberse dormido. Recostado á su lado, apoyado en un codo, Tomás la contemplaba, conteniendo el resuello. Una laxitud inmensa le ablandaba los miembros; la fatiga, las emociones, la vigilia le

rendían. Pensaba, pensaba en cosas incoherentes, que luego no habría podido recordar. Acabó por dormirse profundamente.

De improviso, irguió la cabeza, sobresaltado; creía haber oído voces violentas, cercanas. Miró aquí y allá. Había amanecido. La luz matutina envolvía los árboles, como en una gasa de cristal. En el primer momento, no se dió cuenta de nada, mas luego, al ver á la niña dormida allí, á su lado, lo recordó todo con precisión terrible, inexorable. Se incorporó de un salto, sacudiéndose el poncho, al que se habían adherido algunas hojas secas. Consideró el lugar en que se hallaba. Sonrió, tembló. Era el final del bosque, á pocas cuadras de la casa de don Fermín, cabe la gran barranca que descende al vallecito en que moraban los padres del Rucio. La niña estaba tan cerca del precipicio que, de haber dado un paso más, habría rodado al fondo. A su espalda vibró la voz de don Fermín, chillona pero sólida, tonante:

— ¡ Ah, malvados! ¡ Al fin les había de encontrar!...

Apareció entre las ramas, alto, muy alto, el busto erguido, la faz lívida; como siempre, los ojos parecían sin vida, pero las alas de la nariz latían con furor; blandía en la diestra un garrote enorme, furiosamente. Al fragor de las voces, la muchacha se despertó, se alzó de medio cuerpo; mas al ver á su padre lanzó un alarido de horror, y volvió á abatirse. Colérico, el hombre corrió hacia ella:

— ¡ Picaronaza! ¡ Yo te enseñaré á arrancarte á escondidas!...

Y comenzó á descargar golpe tras golpe sobre la mujer indefensa, que, la cara en el polvo, sin rebelarse, sin defenderse, lloraba, lloraba, lloraba. Cuando se cansó de golpearla, la alzó por un brazo, la dió un puntapié en las nalgas, y la empujó hacia el camino.

— ¡ Anda, vete agora, picaronaza!

Tomás había asistido á aquel acto salvaje, inmóvil, impasible, tal un idiota; diríase que había perdido el sentimiento de la realidad. Mas he aquí que don Fermín avanza hacia él, el garrote en alto. El instinto animal de la conservación le hizo volver en sí.

— ¡ Cuidado, don Fermín! — gruñó, cerrando

los puños. — ¡ No le pese después. El hombre amainó; bajó el garrote. Mas el furor de su brazo brotó centuplicado por sus labios.

— ¡ Hijo de una gran perra! Acostumbrado estás á estas jugadas... Pero conmigo te encontraste... Yo te voy á dar una lección... ¿ Creías que con robarme el crédito me ibas á acorralar? ¡ Te engañaste! No te quedarás con la chieuela ¡ jamás por jamás!...

Tomás sonrió, calculando que eran la ira y el despecho los que hablaban.

— Réteme no más — murmuró con voz calmada — cuando se haya desfogado, hablaremos.

— ¡ Yo hablar con vos, con un facineroso, con un ladrón! — gritó el hombre blandiendo el palo.

El mozo se acaloró:

— En fin, acabemos, el paso está dado, toda la Hacienda lo va á saber... ¿ Qué va á hacer usted?

— ¿ Qué voy á hacer? ¡ Agora mesmo voy á ir á demandarte!

Tomás quedó como petrificado. No creía á sus oídos. ¿ Era posible que aquel hombre fuera sincero? ¿ Era verdad, entonces, que no le quería á él para novio de su hija? La duda primero, luego la certidumbre de su desventura, le oprimieron el corazón. Una piedad inmensa por Rosa, por él mismo, le saturó de ternura; dos gruesas lágrimas resbalaron por sus pómulos.

— ¡ Don Fermín — exclamó llorando — tenga compasión de nosotros! La Rosita me quiere, se va á morir de pena... ¡ Déjenos casarnos!...

Había caído de rodillas, y extendía las manos suplicantes hacia el hombre implacable.

— ¡ Jamás por jamás!

El mozo se alzó. Miró la barranca, que abría allí, á un paso, sus fauces rojizas, siniestras. Una nube de sombra y de locura pasó por sus ojos; tentó una idea súbita y fatal. Un último desfallecimiento perló sus párpados de lágrimas.

— ¡ Ay, ay, ay! — exclamó. — ¡ Más bien no hubiera nacido nunquita!...

Y cerrando los ojos, se precipitó en el abismo. Allí, abajo, en el vallecito, el perro de la casa se puso á aullar extrañamente: ladraba á muerto.



(Ilustraciones de Vázquez-Díaz.)

NUESTRO CONCURSO LITERARIO



Como se anunció ya oportunamente, el Jurado á cuya indiscutible autoridad hemos de someter los trabajos presentados al Concurso Literario de *Mundial* y *Elegancias*, queda constituido en la siguiente forma:

Presidente:

D. RUBEN DARIO.

Vocales:

D. ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

D. RICARDO LEON.

MR. E. MARTINENCHE.

D. AMADO NERVO.

Secretario:

D. CARLOS LESCA.



E. Gómez-Carrillo.



Ricardo León.



Rubén Darío.

Siendo extraordinario el número de originales recibidos en nuestra Redacción para este Concurso, la labor del Jurado ha de hacerse necesariamente lenta, ya que ha de ser también excepcionalmente concienzuda. Sin embargo, ya han sido clasificados todos los trabajos, y se ha remitido buen número de ellos al Jurado, para su lectura.

No siéndonos posible conceder nuevas prórrogas, quedó definitivamente cerrado el plazo de admisión de originales el día 30 de Abril próximo pasado, en lo que se refiere

á las poesías, cuentos y comedias. Los originales de las novelas se recibirán hasta el 31 de Julio próximo, día en que se clausurará completa y definitivamente el Concurso.

El autor de la mejor nove-

la, á juicio del Jurado, recibirá un premio de cuatro mil francos (frs. 4.000).

Los autores de las novelas que sigan en mérito, recibirán proposiciones de la administración, para publicarlas en *Mundial* ó *Elegancias*.

La mejor comedia recibirá un premio de mil francos (frs. 1.000).

El mejor cuento será premiado con mil francos (frs. 1.000). Los cuentos que sigan en mérito se publicarán en las condiciones más arriba expresadas.

La mejor poesía tendrá un premio de 500 francos, y las poesías que se juzguen dignas de ser publicadas aparecerán en las revistas, para lo cual se harán las proposiciones consiguientes á sus autores.



E. Martinenche.



Amado Nervo.



Las salitreras de Chile. — El tesoro del desierto. — Millones y más millones. — La zona del salitre y su explotación. — Lo que el desierto da, y lo que guarda. — Los trabajos de Mourgues en París. — La llave de diamante.



ACE pocos meses, durante una de mis jornadas de viaje sobre el Pacífico, desembarqué en Antofagasta, para desde allí emprender la ascensión de los Andes, camino de Bolivia.

Fondeaba el buque en la desabrida y áspera rada, y era la hora del alba, cuando el « steward »

llamó á la puerta del camarote para anunciar la llegada. Fuíme desde mi litera hasta la ventanilla de la cabina, en insaciable curiosidad del siempre nuevo paisaje.

Subsistían en mi imaginación las recientes visiones de los pintorescos campos chilenos cruzados desde Coronel hasta Santiago, y que, en contraste con la travesía estival de la Pampa Argentina, entre polvo y asfixia, y con el paso invernal de los estrechos de Magallanes, entre hielos y cierzos, habíanme dejado la imborrable memoria de un paraíso, despertando en mi alma, por su semejanza con las vegas españolas, la intensa *saudade* de la patria lejana.

De tal modo, ante el anuncio de arriba á esta costa, límite de Chile, y á esta ciudad asentada sobre las estribaciones de la Cordillera, fueron mis ojos en demanda de la suave melancolía maternal y rumorosa de los bosques...

Me fué dada la réplica contraria, surgiendo, ante mí, la silueta polvorienta y astrosa de un pueblo mísero, aferrado al suelo calcinado y desnudo, en tristeza y en desamparo semejantes al de un harapiento peregrino que perdiera su ruta en el desierto.

Pero al ir por las calles sucias y estrechas al deteneros ante las puertas de las casas de comercio, ó al ocupar una mesa tras del ventanal de un « bar », quedáis en sorpresa, primero, y en asombro, después, viendo brotar de bolsillos maltrechos y circular sobre manos callosas, como un torrente de riqueza, las sonoras y brillantes libras esterlinas, que se manejan en la costa triste, con igual desenfado y prodigalidad que puede usarse en Europa con las pesetas, los francos, ó los marcos.

La solución de este problema os la da cualquier trajinante á quien, en plena calle, se os ocurra interrogar...

— ¡Decidme! — inquiriréis. — Si aquí no hay árboles, ni huertas, ni praderas; si la tierra es estéril, y sobre ella no alzan sus airones de humo las chimeneas de las fábricas, ni se escucha el poderoso alentar de las maquinarias; si todo es desconuelo y soledad y silencio ¿de dónde sale ese oro que poseéis todos, y que prodigáis con indiferencia de potentados que hubiéranse disfrazado de mendigos en hora de chanza?...

Escuchándoos, el trajinante sonríe, y extiende el brazo en dirección de la altura próxima, desnuda de vegetación, pero vestida de albo cendal, semejante al de una nieve invulnerable á todos los rigores del sol... Aquella nieve abrasada, aquella enigmática blancura deslumbrante es el salitre, maná providencial llegado no se sabe si de los cielos, de las tierras, ó del mar, y que, al trasponer la cumbre hostil, se tiende como un sudario sobre la macabra y pavorosa inmensidad de la Pampa del Tamarugal.

Este páramo, sobre el cual no halláis ni una sombra, ni un manantial, ni un asilo,



VISTA GENERAL PANORAMICA DE UN

En primer término, "bateas" ó tanques en los cuales cristaliza el salitre disuelto en el agua. En último lugar, los "cachuchos" ó calderas en que se hace la disolución, y maquinaria empleada para triturar el mineral.

hubo de ser antaño, para los hombres que lo cruzaron, lugar de tormento y campo de muerte... Ved, en cambio, como por antojo del destino tornóse, desde hace



Sobre la llanura estéril y desnuda, se abren las ranjas que han de ser venas de explotación y cauce de riqueza.



El mineral arrancado al suelo se transporta á la fábrica, comenzando por ser triturado, para ser disuelto después, y recogido, al cabo, en sedimentos de cristalización.

poco menos de un siglo á esta parte, en fuente inagotable de riqueza y de vida, y como la tierra de la vieja Europa, agotada en fuerza de milenaria fecundidad, recibe del fúnebre desierto chileno el alimento necesario para sostener su cansancio, y para conservar una forzada lozanía.

La región salitrera, que se extiende de Norte á Sur, á lo largo del valle comprendido entre la Cordillera de la costa y las murallas de los Andes, perteneció, antes de 1881, en parte al Perú y en parte á Bolivia.

La guerra que en 1879 estalló entre esta última república y la de Chile, y el apoyo que el Perú ofreció al ejército boliviano, fueron circunstancias que determinaron el conflicto entre los tres pueblos, conflicto desastroso para los aliados, ya que los chilenos ocuparon Lima y El Callao, en 1881, y que, en consecuencia de estas victorias decisivas, se firmó el tratado de Ancón, en 1884, pacto en virtud del cual Bolivia y Perú perdieron las provincias de Antofagasta y de Tarapaca, así como los departamentos de Arica y de Tacna, que pasaron á poder de Chile.

Los terrenos recabados por los vencedores abarcaban en absoluto la zona salitrera, y ésta, por su incalculable riqueza ya sospechada, fué para el pueblo chileno la ambición y el objetivo que hubieron de llevarle á la contienda.

El salitre cubre el suelo desde la misma costa, entre Antofa-



CENTRO DE EXPLOTACION SALITRERA.

Montaña de "ripios" ó mineral lavado, en el que aún queda gran cantidad de nitrato, que no se extrae por deficiencias de los medios de explotación. En la masa de estos ripios duermen muchos millones de "pesos".

gasta é Iquique, pero la región industrial y explotable se extiende tan sólo entre los paralelos 19° y 26°, formando una estrecha lengua de terreno situada á unos 70 kilómetros del mar, y á una altura media de 900 á 1000 metros sobre el nivel del Océano.

La vertiente americana del Pacífico está constituida, en esta zona, por elementos distintos y sucesivos, que son, á partir de la orilla del mar, los siguientes: en primer término la Cordillera de la Costa, tan próxima á las playas, que en algunos lugares como Caleta-Buena y Junín, constituye una verdadera muralla tallada á pico, que alcanza alturas de más de 700 metros. Este es el primer obstáculo que se franquea durante el viaje al interior. Trasponiendo la Cordillera de la Costa, se da cara, en lontananza, á la formidable mole de los Andes, tras de los cuales se extiende, en misterio y en silencio, el altiplano. Entre las dos cadenas de la costa y de la cordillera andina, y formando un valle que se pierde á lo lejos en los horizontes del norte y del sur, la Pampa del Tamarugal atesora las fantásticas riquezas de su depósitos salitreros.

Dije fantásticas riquezas, y no exagero en nada. Hablen si no las cifras que, por su enormidad, se alzan por encima de la bruma de tedio que envuelve todo cálculo matemático.

El término medio de la explotación de salitre, en bruto, es de dos millones y medio de toneladas. A esta cantidad de salitre

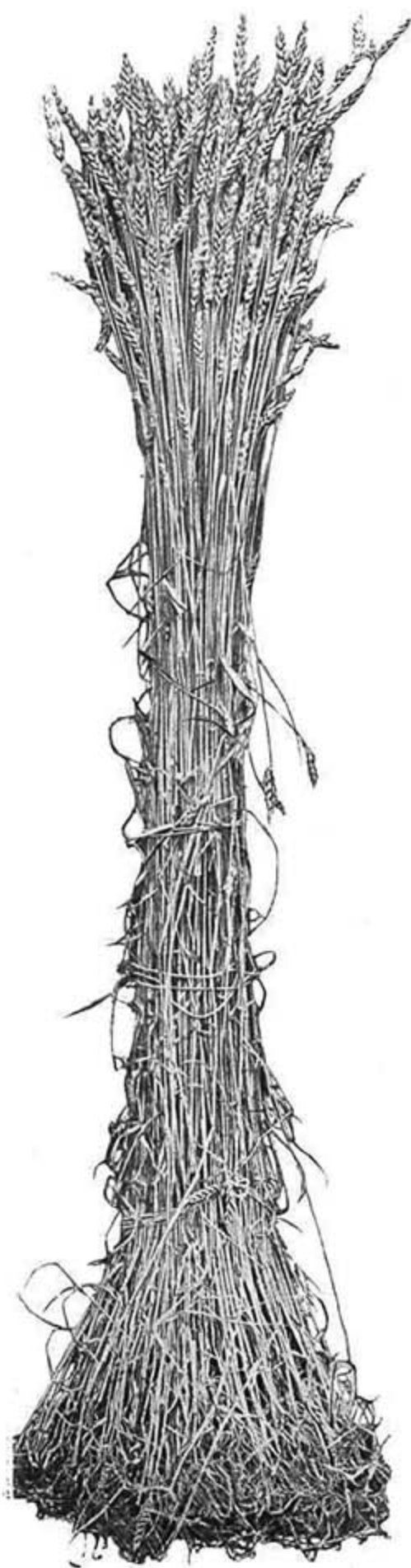
corresponde la de 350.000 toneladas de ázoe, y su valor comercial es de 600 millones de francos, de los que el Estado chileno cobra, á título de impuesto



Envasado en sacos, el salitre llega al cargadero para emprender, en ferrocarril, la travesía del desierto, camino de la costa.



En la ensenada del pequeño puerto, el salitre se embarca. Ha de cruzar el Pacífico y el Atlántico antes de volver á la tierra, fertilizando los campos de Europa.



sobre la exportación, la suma de 160 millones. Aparte del ázoe, la industria salitrera rinde otros beneficios de menor cuantía, obtenidos por la exportación de elementos secundarios extraídos del salitre, tal como lo es el yodo, cuya explotación media es de 500.000 kilogramos, que valen 10 millones de francos.

El desarrollo de esta industria, nacida del esfuerzo obstinado del hombre en lucha inexorable con el desierto, ha hecho surgir de la tierra yerma las poblaciones, los caseríos, los grandes centros de explotación. Antofagasta, Tocopilla, é Iquique, son las poblaciones nacidas de esta labor, llevada hoy á cabo en más de 150 establecimientos esparcidos sobre la Pampa, y que ocupan 40.000 obreros, consumen 600.000 toneladas de carbón, y significan la vida de 170.000 habitantes que cuenta la región del salitre.

Se han expuesto varias teorías para explicar la formación de los depósitos de salitre. Todas estas hipótesis, formuladas á medida que se descubrían nuevos yacimientos en distintas ocasiones, tienen el inconveniente de carecer de generalidad. Puede decirse que la historia de la formación del salitre es todavía un enigma, y que sólo podrá llegarse á su solución, merced á un estudio geográfico y geológico completo de las zonas en que existen yacimientos de nitratos.

Noellner y Darwin supusieron que eran origen del salitre las algas marinas. Müntz y Plagemann pensaron en la nitrificación microbiana. Ochsénius atribuye la presencia del ázoe al guano que existe en gran cantidad sobre la costa sudamericana del Pacífico. Williams, Pissis, y Sundt, aseguran que el salitre nace de una reacción atmosférica, en virtud de la cual se combinan el oxígeno y el nitrógeno del aire, merced á la acción de las descargas eléctricas.

El nitrato aparece de tres maneras distintas: en forma de capas, que son verdaderos yacimientos, ricos en nitrato; en forma de bolsas ó pequeños depósitos, y por último, bajo el aspecto de exudaciones superficiales.

Para llegar á la capa de yacimiento salitrero, ha de comenzarse

Dos plantas de trigo nacidas de igual semilla, y sin más diferencia, en su cultivo, que la debida al efecto del nitrato, que ha duplicado casi el tamaño de los tallos y de las espigas.



por desescombrar los fragmentos de cuarzo que cubren el suelo y constituyen la *chuca*, y levantar luego la capa inmediata de tierras, pobres en salitre, llamadas *costra*, cuya escasa proporción de nitrato las hace impropias para la explotación. El yacimiento de mineral utilizable se denomina *caliche*, presenta una proporción media de 25 por ciento de nitrato, y tanto su composición como su espesor varían mucho, según las regiones en que se hallan.

Para averiguar si un terreno es susceptible de explotación, se comienza por explorarlo mediante calicatas practicadas de cien en cien metros, que permiten determinar con relativa exactitud la extensión y la profundidad de la capa de caliche. Los obreros chilenos saben apreciar la calidad del mineral sin más que verlo, paladearlo, y en último recurso, acercar un fragmento á la llama y observar su deflagración.

Hallada la zona explotable, se practican zanjas que van surcando el terreno, y que se abren con barrenos de dinamita. A lo largo de ellas va extrayéndose el caliche, que se traslada hasta el plano inclinado de la fábrica. Por este plano, los bloques de mineral caen directamente en las trituradoras que los reducen á fragmentos uniformes, para, en este estado, pasar á los tanques de agua caliente llamados *Cachuchos*, en donde se verifica la disolución de las sales. El líquido concentrado, y mantenido á elevada temperatura, se deja decantar durante un cuarto de hora en depósitos especiales, ó *chulla-*

dores, y se envía luego, por las cañerías de circulación, á las *bateas* ó cristalizadores expuestos al aire libre, en los cuales, por enfriamiento y por evaporización, se verifica la cristalización del nitrato, que se recoge, se deseca, y se acomoda en sacos para su exportación.

Pero no todo el nitrato que existe en el caliche se extrae utilizando los medios conocidos hasta la fecha. Sólo consigue separarse el 50 por 100, y en los *ripios* ó minerales de desecho queda el otro 50 por ciento que, hasta ahora, no se ha podido extraer.

En estas condiciones, todo el caliche pobre, que es aquél cuyo tanto por ciento de nitrato es inferior á 18, no sirve para la explotación, y sin embargo este caliche representa un valor de muchos centenares de millones de francos, á cuya suma se añade, en proporción directa de la explotación del caliche rico, la enorme cantidad de ripio, ó

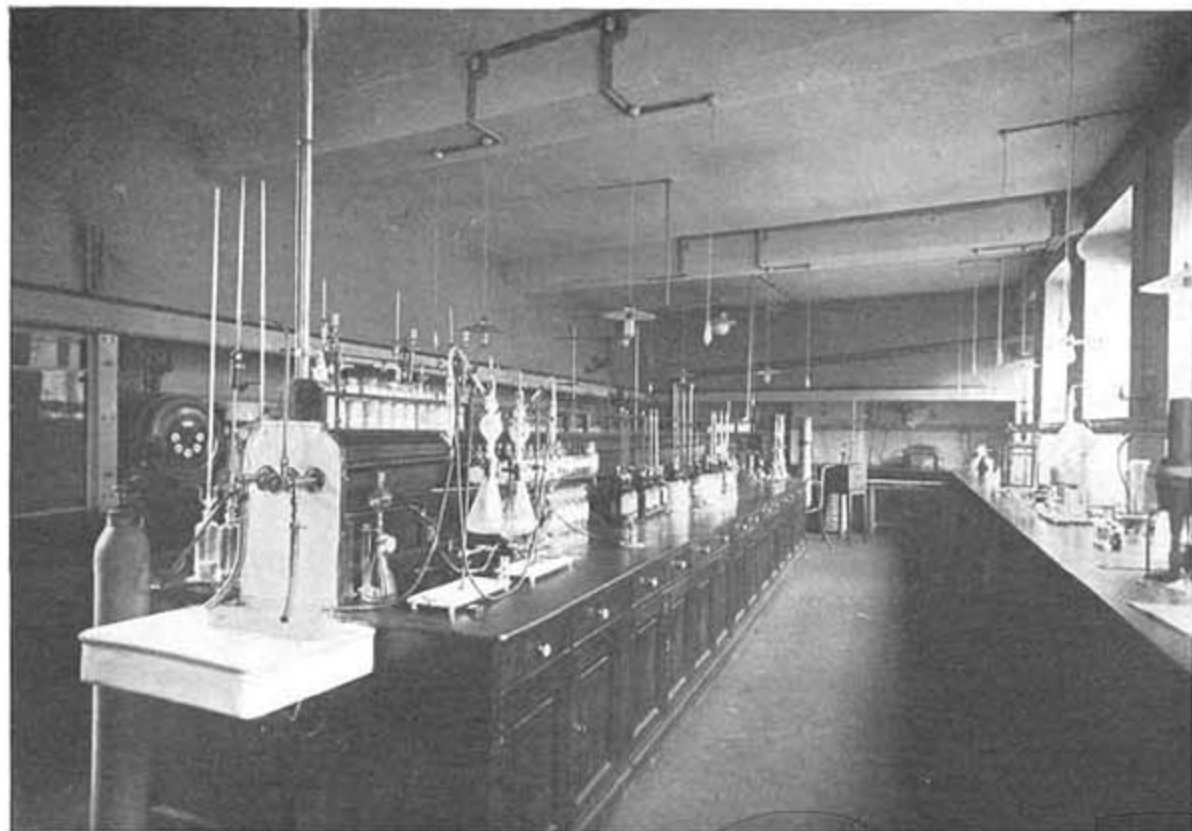
caliche lavado, que en torno de las fábricas va alzando verdaderas montañas, bajo las cuales se entierran anualmente millones de francos, valor del ázoe que queda entre el desecho, por ignorancia de medios más perfectos de explotación.

Encontrar otros que permitan la completa ó casi completa extracción del total de nitrato contenido en el caliche: ¡ hé aquí el problema !

El hombre que logre dar con la clave, y que permita en consecuencia la explotación del caliche pobre, y la reexplotación de los



El sabio chileno Sr. Mourgues, en su laboratorio, trabajando en la investigación de nuevos medios de extracción del nitrato.



Vista general del laboratorio instalado por el Sr. Mourgues en el Anexo del Colegio de Francia, para el desarrollo de las experiencias del nuevo método de explotación del salitre.

ripios, hará surgir de la maravillosa Pampa del Tamarugal mucho miles de millones, y, abaratando el precio del nitrato, producirá una revolución asombrosa en la industria y en la agricultura mundiales.

Tan magna empresa es la que acomete un distinguidísimo hombre de ciencia chileno, el Dr. Luis E. Mourgues, que en su laboratorio particular, instalado en el Anexo del Colegio de Francia, prosigue una serie de laboriosas experiencias cuyos resultados, al decir del sabio sudamericano, permiten abrigar las más halagüeñas esperanzas.

El doctor Mourgues es un antiguo luchador en los centros de alta ciencia de Francia. Hizo en París sus estudios de medicina, y especialmente de química, y fué, durante muchos años, preparador del curso magistral del profesor Armand Gautier, célebre químico francés.

Mourgues trabajó asiduamente en colaboración con este ilustre científico, y en esta época publicó numerosas memorias, dando cuenta de sus investigaciones. Poste-

riormente, fué llamado á su país en calidad de profesor de la Universidad de Chile, encargándose después de la dirección del Laboratorio Municipal de Valparaíso. Esta fundación, aniquilada por el terremoto de 1906, renació merced á la iniciativa y al esfuerzo privado del Dr. Mourgues, quien, en compañía de su hermano, llevó á cabo en él las primeras investigaciones que le indujeron á proponer el procedimiento nuevo de explotación salitrera, en cuya definitiva creación se esfuerza, desde hace más de un año, en el silencio y en el apartamiento de su laboratorio de París.

De ese laboratorio saldrá, probablemente en breve, la fórmula que ha de abrir, con llave de diamante, el secreto tras del cual se esconde, inalcanzable hasta ahora, la mitad del tesoro de cuento de hadas que avara rinde, tan sólo en parte, la inclemente, la yerma, y la prodigiosamente fecunda Pampa del Tamarugal.

ANTONIO G. DE LINARES.



TARDE

Novela original
de Jorge HUNEEUS
Ilustrada por J. Basté

La felicidad no es siempre de quien la merece. ¡Hay tantas alma buenas que parece no han venido al mundo sino para embellecer la desventura!...

SALVADOR FARINA.

CAPITULO PRIMERO

Il semble qu'une passion vive
et tendre est morne et silen-
cieuse.

LA BRUYÈRE.



MIGUELITO era joven, y sin embargo no era abogado: notable fenómeno que no le impedía vestir siempre conforme al último figurín, y tener á mucha honra el que le considerasen todos como verdadera autoridad en cuestión de modas. Dicho queda, con esto, que

mucho menos podía ser médico, ni ingeniero, ni nada, en suma...

— No tengo profesión fija — decía siempre, dando así á comprender que era entendido en todas, aunque no necesitaba ninguna.

Era buen mozo, eso sí, y aun á primera vista favorecíale su alta estatura y su robusta complexión, que le prestaban un grato aspecto varonil. Pero allá, en las soledades de su tocador, sin más testigos que sus espejos, Miguelito se comparaba modestamente á Adonis, á Narciso, ó al mismísimo Apolo, sin que esto significara que Miguelito supiera quienes fueron estos personajes mitológicos, sino precisamente todo lo contrario, ya que nuestro joven ignoraba cuanto en este bajo mundo es preciso ó conveniente saber.

En resolución, era Miguelito mozo de éstos que ahora se estilan; es decir, tenía todos los talentos que para ser elegante se requieren: encontrábase irresistiblemente simpático para las mujeres; era instruido, hasta

saber firmar con elegancia y con signos al parecer masónicos en la rúbrica; vivía de sus rentas que eran, naturalmente, las de su papá, y merced á una privilegiada intuición de las cosas y á una grande experiencia de la mundanal vida — ya que no á previos estudios científicos — llamábase á sí mismo *hombre de ideas*.

En efecto, era su principal teoría la de profesar acendrada enemistad al matrimonio, por lo que decía siempre á las muchachas, con sonrisa profundamente picaresca y maliciosa: — Créanme ustedes, señoritas, yo sé lo que digo. No hay vida como la de soltero: vida libre, independiente, tranquila...

En cuanto á ideas, las ningunas que albergaba, condensábalas siempre en estas ó parecidas disquisiciones:

— Yo soy hijo de mi siglo, y me conformo estrictamente á su espíritu; he aquí por qué he sido y seré liberal toda mi vida. Ni más ni menos. No voy más allá ni más acá. Ahí me quedo: ¡en mi siglo!

Tal era su frascología favorita, y ya se sabe que cada cual tiene aquélla que le caracteriza y retrata.

Nada diremos de las gracias de Miguelito: ellas se dirán solas en el curso de este verídico relato; si algunos ligeros pergeños hemos trazado de él, antes de presentarle á los lectores, es por desapego hacia los conocimientos imprevisos que tanto se usan en las novelas, y que no existen en la vida real.

Bueno será que digamos, en cambio, por qué es Miguelito la primera figura que presentamos á los lectores, bien que no sea, ni mucho menos, protagonista de esta obra, sino personaje secundario que por su naturaleza vulgar y adocenada no puede inspirar gran interés. Pero como en estos momentos cru-

zamos el umbral de una residencia particular, y como lo primero que en dicha casa encontramos es la figura de Miguelito, justo es consagrarle dos palabras ya que, además de ser dueño de casa, representa tan importante papel en los elegantes salones de su madre.

Estos salones están casi vacíos, en los instantes en que trasponemos sus dinteles, porque los concurrentes acaban de invadir el comedor, amplio y espacioso, lleno de luz, de gentes y de colores.

Un centenar de personas, jóvenes casi todas, hablan á la vez, animadas unas por el natural regocijo que se respira en el ambiente del baile, otras por el mero bienestar físico experimentado ante una mesa bien servida y lujosamente adornada, contagiadas todas por la alegría ajena y, en fin, animadas las menos por la presencia del amado ó de la amada, con quien se entienden por la telegrafía muda de esas sonrisas, de esas miradas, ó de esas palabras sueltas y enigmáticas que vagan siempre como perdidas en los salones, y que son, á veces, las mejor aprovechadas.

No falta algún concurrente que, envuelto entre las espiras azules del humo de su cigarro, observe filosóficamente desde una sajea vecina la algarabía general de todos, producida con harta frecuencia por la desazón particular de cada uno; y este contertulio silencioso é inquiridor parece esforzarse en distraer una indisimulada tristeza que le asalta, ya criticando con los ojos la vulgaridad de tal ó cual danzante, ya buscando en vano con el oído alguna frase interesante entre la vocinglería de tanta insípida conversación, entre el run-run de tanta palabra suelta y entre el confuso eco de tanta risa diferente.

Transcurre así buen rato; poco á poco, el salón va poblándose. Pronto se hace un súbito silencio, y una voz de cristal modula el canto de una melancólica copla popular. El filósofo observador abandona su retiro y se acerca al piano, junto al cual, en pie, canta una damisela. Escuchándola, el filósofo contemplativo olvida toda filosofía y toda observación, y bien claro se ve, que su alma entera vibra al unísono de la dulce voz...

Acaba la copla. Se extingue la nota postre- ra. Un apretado corro de admiradores aplaude:

— ¡Admirable, Elianita!... ¡Bravo, Elianita!... ¡Muy bien, Eliana!...

Y el filósofo, desconcertado, murmura en queda voz, y sólo para su corazón:

— ¡Eliana!...

Entre tanto, Miguelito dialogaba con su vecina, poniendo en su conversación todo el aplomo, toda la gracia, y toda la picardía que le caracterizaba de hombre de mundo y de partidario acérrimo de la soltería, permitiéndose asegurar, bajo su palabra, que ha vivido demasiado para serle dado conservar ilusiones, y para ignorar que todas las mujeres, sin excepción, son iguales, igualitas, y que á él no le seducen — ó que, según su propia expresión, no le importan un rábano — todas las sonrisas de las damas, y menos aún las abrasadoras miradas con que, á menudo, le distinguen las niñas más hermosas de Santiago de Chile.

Pero, decididamente, Miguelito es hombre raro, porque á pesar de sus teorías de desdén hacia las mujeres, le vemos en esta noche almibarado y zalamero hasta no más, y diciendo á su interlocutora, con entonación profundamente sentida:

— Elianita ¿ así me desprecia usted?...

— No diga tonterías — replica ella, sólo por contestar algo.

— Hágame el favor — insiste él (mozo desengañado de las mujeres) — hágame el favor de aceptar estas galletitas, aunque sea una no más, y por no despreciarme. Le aseguro que no le pesará. Son muy buenas, como hechas por mi mamá. ¡Excelentes!

— ¡En fin, Miguel, porque no diga que soy mal educada!...

— ¡Triunfé!... — dice Miguelito para suhalco, mirándose como al desgaire en el espejo del frente, y retorciéndose con fatuidad el ya retorcido bigote, con lo que luce la blanca finura de su mano, y publica la pureza del ópalo que destella la luz de sus cambiantes, desde la sortija del arqueadísimo dedo meñique.

Hay un momento de pausa durante el cual, Eliana da una dentelladita á la galleta, y la deja enseguida sobre la mesa.

— Es buena ¿ verdad?... — exclama Miguelito, engulléndose una entera.

— Sí, no le faltaba á usted razón...

— Pues me alegro, Elianita, de que se vaya usted convenciendo de que soy algo razonable.

Como no deseara Eliana responder á semejantes observaciones, tomó el partido de sonreír débilmente, mientras rehuía el hablar, llevándose á los labios por segunda vez la galletita.

El menos perspicaz, el menos zahorí, hubiera notado que en aquellos hermosísimos labios jugueteaba más la impaciencia que el enojo, y que sin duda por eso, su habitual mansedumbre intentaba vanos esfuerzos por huir.

En esto, la voz aflautada de una señora que tenía casi tantas arrugas en el rostro como piedras y joyas en el traje, dijo melifluamente:

— Pasemos al salón... Aquí hace ya mucho calor... ¿ No te parece, Miguelito?...

— Tiene razón mamá...

— Tiene razón la señora — repitieron en coro varios jóvenes, que ya de pie, rodeaban á la madre de Miguelito.

Sonrió amablemente la señora, y los concurrentes pasaron al salón, atropelladamente, como suele ocurrir en semejantes casos.

En el comedor quedó sólo un grupo de jóvenes que, envueltos en la nube de humo de sus cigarros y en el calor regocijado de la charla, aguardaban sin impaciencia el prelude de algún vals.

— ¿ Has visto tipo como el tal Miguelito?...

El interpelado, que es el joven filósofo á quien hemos visto abstraído y silencioso primero, y desconcertado y nostálgico después, miró en torno suyo, y notando que muchos podían oírle, renunció á la frase, sin duda epigramática, que á sus labios afloraba en una sonrisa, como diciendo:

— ¡ Me es indiferente!

Impacientado con este silencio, el que había hecho la pregunta replicó con viveza:

— No es eso sólo, es que además está cortejando á Eliana. ¡ Pues ahí es nada!... ¿ Hase visto mentecatez igual?... ¿ Quién es él para pretender á esa perla de las mujeres?... Podrá ser muy buen mozo, y muy rico; pero todo ello, multiplicado hasta lo infinito, no le impide ser un imbécil de nacimiento, un fatuo incapaz de enamorarse más que de sí propio, é indigno de que una mujer como Eliana le hable siquiera por cortesía...

— Cálmate Alberto, no hables así, y piensa que al fin estás en su casa... Además, creo que no te haya hecho nada...

— Hombre, es cierto, él no me ha hecho nada, pero yo no sé lo que me digo ahora... Sin embargo, te hallo razón: á bien que tú

tendrás toda la vida más juicio y discurso que yo. Esto lo he dicho cien veces, y tú lo has demostrado otras mil... Por una friolera me acaloro, y ya ves que el tal Miguelito no vale la pena; y aunque la valiera, le conoces tan

bien y mejor tal vez que yo, y no obstante le tratas de muy distinta manera... ¿ Te acuerdas, Daniel, de aquellas disputas memorables del colegio, cuando luchábamos con él, yo á coscorrones y tú á razonamientos?...

— ¡ No me he de acordar... y mucho! ¡ Pobre Miguel!

— ¡ Siempre con tus compasiones! ¿ Quieres decirme, Daniel, cuando aprenderás á sentir como yo?... ¿ A dejarte de melindres y dulzuras, esto es, á amar con franqueza y á odiar sinceramente?...

— Escucha, Alberto: en lo que se refiere á amar, tengo la pretensión de saber hacerlo... Respecto al odio, te confieso francamente que si alguien llega á inspirármelo, en verdad, se lo profesaré sin disimulación de ningún género... Entre tanto, tengo por sistema el hacer lo posible por no odiar á nadie. Sería demasiada molestia el tener que odiar á todos mis enemigos. Y esto, pienso que antes que virtud es egoísmo, porque el odio, mal que mal, es un sentimiento, y no vale la pena de gastar sentimiento en balde... No; ya que sea imposible no tener enemigos, más sencillo que odiarlos es despreciarlos... El desprecio es la mejor de las armas...

— ¡ Alberto, eres un grande hombre! Bien se ve que no desaprovechaste las lecciones de filosofía que aprendiste en el colegio.

— En efecto, las recuerdo bien...

— Sin embargo, á pesar de todos tus razonamientos, no puedo reprimir el coraje que me causa ver que Miguel pretende ahora á Eliana. Si á ti no te sucede lo mismo, es porque desconoces el mérito de la muchacha...

— Quizás la conozca un poco, y sospecho



Miguelito era joven, y sin embargo no era abogado; notable fenómeno que no le impedía vestir conforme al último figurín...

que no ha de divertirse mucho con Miguel...

— ¿Sabes, Daniel, que se me ocurre hacer una obra de caridad?... ¡Voy a librar a Eliana de ese sujeto!...

— ¿Vas a hablar con Eliana?...

— Sí, aunque ella no me agradezca la intención, y aún menos me la agradezca Miguel...

— ¡Diviértete, Alberto!...

— ¡Gracias, Daniel!...

Mucho rato después, bailaban todavía Eliana y Alberto, sin que este último se cuidase para nada de la reconcentrada ira con que Miguelito le observaba.

Mientras tanto, Daniel seguía desde lejos, con disimulado afán, todos los movimientos de la pareja.

Cada vez que sentía el peso de alguna mirada sobre sí, distraía los ojos y observaba con aparente atención las flores bordadas del abanico.

— ¡Qué aburrido debe de estar aquel joven!... — pensaban los que le veían en tan retirado apartamiento.

Y sin embargo, aquel joven no se retiró hasta lo último del baile.

Al cabo de un rato, acercóse a Eliana un hombre alto, delgado, elegantísimo, y que a todas luces era un solterón de esos que andan por los salones de todas las buenas sociedades, y que, parapetados tras de las trincheras de los cosméticos, luchan denodadamente hasta el último instante contra la vejez que les alcanza. Que era inglés, estaba a la vista: bien claro lo pregonaban sus patillas rubias y los espejuelos que ostentaba sobre su afilada nariz, y amén de otros detalles, lo insolente del tamaño de sus pies y manos.

Don César, que así le llamaban, era y había sido siempre un enigma para todos, un verdadero jeroglífico viviente que nadie acertaba a descifrar. Mirado a distancia, parecía no llegar a los treinta y cinco años; contemplado de cerca, podían dársele cincuenta y ocho, y no faltaba quien le colgara los doce lustros cumplidos.

Los que con él hablaban le juzgaban hombre de mucho mundo, por lo versado que era en achaques y aventuras sociales; hombre de alguna hacienda, y de no poca fortuna, por el ostentoso, brillante y refinado sibarismo que sellaba todos sus actos y su persona toda; hombre ilustrado, porque a pesar de ser inglés, poseía y hablaba el castellano con toda corrección, y adelantaba siempre impresiones y fallos definitivos sobre cualquier materia discutida.

En suma, era hombre admitido en la me-

yor sociedad, y juzgando por las apariencias y por lo que él aseguraba, su familia era de las principales de Cantorbéry; y sólo sucesos particulares que don César callaba discretamente, dando a entender que entre ellos mediaba algún interesante drama del corazón, le habían obligado a expatriarse y a vivir eternamente solo, entre la más aristocrática sociedad de Santiago.

Poco, muy poco hablaba don César de estas cosas; pero cuando por incidente se refería a ellas, hacía lo con tal misterio, que interesaba a cuantos le escuchaban, y más si el auditorio se componía de mujeres.

Llegóse, pues, nuestro hombre a Eliana, y saludándola con ceremoniosa gravedad solicitó de ella un baile, trabando con tal motivo conversación:

— Y ¿cómo le va a usted esta noche, Elianita?...

— Bien, gracias — respondió ella con amable seriedad.

— Verdad es — agregó don César — que a usted no puede irle sino muy bien. A su edad de usted la vida es hermosa, y se recuerda siempre, después, esa época de juventud que es lo mejor de la existencia.

— Creo que tiene usted una idea un poco frívola de nuestra vida, si considera que éstos son sus mejores instantes... Yo espero otros mejores...

— Oh, señorita, no tengo tan mala idea como amarga experiencia, y presumo que usted ha de conservar de estos instantes primeros de vida mundana un recuerdo muy agradable. Ahora ha conocido usted amigos...

— ¿Amigos?... No creo tenerlos todavía...

— Es usted muy reservada... Ya me lo habían dicho... Pero recuerde que hay ocasiones en que es inútil la reserva, y ésta es una de ellas, porque existen muchos ojos que la observan a usted, y creen haber notado que ya tiene usted amigos... Hay uno, sobre todo, que creo inútil citar, porque sospecho que sabe usted bien a quien me refiero...

Eliana miró con cierta tímida extrañeza a su interlocutor, y en seguida, sin abandonar la expresión dulce y seria que caracterizaba su rostro, replicó con suavidad, pero llena de firmeza:

— No sé a quien se refiere usted...

Calló un momento don César y, merced a su gran experiencia social, comprendió que no era Eliana niña como todas, y que era imposible tomarse con ella las confianzas que acostumbraba a tomarse con las demás. Varió, pues, discretamente de conversación, llevándola hacia temas triviales, hasta que,



Hágame el favor de aceptar estas galletitas, aunque sea una no más...!

agotados los motivos, ambos personajes se sentaron en silencio sobre un diván, junto al piano.

Al ver detenerse a Eliana, hizo Daniel un movimiento imperceptible, revelador del deseo de acercarse a ella y de hacerse presentar sin dilación. Por fin, se alzó animoso, como si acabara de tomar una resolución grave en asunto de gran importancia.

Empero, antes de dar un paso, se detuvo, buscó a Alberto con los ojos, y pronto le halló del brazo de Lucrecia. Lucrecia era la simpatía y la viveza mismas personificadas, y la perpetua intranquilidad de un alma inocente y voluble asomaba a sus pupilas verdes y transparentes.

Lucrecia y Alberto conversaban animadisimamente, y reían. De pronto, Alberto encontró, fija en él, la mirada de Daniel, que parecía buscarle. El excelente amigo encontró un pretexto para abandonar momentáneamente a su pareja, y acercarse a Daniel.

— ¿Qué haces aquí?... — le preguntó animoso.

— Ven, quiero que conozcas a Eliana, me interesa que la trates, porque estoy perdidamente enamorado de ella; así podrás aconsejarme...

— ¡Ah! ¿de veras?... — respondió Daniel — ¿y desde cuándo?

— No lo sé, aunque es muy posible que sea desde esta misma noche...

— No te creía capaz de pasiones tan repentinas.

— No te burles, Daniel, todas las grandes pasiones nacen así...

— Puede ser, pero en todo caso, creo que mueren de igual modo...

— ¡Oh, no! Si conocieras a Eliana no dirías eso...

A los labios severos de Daniel asomó una frase que no salió de ellos, y que era ésta: — ¡Pobre Alberto, tal vez la conozca mejor que tú!

Alberto continuó acaloradamente:

— Esa mujer es un ángel, un verdadero ángel indigno de la tierra.

Daniel continuó pausadamente:

— No te creía tan excelentes disposi-

ciones de poeta lírico ¡ mi enhorabuena !

— Insisto en que no te burles ; esto es completamente serio.

— No te enojés, Alberto ; nadie respetará como yo la seriedad de tus sentimientos, pero lo repentino de esa pasión me hace poner en duda su veracidad, y por consiguiente su duración. Recuerda que no hace mucho, quizás ayer mismo, encontrabas también que Lucrecia era otro ángel, otro arcángel, y ¡ qué sé yo que cosas más !... ¡ Quién puede asegurar que con la misma facilidad que has cambiado antes, no cambies después !

— Pero Daniel, yo sigo en la misma opinión respecto á Lucrecia ; é insisto en que es un ángel también. Además, siento hacia ella una gratitud muy grande por las amabilidades con que me ha distinguido siempre... Pero eso no tiene nada que ver, ya que Eliana reúne mayores perfecciones.

— No hago comparaciones — prosiguió Daniel — sé la distancia que media entre ellas, y sin embargo insisto en que esa distancia puede desaparecer mañana para ti, sólo para ti, con la misma facilidad con que ahora se establece.

— ¡ No me conoces, Daniel !... Siento, ahora, que soy otro hombre, y que esta conversión la debo á Eliana. Y la he de amar como la amarías tú, que de tan gran amor presumes ; es decir, como has de amar á tu mujer, cuando la tengas...

— ¡ Como yo la amaría !... ¡ Ah !... — Tal fué el pensamiento que durante todo el resto de la noche vibró en el espíritu de Daniel...

Tan satisfecho se encontraba Alberto del interés que su amigo le prestaba, que, víctima de ese egoísmo ciego que es consecuencia de la dicha, no recordó que la entrevista con su amigo había sido solicitada por éste, con una muda súplica de atención...

Daniel, por su parte, se separó de Alberto sin hacer la menor alusión á su desco. Muy asiduo estuvo Alberto con Eliana durante todo el resto de la velada, y mientras Daniel vagaba distraído de puerta en puerta y de silla en silla, don César repartía equitativamente su conversación de hombre de mundo, al par que Miguelito, sin perder de vista á Alberto, conversaba con doña Elisa.

Era esta interesante dama la madre de Eliana, y bien claro lo pregonaba su parecido con la encantadora niña. Esta dama era una de esas mujeres cuya hermosura burla el transcurso de los años, que pasaban sin dejar sobre su rostro huella, como no fuera el albor de la cabellera, cuyas canas contribuían á embellecerla por el contraste con la juventud inmutable del rostro.

La bondad de doña Elisa llegaba hasta el punto de tolerar la conversación de Miguelito, y los constantes obsequios con que el joven la importunaba, ofreciéndole á cada instante nuevas galletas fabricadas *por su mamá*.

Mientras tanto, entre un grupo de jóvenes que en el salón de fumar comentaban á su sabor las ocurrencias de la velada, se escuchaban frases de éste ó parecido jaez.

— Dicen que Miguelito ha pedido á Eliana...

— ¡ No digáis tonterías !

— Sin embargo, ya veis la conversación asidua que sostiene con doña Elisa...

— ¡ Pobre señora !

— ¡ Sí, por cierto !... ¡ Pobre señora !

— ¡ Qué paciencia tiene !...

— Como ella, no hay dos...

— ¡ Es la suegra ideal !

— ¡ Cómo se conoce que no eres casado !... La suegra ideal no existe.

— Yo, á tener ella algunos años menos, mejor la tomaría como esposa ¡ palabra de honor !

— Sinceramente, yo prefero á la hija...

— No cabe duda de que Eliana es la única mujer, por quien podríamos renunciar á nuestras teorías en contra del matrimonio.

Y la conversación se termina con el asentimiento general de la sala.

CAPITULO II

¡ Feliz aquél que posee un amigo !

X. DE MAISTRE.

Viaje al rededor de mi cuarto ; c. XX.

La campana del colegio llama al recreo, y una muchedumbre de niños se desparrama por el patio, bajo las acacias frondosas.

Unos niños corren, otros gritan, otros permanecen sosegados como pequeños hombrillos viejos, los más juegan... De pronto, uno de estos últimos lanza su pelota que va á perderse entre el ramaje de los árboles, y que al caer arrastra un nido que viene á tierra. Los niños se precipitan, y encuentran en el albergue descuajado un polluelo implume, que aún no abre los ojos á la luz.

El muchacho en cuyo poder ha caído el pájaro, es un chico apuesto y moreno, y exclama, mirando al polluelillo :

— ¡ Echémosle á volar ! ¡ Qué aprenda, que para eso tiene alas !

— No lo echés, Miguel — replicó un muchacho rubio.

Pero el interpelado, lejos de atender á la indicación de su compañero, disponíase á

arrojar al suelo la indefensa avecilla, y lo hubiera hecho así sin la intervención del niño rubio, quien, sujetando á su contrincante por las muñecas, le amenazó así :

— ¡ Vuelve á poner el pájaro en el nido, ó te hago llorar delante de todos !

El mal intencionado chiquillo soltó el pájaro, pero era demasiado tarde ya, y todos los cuidados del niño compasivo no consiguieron volver la vida á la avecilla.

Al ver muerto al polluelo, el muchacho rubio colocó solícitamente el pequeño cadáver en el nido, y dijo á su amigo :

— ¡ Toma, para que en otra ocasión no seas tan bruto !

Y uniendo la acción á la palabra, acompañó su dicho con un par de coscorrones.

Huyó gritando Miguel, y cuando iba á ser alcanzado por su perseguidor, que tras de él corría velozmente, se arrojó al suelo, consiguiendo con este ardid que el defensor de los pájaros cayera de bruces, á corta distancia de él.

Mofáronse los demás chicos de la aventura, pero el muchacho rubio se alzó pronto, y alcanzando de nuevo á Miguel se aplicó á zurrarle concienzudamente.

El golpeado imploró el auxilio de sus compañeros, quienes, fuera por irreflexión ó por envidia, tomaron partido en favor del que había matado el pájaro, y guareciéndole con sus cuerpos impidieron que el niño justiciero prosiguiera su castigo. El chico rubio contempló el grupo hostil con desdén, y dijo volviéndoles las espaldas :

— ¡ Todos contra uno ! ¡ Bella hazaña !

— En verdad que es cobardía — gritó entonces un muchacho brioso y alegre, y prosiguió amenazador :

— ¡ Ahora, ya somos dos !

Diciendo esto, se colocó al lado del que estaba solo. La amenaza tuvo por efecto inmediato, que el grupo se disolviera en silencio. Cuando los dos muchachos quedaron solos, el protegido tendió la mano á su protector, y murmuró :

— ¡ Gracias !

Así nació una duradera amistad entre estos dos niños, que en adelante habían de quedar unidos

por lazos fraternales. Estos dos niños eran : Alberto, el espontáneo defensor, y Daniel, el paladín del pajarillo malparado por sus compañeros.

Desde aquel día, Alberto fué el único amigo de Daniel, y éste fué uno más de los muchos amigos que contaba Alberto. Poco á poco, estos niños fueron trocándose en hombres, sin que jamás se interrumpiera la cordialidad que les unía. A Miguel le echaron del colegio por su completa incapacidad, pero al alejarse de sus compañeros, el ruín muchacho no olvidó el rencor que profesaba á los dos buenos amigos Alberto y Daniel, y especialmente á este último.

Alberto era el colegial más querido de todos, entre los que descollaba por su carácter generoso y decidido. Hablaba de todos y con todos ; socorría



¡ Cállate Alberto !... No hables así, y piensa que al fin estás en su casa...

á cuantos pobres encontraba, siempre que dispusiera de un centavo; cuando se trataba de alguna bolsa colectiva, destinada á obsequiar á cualquier compañero ó maestro, la cuota de Alberto era la primera entregada. Al comenzar á ser joven demostró una irresistible afición á las niñas, y tuvo la suerte de no provocar jamás en ninguna muchacha un solo gesto de desdén. Cambiaba frecuentemente de amores, ó mejor dicho, de amos, que no eran para él sino pasajeras distracciones, sin que por eso, en tanto que duraban, no pusiera en ellos todo su entusiasmo. Al decir á Daniel sus confidencias amorosas, añadía siempre, á modo de comentario:

— ¡Enamórate hombre! ¡No sabes lo que es bueno!

Daniel, gravemente, le replicaba:

— Alberto, eres muy niño para andar en amores.

Protestaba vehemente el enamorado. Daniel acababa por sonreír y callar. A lo más, aseveraba este último:

— ¡Decididamente, no se puede hablar contigo en serio!

Daniel era un excelente estudiante, al decir de todos sus profesores, excepción hecha de los de matemáticas, según los cuales, el muchacho tenía demasiada afición á las letras. En efecto, Daniel amaba con pasión la literatura, y realizaba en ella tales progresos, que sus mismos profesores se enorgullecían de tan aventajado discípulo. Aun en las horas de recreo, se le veía con algún libro debajo del brazo. Cervantes, Hurtado de Mendoza y Quevedo eran sus autores preferidos. Así se formó y adquirió ese buen gusto y ese refinamiento artístico, indispensables en toda verdadera educación literaria.

Así llegó aquel muchacho á ser hombre, y hombre de letras, sin haber casi sido niño. En el afán con que perseguía sus ideales; en la abstracción de su vida laboriosa; en lo poco ó nada que le preocupaba el crearse antipatías ó simpatías entre los demás hombres; en lo estrecho del círculo de sus amistades, y en el verdadero afecto con que sus contadísimos amigos le distinguían; en todas las circunstancias de su vida y de su carácter, en suma, veíase claramente que todos los pasos de Daniel eran inspirados por un anhelo tan firme como constante, y por un ensueño profundo perseguido con sin igual tenacidad.

Al fin llegó un día en que los dos amigos, terminados sus estudios primeros, conquistaron sus títulos de bachilleres, y salieron para siempre del colegio en que pasaron tantos años juntos.

Alberto se sintió completamente feliz en aquel día, pensando:

— ¡Ya se acabó el colegio para siempre!

Daniel, serio como de costumbre, parecía pensar:

— ¡Ya estoy más cerca del término!

Para celebrar tan magno acontecimiento, los dos compañeros decidieron comer juntos, por vez primera en su vida, en un gran restaurant de Santiago. Obtuvieron el permiso de sus padres, y entraron en el café como Pedro por su casa, es decir, como si durante toda su vida hubieran hecho lo mismo. Alberto se retorció el bozo del bigote, y mirando á todo el mundo parecía decir á todos:

— ¡Conste que soy todo un Bachiller!

Daniel, con sus manos cruzadas hacia atrás, y su aspecto de hombre serio, expresaba, en cambio, con el idioma mudo de la actitud:

— Yo también soy todo un Bachiller, pero me importa un ardite el que ustedes lo crean ó no.

Al fin de la comida, los dos amigos abandonaron el comedor y salieron, calles adelante, á gozar de aquella serena noche de Enero.

Llegaron á la Alameda que estaba desierta. Sentáronse en un banco de piedra, y al contemplar la hermosísima avenida desierta, bañada por la luz de la luna, Daniel inquirió:

— ¿Por qué estará tan solitario este pasco?

No halló su amigo respuesta á semejante pregunta, porque, en efecto, no era fácil su explicación, pero el secreto de ello era, sencillamente, que aquella noche *no había música*; las gentes, en Santiago, no comprenden la belleza de las noches templadas y consteladas, si no es escuchando el infernal desconcierto de una charanga.

— ¡Qué noche tan linda, Daniel! — dijo Alberto, y añadió:

— ¿Ni aun en esta noche de ensueño sientes deseos de amar?

Daniel respondió:

— ¡Quién sabe!

— Eso quiere decir que te has enamorado ya, y que guardas el secreto... ¡Más confianza esperaba yo de ti!...

— No exageres, Alberto... Yo no he dicho que estuviera enamorado... Eso...

— ¿Eso qué?...

— ¡Eso es cosa seria!

— No lo creas, Daniel, el amor es lo más noble y lo más bello que existe, pero nada tiene que ver con la seriedad. Te lo aseguro yo, y tengo ya una mediana experiencia...

Daniel no pudo impedirle de reír, y exclamó en burla:

— ¡Oh, tu experiencia!

— Si, mi experiencia, y no te rías, porque la tengo aunque tú no lo creas; y para demostrártelo, voy á contarte cosas que hasta ahora juzgué oportuno callar...

— ¡Cuéntalas, pues; nada puede interesarme tanto!

— Comenzaré, pues, con la historia número uno de mis amores, y la designo así para no confundirla con las catorce restantes...

— ¡Es posible! — exclamó Daniel.

— No te asustes... No sólo es posible, sino que es perfectamente natural. Verás: tuve mi primera novia á los trece años, y al elegirla sólo me preocupé de que fuera bonita, y de que tuviera un lindo nombre. Lo demás me importaba poco... Para mí, el mayor encanto del amor estriba en poder decir á los amigos, sin faltar á la verdad, que se tiene amores con una gentil muchacha...

— No pienso así — interrumpió Daniel — creo que el

mayor encanto del amor consiste precisamente en guardar el secreto.

— Eso es una tontería, Daniel. De igual modo, el que mi novia me amara mucho ó poco me tenía sin cuidado, pues yo me contentaba con figurarme que me favorecía con una loca pasión, coligiendo que si me equivocaba, engaño por engaño, era prefe-

rible el de mi imaginación al de la realidad...

Daniel preguntó, sonriendo:

— ¿Eras pesimista ya?

— ¿Y cómo no?... Había leído al gran « Figaro », y nunca olvidé aquella magistral frase suya que dice: « Bienaventurado aquél á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, al menos, oye la verdad ».

— Entonces ¿por qué buscabas y sigues buscando á las mujeres?

— Me lleva hacia ellas un impulso que no puedo dominar. Siendo casi

niño, forjaba ya en mi imaginación proyectos de raptos; entonces me gustaban las muchachas mucho mayores que yo; ahora, en cambio, las prefiero más jóvenes...

— Efecto de los años...

— Tal vez, aunque tú lo digas en broma. Pero volviendo al tema de nuestra conversación, mi primer amor, si mal no recuerdo, fué inspirado por una rubia á quien vi en un balcón de la calle de la Catedral. Como no la conocía, y como me eran gratos los nombres de las mujeres de la Biblia, la llamé de seguida Agar. Aquella noche me fué difícil dor-

mir, pensando constantemente en la niña rubia de la calle de la Catedral. Y en días sucesivos, mi pasión no hizo sino crecer, y como mi amada tenía los ojos azules, pensaba en ella contemplando el cielo y el mar, y cuanto hay de azul en el mundo...

— Sin embargo, no le fuiste fiel?

— Te diré la razón de mi desvío: primero,



Don César era y había sido siempre un enigma para todos, un verdadero jeroglífico viviente que nadie acertaba á descifrar.

en los comienzos de nuestro idilio, juzgaba yo que los ojos de mi enamorada simbolizaban la poesía entera del universo, ya que azules son como te dije los cielos y los mares, nuestros dos grandes horizontes de ensueño...

— ¿Y bien?...

— Luego caí en la cuenta de que, á la manera de los científicos que han probado que el azul del cielo es una mera ilusión, ya que el aire no tiene color alguno, nosotros, los amadores, hemos de convenir en que los ojos azules de las mujeres, en lugar de ser arcanos de poesía, lo son de engaño nada más...

— ¡Linda consecuencia!... Y en vista de ello ¿qué decidiste?...

— Pensé, que si los ojos azules son embusteros, los negros habían de ser verídicos por contraste, y así fui en busca de nuevas experiencias.

— ¿Cuál fué tu segundo amor?

— Una morena de ojos negros, como te digo, y la relación de mis escarceos amorosos con ella no ha de dejar de interesarte, porque tiene mucha gracia. Escucha y te vencerás. La conocí en un paseo y me enamoré de ella, en primer lugar, porque tenía los ojos negros, y en segundo término, porque oí que una de sus amigas la llamaba Rebeca... Ya te dije mi afición á las mujeres de la Biblia... Enamorado, pues, de la morena, como antes de la rubia, la seguí hasta dar con su casa, y luego, diariamente, paseaba su calle. Rebeca se asomaba al balcón así que me veía, y cruzábamos miradas apasionadas. Esto duró mucho tiempo, hasta que al fin resolví lanzarme á la gran aventura de la declaración. Siguiendo el procedimiento de todos los galanes poco versados en literatura, hube de recurrir al « Secretario de los amantes », en cuyas páginas encontré un modelo de carta declaratoria, todo lo tierna y ridícula que puedes figurarte, á pesar de lo cual hubo de parecerme de perlas. Dueño ya del mensaje incendiario, tuíme hacia la casa de Rebeca, y entablé negociaciones con el portero, personaje cuya colaboración érame indispensable para llevar á bien tan magna empresa. Tropecé con dificultades opuestas por el concienzudo criado, pero una gratificación y la promesa de otras muchas ulteriores, bastaron para reducir los escrúpulos del canchero de mi segundo gran amor.

Desde aquel día multipliqué las cartas y las gratificaciones, sin jamás obtener una respuesta de Rebeca. Achaqué tal ocurrencia á su desvío, pero, por otro lado, las

miradas insistentes con que mi adorada me favorecía, me hacían esperar siempre una solución favorable para mis cuitas. En vano aguardé día tras día. Al fin, decidido á jugarle el todo por el todo, escribí una carta señalando un plazo improrrogable para la respuesta, y amenazando con suicidarme si ésta no era conforme á mis deseos y á mis esperanzas. Expiró el plazo, y el mismo día y á la misma hora en que yo había anunciado mi muerte, sin grandes ganas de trocar la promesa en realidad, pasé ante la casa de Rebeca. ¡Cual no sería mi asombro al verla cerrada y silenciosa! Súbito, mi imaginación forjó la más espantosa de las novelas: Rebeca no me respondía, á pesar de su acendrado é irresistible amor, porque sus padres se oponían á nuestras relaciones. La muchacha, aterrada ante la idea de mi muerte inevitable, habría muerto de pena, y sólo por culpa mía, que aún seguía vivo... ¡Era horrible!... Huí á mi casa, y me arrojé sobre el lecho. Poco después, un criado me ofreció un diario; busqué con los ojos la fatal noticia, y un parte de defunción me apareció, encabezado con esta frase: ¡Un ángel menos!... No pude seguir adelante... Era ella, y había muerto. No quiero decirte la noche de angustia que pasé, y los mil proyectos de suicidio que adopté, sin llevar á la práctica ninguno. Al día siguiente pedí el diario para cerciorarme de mi desgracia, y puedes suponer mi estupor al encontrarme con una noticia de sociedad, en que se anunciaba que Rebeca había embarcado la víspera para Europa, en unión de sus padres, y que el objeto del viaje era el de celebrar sus bodas con su prometido, que la aguardaba en Londres...

— ¿Entonces los ojos negros?...

— Embusteros también, amigo mío; embusteros como los azules...

— ¿Sufriste mucho de tal decepción?

— ¡Oh! ¡No gran cosa! Proseguí con suerte varia la serie de mis experiencias.

Daniel reía. Alberto inquirió:

— ¿Te convences ahora de que tengo experiencia en cuestiones de amor?

— Lo creo menos que nunca, porque estoy convencido de que no has amado en realidad.

— ¿Tiene gracia! ¿Y tú, has amado alguna vez?

Un poco desconcertado por la brusca pregunta de su amigo, Daniel se rehizo pronto, y afirmó:

— ¡Nunca!

— ¿Y amarás?...

— Ahora no lo sé; más tarde puede que te responda. Pero en todo caso, lo que puedo

asegurarte, es que nunca pensaré acerca del amor como tú piensas.

— Pues ten cuidado; esas ideas pueden costarte muchos y muy serios disgustos.

— ¡Qué remedio! Tal vez esté en nuestro destino el ser tú feliz y yo desgraciado, y, en tal caso, ha de ser vano empeño el de esforzarnos en trocar nuestra suerte.

CAPITULO III

« Y yo conozco al punto
Los que de veras aman
Por cierta señalita
Que tienen en el alma »
ANACREONTE.

Terminaba ya el baile cuya descripción da principio á este verídico relato. Daniel fué de los primeros en salir, y una vez en la calle aguardó.

Desfilaba la nutridísima concurrencia que animaba la fiesta, y en los rostros y en las actitudes había las más variadas muestras de expresión, cansancio, vanidad, satisfacción, desengaño, indiferencia.

Daniel aguardaba siempre. Al fin, salió Eliana.

En el desfile de opuestas y diversas expresiones que la rodeaban, era la suya única, y era de perfecta, de inefable serenidad... Daniel la vió subir al carruaje, que la aguardaba, y cuando éste desapareció entre las sombras de la calle, fuese el mozo lentamente, en abstracción y en silencio, camino de su hogar.

Entró Daniel en su habitación, y en el recogimiento de la estancia, entre sus libros, entre sus cuadros, entre sus legajos de inacabada labor, el joven permaneció durante largo tiempo buscando, para su espíritu, un reflejo de aquella serenidad que, momentos antes, viera brillar como luz de alborada sobre el rostro de Eliana.

Era una hora de remembranzas. Daniel buscó en un bargeño próximo un cuaderno de memorias, y despacio, en lento y nuevo caminar sobre todo lo pasado, fué recorriendo su vida... su vida que no era, hasta la fecha, sino una proyección sentimental y nostálgica de la vida de Eliana. Y así, la confesión de sus memorias decía:

« Desde niño sentía un gran afán de cariño y de abnegación, y para colmar este anhelo no bastaban los afectos familiares.

« Buscaba en torno mío ese amor que había de ser complemento y resumen de todos mis amores, y al hacerlo, en los postreros límites de la niñez, obedecía, más que á un impulso consciente, á un mandato imperioso é instintivo de mi corazón.

« Más tarde hallé á Eliana en mi camino, y en ella cifré todas mis lusiones, y en ella puse todas mis esperanzas. ¿Qué será de este amor inconfesado y, en mi alma, viejo ya?

« No lo sé. Pero en tanto que los días y los años se pasan, sin mermar en un ápice la distancia que de Eliana me separa, y sin por otro lado borrar este cariño que se adueña de mí, una voz maternal, íntima y previosora, murmura en lo profundo de mi sentimiento esta juiciosa advertencia de la razón:

« — Quizás mañana sea tarde.

« Y entiendo, ó por lo menos sospecho, que esta melancólica palabra *tarde* puede trocarse en símbolo de toda la desdicha humana, y de mi propia desventura al par. »



Llegando á esta frase, al correr de sus ideas y de su pluma, Daniel suspendió su labor para analizar, en alarma, si no en desconsuelo, toda la transcendencia de lo pensado y de lo escrito.

¡Mañana será tarde! Era el grito de su alma, en rebeldía contra su timidez y contra su excesiva prudencia, que detenían sus pasos, que acallaban sus palabras, que, en fin, anulaban sus ojos en presencia de la amada.

Y era, también, en la hora visionaria del recogimiento, vueltos los ojos hacia el alma y hacia el enigma del futuro, era también á modo de presentimiento y de sentencia cruel, definitiva é inexorable, de un inclemente destino.

Pero el espíritu de Daniel se aferraba á la esperanza del amor como un naufrago que, asido á un tablón, en medio de la hostil inmensidad del mar, aguarda el milagro de su salvación. En horas de angustia moral, el alma cuitada dice: ¡quiero amar! como en horas de agonía, el cuerpo enfermo clama: ¡quiero vivir!...

Y así, escuchando en su espíritu el eco perpetuo de la triste advertencia ó del mortal presagio ¡Mañana será tarde!... Daniel imaginaba oír el tañido solemne de una campana que diera al aire un fúnebre pregón, y alzado en voluntad y en apego á la vida, murmuraba:

— ¡Mañana será tarde, sí; por ello, es preciso no aguardar á mañana!

Abandonó la pluma. Guardó las cuartillas. Apagó la lámpara cuyo reflejo suave, amparado por la pantalla, fué extinguiéndose hasta morir, y en rápido desnudarse buscó la quietud y el descanso del lecho.

(Se continuará en el número próximo.)



CRÓNICA
DE PARIS
por
V. GARCÍA CALDERÓN

© pesadas ó no darlas: ha sido siempre la alternativa en las bromas. Pero han de ser también feroces. Alguien debe llorar para que todos riamos. Y estos jóvenes literatos de Francia nos han mostrado, con este ejemplo risueño, con este ejemplo triste, la acidulada eficacia que debe contener una ironía para que sea buena.

La víctima es un pobre diablo, pero un pobre diablo viejo, y esto hace trágica la risa. Le han elegido príncipe del pensamiento francés. El ha venido expresamente de su provincia al llamamiento de sus joviales admiradores, que constituyeron un « comité Pierre Brisset » y le esperaban en la estación llenos de flores y de sonrisas. El pobre hombre, zapatero y filósofo, sonreía también con gula voraz de gloria en su rostro famélico de paisano, que bruscamente halla de nuevo, en las cenizas de su alma gris, la mal apagada ambición de Rastignac. He aquí que va á conquistar París. Un poco tarde; no importa! Bendice á Dios, como el navegante que viera antes de fallecer la « tierra incógnita » de sus insomnes noches, y dentro de poco, en el banquete, con sorda voz, ocultando lágrimas, murmurará al vecino:

— Puedo morir ahora.

Puede morir, pero antes es necesario que divierta. Le conducen á la plaza del Panteón, enfrente del *Pensador* de Rodin, para que el hombre de bronce y el pobre hombre se saluden en el umbral de gloria. Chisporrotean inmensos vítores. El irrisorio príncipe se eleva en las gradas y murmura, ya convencido, ya atontado, que se considera digno de tanta honra. Pero la emoción ha fatigado á todo el mundo, y entonces van á cenar. En el menú, dos ranas — simbolizando su doctrina como enseguida explicaré — le coronan de un laurel que esconde espinas.

¿ Puede acaso ver la burla? Con seriedad

grandilocuente, la copa rubia en la mano, se elevan para alabarlos en veinte lenguas los literatos jóvenes. Otros comienzan á leer telegramas fantásticos y emotivos que llegan de las grandes capitales, en donde las juventudes pensantes se asocian también al homenaje. Y en la vecina sala rimbomban súbitamente los himnos nacionales, como el lejano del mundo que viene á morir á los pies de este pobre Sócrates irrisorio.

Algunos muchachos melencólicos, con ojos cándidos de provincia, no comprenden. Ellos quisieran elegir á Bergson. Pero las protestas mueren entre el rumor de los taponazos, y una espuma irisada se derrama en las cojas y en las almas. Entonces, el maestro se levanta. Su voz es magistral, su teoría es tan simple, que ilumina de gozo los semblantes, como una aurora. En verdad, en verdad, es una aurora. Todos lo gritan, y él lo cree. Comienza una *vita nova* del pensamiento. A la rancia teoría de Darwin le substituye un origen más singular: la rana, la humilde rana que originó la especie del *homo sapiens*. El descubrió ese origen al pisarla, con sólo ver la expresión humana de este batracio en el dolor. Después ha acumulado argumentos y deducciones. De la rana provinieron nuestros antepasados, los semidioses que poseían un extenso cordón umbilical, un cordón utilizado para espantar las moscas...

Los jóvenes escuchan con anhelosa gravedad, como en la Sorbona. Al terminar la plática, se eleva de la confusa algazara un bravo ronco. Y ante esta prueba evidente, ante el concurso de tanta juventud que hace futuros y auroras, ante la súbita multiplicación de sus discípulos en el mundo ayer cerrado para su gloria, ante esta apoteosis de Segismundo que se despierta rey, el pobre Príncipe cano, bambolea el laurel, casi llorando:



Le conducen á la plaza del Panteón, enfrente del « Pensador » de Rodin.

— ¡ Puedo morir ahora!

Pero nadie le dejará morir. Debe prolongar la diversión algunos días. Después le expedirán á su provincia como al otro, al dramaturgo peluquero que hace un año vino también á semejante carnaval de gloria, mientras Paul Reboux, presidente de la asociación de la crítica parisiense, le descubría genio, y le mareaba con banquetes perfumados por las más lindas comediantas.

Triste humorada que todas las juventudes, repetirán. Ahora tienen mandíbulas de lobo; son crueles porque son niños. Sólo más tarde se aprende á compadecer aquel mareo de gloria, exquisito y amargo como un brebaje, tan vertiginoso, tan fuerte, que un hombre viejo puede asistir á la irrisión sin comprenderla. Porque si alguno quisiera advertirle que todo fué chanza, no lo creería. Entre mis recuerdos de juventud universitaria, está también el de un provinciano devorado de poesía, enteramente carcomido de lirismo, á quien un día, á pesar de sus versos valetudinarios, mis compañeros le coronaron poeta. Después, con rosas robadas al rosal de los serenos

claustros, le ofrecieron el título de « benemérito á la patria en grado heroico y eminente ». Y cuando alguno de nosotros, compadecido ó asqueroso, quiso revelar la realidad de la farsa, aquel demente se enfureció, rebelde á todo despertar, abrazado para siempre á su cruel Quimera...

Este, tampoco despertará. ¡ Tanto mejor! Siquiera, la víctima no habrá sabido que fué un accesorio de cotillón, y continuará viviendo de estos días vertiginosos como sus predecesores de opereta: el tabernero poeta y el dramaturgo barbero.

Como Don Alonso Quijano el Bueno... Porque esto parece un capítulo del Quijote. También los malditos libros tienen la culpa.

En el rincón provincial del pobre príncipe habría que erigir otra vez una pira con ellos.

Pero no hay cura ni dueña para quemarlos.

¡ Qué mucho si todo el mundo los lee, y lo que es peor, todo el mundo quiere escribirlos! El mismo señor de la triste figura redactaría manuales del perfecto caballero, y Dulcinea respondería á las *enquêtes* de los periódicos.



En el menú, dos ranas, símbolos de su doctrina, le coronan de laurel.

dicos. Porque hasta las muchachas incurren en el pecado de redactar cuartillas no destinadas al amado. La Paquita de Marcel Prevost, que sólo escribía cartas al novio ó un « diario íntimo », quiere ser leída en alta voz; el animalito de Shopenhauer, « de cabellos largos é ideas cortas », quiere explicar estas ideas. Y he aquí que la *Revue Hebdomadaire* abre una *enquête* entre las muchachas, para investigar cuales son sus pensamientos y vocaciones. Ha principiado por « el mundo » de señoritas *a partícule* que tienen sitio en el Gotha. ¿ Son sinceras estas muchachas? ¿ No corrigió las pruebas algún tío sentimental como Prevost? Parece que no, por la fresca ingenuidad de algunas confesiones. Todas han leído á Bazin, á Henry Bordeaux; y de Marcel Prevost, las obras marcadas con asterisco... Todas quieren « vivir su vida » con una sana premura de optimistas. Pero, entendámonos, sin embarzarse con filosofías la cabeza, atentas á arrullar y consolar como sus antiguas hermanas ignorantes, porque en el fondo de toda mujer — dice una de ellas encantadoramente — dormita siempre una hermana de caridad. Como un filósofo ha dicho que la primera profesión es la de hombre, así confiesan ellas que la primera ocupación es la de madre. He aquí como lo explica una de estas colegas ocasionales:

« Conversaba el año pasado — dice Cecile de Gueydon — con una amigueta de cuatro años y, maquinalmente, no sabiendo que decirle, le pregunté: — ¿ Qué harás cuando seas grande? — Me miró chocada, escandalizada, como si le hiciera una pregunta extraordinaria; después me dijo con tono que no admitía réplica: — ¿ Qué tontería! Seré mamá. — Me ha conmovido profundamente tal respuesta. En un chiquillo habría hallado el germen de muchas vocaciones: soldado, marino, ingeniero, pintor... Pero una chiquilla sólo podía concebir la ambición de ser mamá ».

Es casi la respuesta chusca y admirable de Napoleón á una literata: — ¿ La mejor mu-

jer? La que tiene más hijos. — Si estas colegas no están unánimes en aceptar ideas tan patriarcales, todas concuerdan en un patriotismo eficaz y romancesco, dispuestas á vendar heridas por amor á la « dulce Francia ».

Pero ¿ y las que juegan al flirt y frecuentan los cotillones? Estas amables colegas las censuran con aspereza. ¿ Será entonces que todas las muchachas parisien- ses se preparan á ingresar en la Cruz Roja? De ningún modo. Sólo que las consultadas son casi todas provincianas, y esta *enquête* nos demuestra la vieja verdad de que Francia no es París. « En la campiña — dice Jacqueline de Baulat — todo eleva y purifica en nosotros ese ser moral tan deprimido por las frivolidades de los medios mundanos ».

Porque en París, los cronistas bien informados os dirán, que á la cinco de la tarde, en una de las avenidas próximas á la Estrella, bajan muchachas apresuradas y se extravían por una puerta oscura. Desde el umbral todo parece aligerarse. Sólo el *risrás* de los zapatos llega; y después, amortiguada, la insinuación ligera, petulante y envolvente de un ronco *le-targo* de violines. Es la Universidad del tango — el tango argentino — que hace furor en París. ¿ Qué muchacha elegante no lo conoce! Se van meciendo las parejas, á cada instante más lentas, como anhelantes, como dormidas, hasta formar la escultura inmóvil del abrazo. Bruscamente, con acideces de chicharra, se estrega el arco aligero, y de la caja sonora salpican notas á pellizcos, y las parejas se quiebran y contonean girando...

Es el tango argentino, que participa del minué, como asegura un árbitro de elegancias; del minué, por su graciosa y arcaica beatitud; pero también de la española danza, por sus *repentes* cimbrantes; y, sobre todo, de la vida salvaje de las pampas, solemne y serio como la vidalita...

Naturalmente, en París no se baila el tango como en el rancho. El de París tiene genuflexiones y contoneos, que alteran su origi-



Es el tango argentino, que participa del minué.

naria gracia chusca. Es un tango naturalizado en el bulevar, como las jotas de las manolas de exportación; es un tango con galicismos; un tango que evoluciona al boston y al minué. « Señoritas — acaba de decirles un académico en una conferencia — bailadlo, puesto que no podéis pasaros sin él, pero por lo menos afrancesadlo ». Y Monseñor Boló, el más parisiense de los prelados, casi no encuentra censurable sino algunas de sus figuras...

Así prosigue Francia su misión antiquísima de adoptar todos los exotismos, con nueva sal y ceniza en esta gran pila bautismal de París. Ora se trate de un drama eslavo, de una filosofía germana ó de un baile gaucho, se los apropia y los « lanza ». Esta vez, la adopción tiene gran éxito. Patrocinado por un monseñor y un académico, el tango argentino ha de durar, en la ciudad loca y voluble, lo que duran los amores de sus mujeres, la eternidad de un semestre...

Ventura Goycoá Calderón

¡ Acuérdate de mí !

De mí te acuerdes cuando la aurora
Tornando el manto de su arrebol,
Rosado alcázar donde ella mora
Tierna y risueña le entreabre al sol.
De mí te acuerdes si noche oscura
Nubla rozando con negras alas
Tu casto sueño, tu frente pura.
Desde la selva umbría
Si una voz de agonía
Temblando llega á ti
¡ Acuérdate de mí !

De mí te acuerdes si el cruel Destino
Quiere agobiarnos con su inclemencia,
De la esperanza sobre el camino,
Con los rigores de eterna ausencia ;
Recuerda niña que si imposible,
Es más que eterno mi tierno amor.
¡ Yo te idolatro con todo el alma
Como en el templo se adora á Dios !
Si vences al olvido,
Te dirá siempre así
Aun mi último latido :
¡ Acuérdate de mí !

De mí te acuerdes cuando la losa
Del mausoleo me cubra ya,
Cuando al abrirse flor cariñosa
Sobre esa tumba su sombra hará ;
Y aunque no pueda volver á verte
Mi alma, hermana de tu alma amada,
Como una triste sombra de muerte
A visitarte vendrá callada...
Te dirá siempre así,
Gimiendo pavorosa :
¡ Acuérdate de mí !

JOAQUIN DE LEMOINE.

EL TEATRO EN PARÍS

Por E. GOMEZ CARRILLO

LA BREBIS ÉGARÉE,
DE FRANCIS JAMMES.

LE CHEVALIER AU MASQUE,
DE ARMONT Y MANOUSSI.

LES DEUX VERSANTS,
DE W.-V. MOODY.

LES HONNEURS DE LA GUERRE,
DE HENNEQUIN.



En la atmósfera febril de teatro contemporáneo, esta *Brebis Égarée*, del dulce cantor de idilios místicos, aparece como una inesperada flor de leyenda. Nada en ella es parisiense. Entre los muebles de un boudoir, sus colores y su perfume chocan como anacronismo. Es una rosa de tiempos muy remotos, una pobre rosa nacida en el jardín de un cura de aldea. Pero este cura es un poeta. Y esta rosa deja un recuerdo impreciso. Respirándola, las almas enfermizas del bulevar encuentran algo de la candidez de la infancia. Todos vimos, en la penumbra de los palcos, ojos pecadores que se humedecían.

— Rapportez aux bergeries
La brebis qui est meurtrie.
— Ramenez à son mari
Celle qui tremble et périt.

— Il y avait des bouchers
Qui disaient : Faut la tuer.
— Mais il y avait des pharisiennes
Qui disaient : c'est une chienne.

— C'est alors que le Seigneur
Entra au cœur du pasteur.
— C'est alors que Jésus-Christ
Entra au cœur du mari.

— Et il dit à ces bouchers :
Je suis venu la chercher.
— Et il dit à ces mauvais :
Je suis venu la sauver.

— Et il dit à ces bouchers :
Qui de vous n'a pas péché ?
— Et il dit à ces mauvais :
Qui de vous n'a pas péché ?

La obra entera está en estos versos, en este acento, en esta ingenuidad, en esta mansedumbre. « Es una simple parábola » — dicen los críticos. Es una parábola, en efecto, y es simple. Sólo que en esa sencillez evangélica hay más fuerza, más emoción y más arte que en todo el repertorio de los Flers, Caillavet, Wolff, Hermant y compañía. Recordad el versículo de San Marcos relativo al buen pastor. « ¿ Quién de vosotros — dice Jesús — quién de vosotros, si tiene cien ovejas, y si una de ellas se le extravía, no abandona, no deja a las noventa y nueve en el campo, para ir a buscar a la perdida hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la carga alegremente en los hombros y vuelve al redil ». La historia es la misma siempre. En el teatro contemporáneo, nunca falta una oveja descarriada. Pero los pastores de moda no van en su busca. El perdón no se usa en los grandes escenarios, entre gente de cafés nocturnos y de salones millonarios. Lo que se va, se va. Lo vida sigue girando, sin ella. Otras acuden a ocupar su puesto. Y la canción voluptuosa y desgarradora apenas pone un poco de temblor en sus notas. Es necesario ser un Francis Jammes, un pobre poeta genial de la montaña, para querer predicar el Evangelio ante las pecheras blancas y los blancos corpiños. La gente chic sonríe con desdén. No importa. De las parábolas algo queda, aunque no sea sino la dulzura de la imagen. La oveja extraviada, la loca Francisca que huye hacia España, y que vuelve luego arrepentida, en brazos del señor, no habrá aparecido en balde ante sus hermanas de París. Las lágrimas que vimos

temblar en los párpados pintados, nos lo prueban. En un rincón, un recuerdo de ella les quedará a todas. Y si un día, un día de vértigo, alguna de las bellas damas que se extravían encuentra el buen recuerdo en el momento de trasponer los montes simbólicos, tal vez esto sólo le hará volver al redil. Entonces, el poeta campesino habrá hecho algo más profundo que una obra maestra. Habrá hecho una obra buena.

W. V. Moody, el autor de *Les Deux Versants*, también viene de lejos, de más lejos que Francis Jammes, de las montañas del Colorado. Y su obra también es primitiva, también es ingenua. Pero ¿ qué diferencia entre la ingenuidad de uno y otro dramaturgo ! El francés, es poeta y es evangélico. El yanqui no es ni evangélico ni poeta. Es « autor ». En su salvajismo voluntario se nota una profunda habilidad de retórico. Cada una de sus escenas está calculada, cada uno de sus movimientos encarna una acción psicológica, cada uno de sus tipos es un « personaje ».

Ruth, la heroína de la pieza, vive en una aldea del Arizona, en un rancho de « pioneros ». Su familia es humilde. Su belleza es célebre. Una noche, al volver del campo, tres bandidos la raptan y la llevan a su campamento.

— Juguémosla — dice uno — y el que la gane se casa con ella.

Espantada, la pobre muchacha llama aparte a Ghent, y le promete que se casará con él si la salva del riesgo de ser ganada por los otros. Ghent mata a uno de sus rivales, y le entrega su bolsa al tercero. Ghent está enamorado de su víctima.

— Ahora que tú eres mi solo dueño — implora ella — devuélveme a mi familia.

— No — contesta el pirata.

Al día siguiente, en efecto, la lleva a un pueblo cercano, y el matrimonio se verifica so-

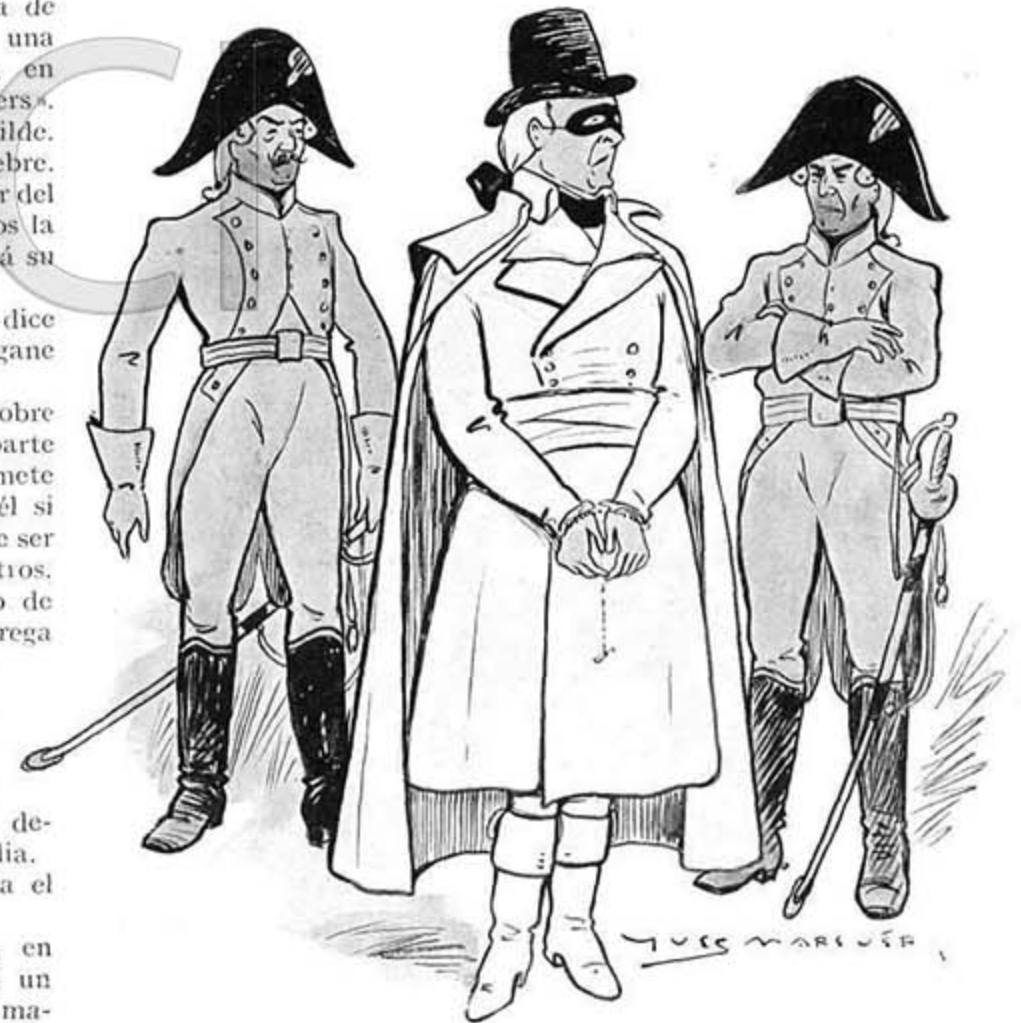
lemne y sencillamente en el templo, ante un pastor impasible. Ya el acto ha sido santificado. Ya el hombre de presa puede fundar un hogar. Ya la familia de la víctima no tiene derecho a hablar de venganza. Todo el mundo, en aquellas soledades donde se reproduce la tragedia de las sociedades remotas, se inclina ante los derechos usurpados. Todos menos Ruth. Apenas en su casa, en efecto, la desposada se apodera de un revólver. Va a matar a su marido. Pero algo la detiene. Y ese algo, de que ella no se da aún cuenta, es el amor.

— Mátame si quieres — dice él, abriendo su camisa roja.

Ella le devuelve el arma. Luego le pide su libertad de nuevo :

— No — repite él.

La vida conyugal comienza entonces. Ella se resigna. Aquel hombre rudo tiene ternuras y bondades que le hacen amable. Su energía y su actividad son terribles. A fuerza de buscar, encuentra una mina. Va a ser rico. Pero antes se enferma. Y Ruth, que no ha querido nunca mostrarse



Mr. Escoffier, en "Le Chevalier au Masque".

suave, le cuida con solitudes deliciosas. Ya él la cree conquistada. No obstante, apenas desaparece el mal, las dulzuras se evaporan. La fortuna misma la hace inflexible. No quiere nada de su marido. Lo que él le da, ella lo rechaza. Para vivir, trabaja con sus manos.

Al fin, una noche logra escaparse en compañía de su hermano, y vuelve á la choza familiar, esperando recobrar la dicha ingenua de otro tiempo. Mas lejos de sentirse feliz, experimenta una tristeza infinita.

— ¿Qué tienes?
— preguntábale su madre.

— Lo que tiene
— exclama su hermano— es que ama.

Ama, en efecto, ama á pesar suyo, ama queriendo odiar. Y así, cuando Ghent aparece, rendido, suplicante, y cuando pone á sus pies las riquezas que ha adquirido, ya no le rechaza, sino que le abre amorosamente los brazos.

El *Chevalier au Masque*, de Armont y Manoussi, no ha tenido éxito. ¿Por

qué no lo ha tenido? En mi alma y conciencia confieso que no me lo explico. Todo lo que una pieza necesita para conquistar á las multitudes, ahí se encuentra. Ahí hay amor y heroísmo, misterio y ruido, intriga y acción, historia y fantasía. Ahí aparece Bonaparte rodeado de granaderos. Ahí se mueve Fouché, entre juegos inocentes de familia y combinaciones diabólicas de política. Ahí hay una mujer que se viste de hombre, y cabalga á la cabeza de los más rudos conspiradores. Ahí, en fin, hay lo más importante, lo único importante en los melodramas: un héroe verdadero, un héroe admirable é invencible.

El drama principia en los momentos en que los vandeos han decidido sorprender al primer cónsul, y secuestrarlo. Muerto Bonaparte, muerta la República. Pero el inconveniente estriba, en que el único que puede realizar tamaña empresa es el caballero de la máscara, y en que Fouché le tiene tal miedo á este caballero, que ha puesto en movimiento á todos sus policías para descubrirle.

De lo que se trata, pues, es de encontrar á un pobre fanático que consienta en hacerse pasar por el caballero, y en dejarse prender como tal. Una vez la captura lograda, la vigilancia disminuirá. Y un joven se presenta.

— Yo estoy dispuesto á todo — dice.

Los conspiradores le ponen la máscara y el manto del caballero terrible.

— Ahora — le ordenan — es preciso sorprender al nuevo prefecto, y traerle aquí.

— Lo haré.

Al mismo tiempo, los conspiradores escriben á Fouché, indicándole lo que el caballero se propone hacer. «Ahora — piensan — este caerá en las garras del ogro.

Mañana le veremos ajusticiar. En seguida, cuando ya no exista el temor de nuestro héroe, será un juego de niños capturar al primer cónsul.» Pero al día siguiente ven con espanto, que el joven vuelve llevando al prefecto, á quien ha capturado. Hay que darle otra misión, y avisar de nuevo á Fouché.

El joven averigua el engaño de que es víctima, y se deja prender por un granadero.

— ¡Pobrecito! — exclama la gente — ya ha sucumbido.

Sólo que no hay tal. Una vez detenido, mata al granadero, se pone su traje, y corre á casa de Fouché, en donde se encuentra Bonaparte.



Mr. Joffe y Mme. Marie Magneir, en "Les Honneurs de la Guerre".



Mr. Rosenberg, Mlle. Dorgèze y Mr. Lérand, en "Les Honneurs de la Guerre".

— El caballero está preso — dice. Entonces, el primer cónsul quiere volver á su palacio para dar las órdenes necesarias. Su escolta, sin embargo, no ha llegado. No importa.

— Este granadero — ordena — me servirá de escolta.

En una esquina están apostados los conspiradores que deben apoderarse del primer cónsul. Al verle solo con un granadero, le atacan. El granadero le defiende tan heroicamente, que los conspiradores huyen.

Poco después, cuando todo se descubre, el falso granadero dice:

— Yo vine para haceros pasar por ese sitio, y dejaros prender por mis amigos. Pero al ver que eran muchos contra uno solo, no pude dejar de ponerme de vuestra parte.

Bonaparte, naturalmente, le perdona y le dice:

— Eres admirable.

Pero cruel, la crítica se ha negado á la admiración.

¿Qué censura la crítica en el «Caballero de la Máscara»? La complicación, según parece. Pero ¿es acaso menos complicada la comedia de Hennequin: *Les Honneurs de la Guerre*? No, por mi fé. Lo que sucede es que á la gente del bulevar no le gusta, en esta época, parecer novelesca. Las conspiraciones y los heroísmos están «hors d'usage». En cambio, las historias galantes con muchos personajes que no tienen nada de heroicos, que consideran la pasión como una cosa ridícula, que se ríen del honor y que viven entre intrigas galantes, eso sí es admirable. Y como eso es lo que hay en «*Les Honneurs de la Guerre*», todo el mundo va á aplaudirlo. Yo, por mi parte, aun á riesgo de no estar «dans le mouvement», prefiero el «*Chevalier au Masque*».



(Dibujos inéditos de Marevéry.)

EL ANTIGUO ARTE CHINO



En el mundo del arte se producen á veces fenómenos imprevistos.

De tal modo, cuando imaginamos que, por lo menos, la historia del pasado no tiene ya para nosotros secretos, aparece ante nuestros ojos un capítulo que hasta entonces no habíamos sospechado siquiera.

Hace veinticinco ó treinta años, los historiadores y los aficionados del arte estaban convencidos plenamente, de que todas las escuelas habían sido estudiadas, clasificadas y desentrañadas.

En demostración de lo contrario surgió del Extremo-Oriente el arte japonés, que había de producir en el mundo artístico una revolución de trascendencia tan grande y tan definitiva, que, sin exagerar nada, cabe decir que su importancia no ha tenido precedente.

Modificóse radicalmente el concepto de la estética, desaparecieron los viejos estilos afectados y contrahechos, para ser reemplazados por un estudio fiel y constante de la naturaleza, gran inspiradora del artista oriental.

Hoy, el estudio del arte japonés, ignorado hasta hace un cuarto de siglo, tiene para nuestras escuelas tanta importancia como el de la estética griega, italiana ó septentrional. En el Luvre podemos encontrar testimonio claro de su triunfo.

La pintura, la escultura, las artes decorativas todas, y la moda femenina inclusive, sin olvidar la joyería que tan profunda evolución acaba de realizar, son otros tantos aspectos del arte y del gusto, que han sufrido una transformación radical bajo la influencia del espíritu nipón.

¡ Qué lejos estábamos de imaginar, hace medio siglo, que un pueblo tan lejano de no-

sotros por la distancia, por la civilización y por la historia, había de trocarse, por obra de su inteligencia y de su vitalidad, en nuestro verdadero maestro y reformador!...



Pero la revelación artística que nos procuró el Japón, no había de ser la única que nos llegara de Oriente, y tras de ella aparece la del arte chino.

En efecto, si bien los chinos no llegaron nunca á la perfecta interpretación de la naturaleza que alcanzaron los japoneses, fueron, en cambio, maestros del color y de la decoración, sin que nos haya sido dado, hasta hace muy poco tiempo, el apreciar realmente la importancia verdadera de sus mejores obras, que nos eran desconocidas.

Es cierto que los artistas del Celeste Imperio fueron medianos escultores, y jamás llegaron á la reproducción de la forma humana, ni á la de los animales, sino muy imperfectamente; pero, en cambio, realizaron verdaderos prodigios en el arte decorativo.

Los escultores chinos encontraron medio de sacar partido de las piedras preciosas que abundan en su país, esculpiendo sobre ellas bajos relieves cuyas tallas, armonizándose con los matices de la piedra, se combinaban de tal modo con las gradaciones del color, que no parece sino que la piedra es artificial, y que ha sido compuesta expresamente para ser labrada así.

La piedra preferida por los chinos para tal labor, era el jaspe. Con arte insuperable y con paciencia inaudita tallaron esta sustancia, que es durísima, y con ella labraron estatuas, brazaletes, vasos, broches, sortijas, pipas, y cien objetos más de arte ó de fantasía.

No son menos notables los muebles contruidos con maderas finas y adornados con marfil, con laca, y con incrustaciones de esmaltes y de piedras preciosas, que atestiguan, clara y evidentemente, el genio y el espíritu innovador de los artistas chinos.

Lo dicho respecto á la escultura, puede aplicarse igualmente á la pintura. Pintores fueron los chinos desde la más remota antigüedad, pero sólo llegaron á las grandes perfecciones del arte en la reproducción de adornos, de flores, de frutos y de pájaros.

Ignorantes de la perspectiva y de la gradación de las sombras, fueron en cambio coloristas únicos y detallistas asombrosos.

El viajero árabe *Ibn-Vahab*, uno de los primeros exploradores que hace más de diez siglos visitó el Imperio Chino, nos cuenta la siguiente anécdota:

« En China — dice —

cuando un artista ha terminado una obra, la lleva al gobernador, y pide que se le recompense por su trabajo, y por el progreso que este trabajo significa para el arte. El gobernador hace colocar la obra en la portada de su palacio, y allí queda expuesta durante un año. Si durante ese plazo nadie critica la citada labor, el gobernador recompensa al artista, y le admite á su servicio. Pero si en el transcurso del año de exposición alguien señala un defecto grave en el trabajo, y

demuestra indudablemente su existencia, el gobernador despidió al artista, sin concederle premio alguno. Un día, presentóse al gobernador de una ciudad un hombre que había pintado en relieve, sobre un trozo de seda, una espiga sobre la cual se posaba

un pájaro. La pintura era labor tan acabada y de tal perfección que, viéndola, producía á todo el mundo la ilusión de ser espiga verdadera y un pájaro vivo. El cuadro quedó expuesto en el portal del palacio de gobierno, y permaneció allí un año menos un día, sin que nadie hallara en él sino motivo de extrema alabanza. Al correr de la última jornada, y cuando ya el artista se creía seguro de alcanzar la suspirada recompensa, pasó un jiboso ante la puerta del gobernador, y viendo la pintura, hubo de criticarla. Al escucharle, un funcionario le hizo llamar, y le llevó á la pre-



« Panneau » de seda pintada. (Siglo XV).

sencia del mandarín. Fué convocado el autor del cuadro, y el gobernador ordenó al jiboso que, ante el artista, expusiera los motivos que en su sentir le inducían á suponer, que la obra del pintor era imperfecta. El jiboso dijo: — Desde que el mundo existe, nadie ha visto que una delicada espiga soporte, sin doblarse al menos, el peso de un pájaro... Y en esa pintura, el pájaro descansa sobre una espiga, que permanece, sin embargo, completamente dere-



Biombo de laca, del siglo XV, perteneciente á la colección particular de Mme. Langweil.

cha. — La observación pareció justísima, y á pesar de la maravillosa labor que en su obra había puesto el pintor, éste fué despedido por el mandarín, sin obtener la menor recompensa por su trabajo. »

Los cronistas chinos hablan igualmente de unos gavilanes pintados sobre el muro de un jardín imperial, por el célebre Kao-Hiao, y que hacían huir á los demás pajarillos, tal era su parecido con la realidad. En un templo, el pintor Fan-Hien pintó una puerta, hacia la cual se dirigía todo el que no era conocedor del secreto, creyendo poder salir por ella.



Pero el arte por excelencia fué, en China, el de la cerámica, cuyos primeros trabajos se remontan en el Celeste Imperio á veintitrés siglos antes de Jesucristo. Este arte adquiere verdadera importancia dos mil años más tarde, bajo la dinastía de los Han, con la elaboración y el decorado de la porcelana.

Tao-Yu fué el gran artista, cuyo trabajo dió lugar á que se abrieran numerosos talleres de fabricación de porcelanas en Nang-Tchang-Tchin, talleres que pronto fueron los más acreditados del Imperio.

En 1004, el emperador Tchín-Tsong ordenó que las porcelanas que salían de los citados talleres, con destino al servicio de la corte, llevaran el sello de King-Te, que significaba la época del reinado. Esta costumbre dió lugar á que estas porcelanas se llamaran de *King-Te-Tchin*, por ser porcelanas imperiales que se fabricaban en el Tchín, ó arrabal de Nang-Tchang-Tchin.

Hoy, ese arrabal que lleva el nombre de sus producciones, constituye la ciudad inmensa y riquísima de King-Te-Tchin.

Las grandes obras de arte chinas pasaban inmediatamente á ser propiedad del Emperador, ó de sus altos dignatarios, que llegaron á poseer verdaderos muscos, y que de este modo alentaron á los artistas, que tenían la seguridad de que sus trabajos habrían de ser bien recompensados, por la esplendidez de los magnates.

Pero los tiempos cambiaron del todo para el arte chino con el advenimiento de la dinastía Tartara, que usurpó el trono de los Sung. El arte decayó entonces en China, tanto por el espíritu utilitario de los nuevos soberanos, desdeñosos de toda intelectualidad, como por las revueltas continuas que afligieron al país. Así ocurrió, que las obras de los artistas chinos, y especialmente las de los pintores, más que labores de arte verdadero parecen producciones de industria, y aparte las obras de Lam-Qua, ninguna de las producciones contemporáneas alcanza la altura de cualquiera de las antiguas.

Esta última fase, la industrial y decadente, era la única que conocíamos bien del arte chino. En cambio, las obras maestras no habían llegado á nuestros ojos, guardadas en el hermético encierro de los inaccesibles palacios, y estas obras primitivas, anteriores á la dinastía mongólica, á más de ser prodigios de trabajo y de inspiración, constituían los más preciosos documentos de la historia artística de este pueblo.

Las guerras sucesivas y desastrosas, luego de las cuales el Imperio Chino hubo de someterse á la fuerza de los cañones ingleses, franceses y rusos, abriendo sus puertas al comercio europeo, no lograron por otro lado quebrantar el secreto del arte chino, y fué menester, para ello, la revolución de 1912.

La caída de la dinastía tártara de los Tsin, que arrastró la ruina de la familia imperial, y de gran número de favoritos y dignatarios,

dió lugar á que, bajo el apremio de la necesidad más imperiosa, estos magnates chinos se resignaran á vender ó enagenar tesoros artísticos que, de otra manera, jamás hubieran salido de sus residencias.

De tal modo, adquiridas por comerciantes

y por artistas europeos, las grandes obras maestras del arte chino fueron llegando á Europa, y así como se organizaron, años atrás, las primeras exposiciones de arte japonés, bajo la dirección de los Gonse, de los Burty, y de los Bing, se organizó también la primera gran exposición de arte chino, siendo debida á la iniciativa, al esfuerzo y á la perseverancia de una mujer: Mme. Langweil.

Mme. Langweil, que desde hace muchos años se dedica á la importación de objetos de arte del Extremo-Oriente, ha reunido cuantos elementos de antiguo arte chino ha po-



« Potiche » de bizcocho de porcelana gris, del siglo XV, y estatua de la Diosa de la Tradición.



didado adquirir, aprovechando la circunstancia favorable de la revolución china, y estas obras maravillosas, reunidas en el hotel que esta señora posee en el n° 26 de la calle de St-Georges, de París, constituyen la más interesante colección del le-

gítimo y alto arte chino, que haya podido reunirse hasta aquí.

Fácil es darse cuenta de la importancia de estas obras, juzgando por las fotografías que reproducimos de algunas de ellas.

El estudio detenido de esta colección ha hecho deducir, que el arte japonés ha tenido por origen el antiguo arte chino, y sobre todo ha revelado una fase primitiva, desconocida y pasmosa del arte chino, que en adelante ha de ocupar en los museos oficiales y en las vitrinas particulares un puesto de honor.

B...



Gran peccera del siglo XV, esmaltada en color turquí.

Elegancias Masculinas

Decíamos en el artículo anterior, que las distintas clases de deporte exigían de todo verdadero elegante la confección de un traje especial para cada una de ellas: otro tanto puede asegurarse en lo que se refiere a los sombreros, a las gorras y al calzado.

Como puede deducirse de todo lo dicho, la moda masculina se complica cada día más, y vuelve decididamente hacia su antiguo esplendor, gracias a los plausibles esfuerzos de innovadores como Kriegck.

Una novedad es la tendencia resuelta hacia la supresión del sombrero de copa. Pero ¿con qué hemos de sustituirlo?

Se dice que es antie-tético, y lo es, en efecto; sin embargo, no es tan fácil como parece el encontrar cosa mejor, y que se armonice al mismo tiempo con nuestra indumentaria moderna.

En efecto, hablóse, entre innovadores, del sombrero de fieltro a la *Dartañán*, y del *Enrique II*, y del *Francisco I*, pero ninguno de ellos puede acompañar, sin parecer ridículo, a nuestras modas actuales; para no desdeñarse de semejantes modelos de sombreros, serían necesarios trajes mucho más estrechos ó mucho más amplios.

Este mes es el de las grandes reuniones deportivas, es el mes de gran premio de Auteuil, el de mayor concurrencia de extranjeros en París. La levita es la prenda de actualidad

obligada para todas estas fiestas de día, celebradas al aire libre. Kriegck nos informa acerca de sus últimos detalles, en lo que a la recientísima moda se refiere.

La levita se hace de *humespun* marengo, marrón, gris, gris-hierro y azulado.

Aún no han aparecido los primeros pantalones claros, pero sí vemos ya los de medio tono y los escoceses negro y blanco, así como los escoceses « Carlos X ».

Pocas combinaciones resultan tan felices como la de una levita de *humespun* gris-hierro ó marengo, con un pantalón escocés « Carlos X » negro y blanco.

La historia de este género llamado « Carlos X » se refiere a la siguiente anécdota: El fabricante de Elbeuf que fué el primero que consiguió elaborar este tejido sin mácula, regaló la primera pieza confeccionada al rey Carlos X, que fué quien inauguró la moda de los pantalones escoceses, moda que hizo furor hasta el final del Imperio, época en que esta prenda se consideraba como un símbolo de opiniones monárquicas.

La levita se llevará bordeada con un galón estrecho, combinada con un chaleco cruzado hecho de tela cruda en los días de sol, y con un chaleco del mismo género en los días de mal tiempo.

Por último, se preparan levitas de colores muy claros para los días de calor.



Ultimo modelo de la casa Kriegck, 23, rue Royale, Paris.



CIGARRILLOS



DE 20, 30 Y 40 CTS.

NO SON
DEL
TRUST

Su venta supera en un 20% a la de todas las demás marcas reunidas.

PICCARDO Y CIA DEFENSA 1978 B. AIRES.



LIBROS RECIBIDOS

Flores de penitencia, por E. GOMEZ-CARRILLO. — Sociedad de ediciones Louis Michaud, Paris.

Solía decirse que Gómez-Carrillo había vuelto de Jerusalén con un alma mística y una obra maestra. La obra maestra era *Jerusalén y la Tierra Santa*, donde el autor nos transporta por la magia de su estilo. A ese libro conviene añadir ahora *Flores de Penitencia* en que nos cuenta el escritor la vida de los santos que vivían por las soledades de Nitria, de la Tebaida, de la Judea y Capadocia. Tiene este volumen el perfume de las leyendas antiguas y el encanto de una poesía mística muy delicada, mezcladas á una ironía que recuerda ciertas páginas de Anatole France.

Palingenesia, por OSCAR TIBERIO. — Con una introducción de Julio Herrera y Reissig. Imprenta La Popular, La Plata.

« Se nota en las poesías de Oscar Tiberio, dice Julio Herrera y Reissig, un dejo morfinaico de inspiración de *boulevard*, un sabor eléctrico de impresionismo romántico, de pereza murguista, de insomnio de *cabaret* ». Esta frase del malogrado poeta uruguayo, caracteriza exactamente la inspiración de su amigo argentino. Pero sería un error creer que Oscar Tiberio es un poeta decadente. A pesar de sus tendencias modernistas con exceso, quizá el ritmo de sus versos es clásico,

y lo único que se le podría reprochar sería la falta de novedad en la estructura y el empleo monótono de consonantes usadas.

Los diez mandamientos, por EMILE FAGUET, de la Academia francesa. Vda. de Charles Bouret, Paris.

Son diez libritos deliciosos, uno para cada mandamiento, que se titulan: *de la vejez, de la amistad, de la familia, del amor, de la profesión, de Dios, el deber, la patria, de la verdad, del amor de sí mismo*. Contienen la filosofía amena y sonriente del más espiritual de los académicos franceses. *Los diez mandamientos* obtuvieron un gran éxito en Francia.

Dos años en América, por EDUARDO ZAMACOÏS. — Casa editorial Maucci, Barcelona.

En este libro reúne Zamacoïs sus impresiones de un viaje por Buenos-Aires, Montevideo, Chile, Brasil, New-York y Cuba, impresiones que se leen con placer.

Alucinaciones de Belleza, poesías por EMILIO ORIBE. — Luis y Manuel Pérez, editores, Montevideo.

El Poema del árbol, las visiones pastoriles, las confidencias de la tarde, el desfile de las divinidades, armonías del sentimiento, son poemas en que nos muestra Emilio Oribe verdaderos dones poéticos, pero que faltan aún de alguna experiencia.

CASA
de
COMPRAS
en
PARIS
y
LONDRES

Sombrerería y Camisería

Humbert & Cia

Artículos de Viaje

Novedades para hombres

AVENIDA 18 DE JULIO Y ARAPEY

MONTEVIDEO

E. DENIAU & ANTIGÜEDADES

4, Avenue Percier, PARIS (VIII)



Objetos de Arte & Muebles & Grabados & Bronces, etc...



LAS PERFUMERIAS DE GABILLA

EL SUEÑO DE GABILLA • LA ROSA DE GABILLA
LA PASION LOCA • TODA LA PRIMAVERA
LOS JUEGOS Y LAS RISAS • LA VIRGEN LOCA
EL RAMO DE GABILLA

EXTRACTOS • POLVOS • ARROZ • LOCIONES

25, B' POISSONNIERE - PARIS

DETALLE EN TODAS LAS MEJORES CASAS DE NOVEDADES



GALERIA DE ARTE

Exposición permanente

Los mejores retratos van firmados:
Henni Mannes

TELEFONO : Louvre-18-39

LIFT

1 rue du Faubourg-Montmartre, 27

La RUTA de los ALPES = NIZA - THONON - EVIAN (O VICE VERSA)

UNA DE LAS MAS MARAVILLOSAS ATRACCIONES TURISTAS

GRAN SERVICIO de AUTO-CARS - 1° Julio - 15 Septiembre 1913

NIZA - BRIANÇON

Auto-cars : Costa Azul. - Valle del Var. - Annot. - Col Saint-Michel (1.505 m.). - Valle del Verdon. - Beauvezer. - Col d'Allos (2.250 m.). - Barcelonnette. - Valle de la Ubaye. - Col de Vars (2.115 m.). - Valle del Queyras. - Aiguilles. - Col de Izoard (2.409 m.). - Briançon.

BRIANÇON - CHAMONIX, 2 variantes.

A. *Auto-cars* : Valle de la Guisanne. - El Lautaret (2.075 m.). - La Grave. - Valle de la Romanche. - Bourg-d'Oisans. - Vizille. - Uriage. - Grenoble. - Massif de la Chartreuse. - Cols de Porte (1.354 m.), del Cucheron (1.080 m.), del Frene (1.164 m.).

Chambery. - Aix-les-Bains. - Puente del Abismo. - Col de Leschaux. - Annecy (*tranvía*). - Thones (*auto-cars*). - Col de los Aravis (1.500 m.). - Flumet. - Mégeve. - Saint-Gevaix. - El Fayet y *ferrocarril*.

B. *Auto-cars* : Valle de la Guisanne. - El Lautaret (2.075 m.). - Col del Galibier (2.658 m.). - Saint-Jean-de-Maurienne (*ferrocarril*). - Saint-Pierre-d'Albigny. - Albertville (*auto-cars*). - Ugines. - Gargantas del Arly. - Flumet ó itinerario A, ó Saint-Jean-de-Maurienne (*ferrocarril*). - Chambery ó itinerario A.

CHAMONIX - THONON - EVIAN

(*Ferrocarril* : El Fayet. - *Auto-cars* : Valle del Arve. - Cluses. - Col des Gets (2.172 m.). - Valle de la Dranse.

El turista puede efectuar este maravilloso recorrido en uno ú otro sentido.

Puede hacerlo por entero, ó hacer sólo una parte, según su deseo.

Puede detenerse, en camino, en los centros de excursiones no servidos por la vía férrea, y permanecer en ellos.

El recorrido total, en uno ú otro sentido, puede hacerse en 6 días (variante A), ó en 5 días (variante B).

Los puntos de etapa intermediarios son : Barcelonnette, Briançon, Grenoble (variante A); Chambery ó Aix-les-Bains (variante A); Chambery ó Albertville (variante B); Chamonix.

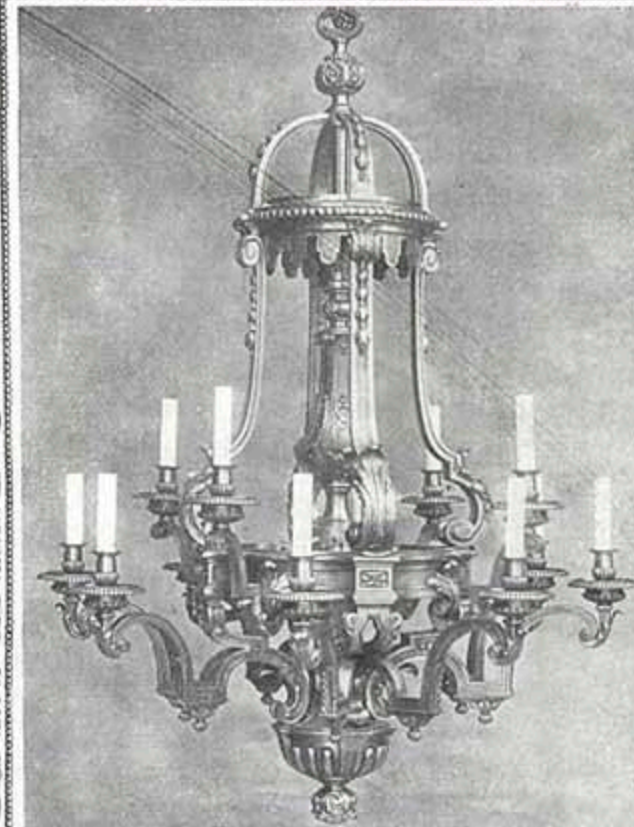
Numerosos servicios de correspondencia P.-L.-M. por *auto-cars*, permiten hacer, en las mejores condiciones de confort y rapidez, las excursiones más interesantes de una y otra parte del trayecto principal.

Grandes Circulares á precios reducidos.
Circulares regionales.
Circulares de excursión.



Cl. Monod.

MEIJE



ARTICULOS DE ARTE
EN HIERRO FORJADO
Y BRONCE

H. VIAN
HAAS & Cie Succ.

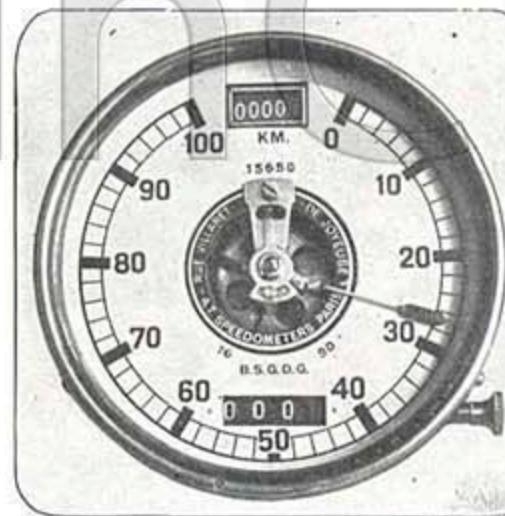
5, rue de Thorigny, 5

(Hôtel de Juigné)

PARIS

MARMOLES - BARROS

Especialidad en reproducciones de
modelos antiguos.



El
SPEEDOMETER

A.T.

PARA

AUTOMOVILES

es el Contador más EXACTO

De venta en todas partes

el más ELEGANTE

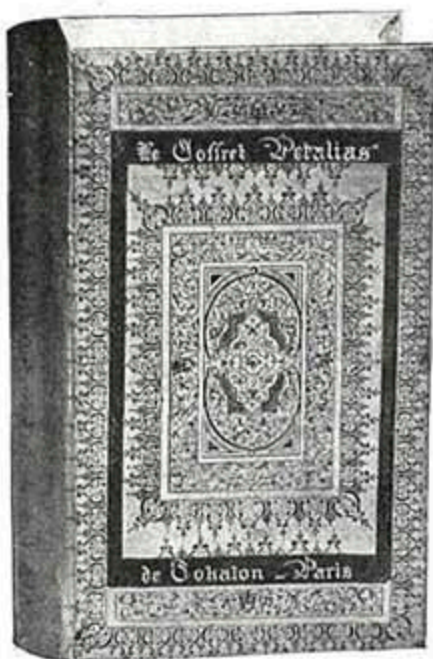
el más DURABLE

PEDIR EL CATALOGO ILUSTRADO A :

LOUIS A. WERNER, 38 bis, Av. de la Grande-Armée
PARIS

Un perfume propio y exclusivo

Verdadero triunfo del arte de perfumería en París.



Cualquier perfume, por caro y delicado que sea, está al alcance de muchas personas, y así ocurrió que, hasta ahora, toda mujer había de sufrir la molestia de comprobar que otras usaban el mismo perfume que ella, borrando así la personalidad de este detalle de la "toilette".

Como por otro lado era imposible fabricar una especie de perfume para cada cliente, esta dificultad no pudo resolverse. Fué menester el ingenio de un fabricante parisiense, para obtener el resultado de dar, á cada mujer, un perfume que se distinga de todos los demás.

Al cabo de una larga serie de experiencias, este especialista ha descubierto una combinación de esencias, que tiene la extraordinaria propiedad de producir un aroma distinto sobre cada epidermis diferente. Este maravilloso producto es vendido únicamente por la casa parisiense

TOKALON

Y SU NOMBRE ES EL DE

Parfum "Petalias"



Este perfume está preparado con esencias tan concentradas, que sólo una gota basta para que el aroma persista durante todo el día. Aplicado sobre el cutis de una morena, produce un olor de rosas y claveles; sobre la piel de una rubia, el aroma es de violeta ó de heno cortado; pero en todo caso tiene un matiz individual y personalísimo, que sólo se origina al aplicarse sobre cada persona determinada.

Complemento del perfume "PETALIAS" son los polvos "PETALIAS", que tienen iguales propiedades que la esencia. Estos polvos finísimos son los indispensables para toda mujer verdaderamente elegante.

La esencia y los polvos "PETALIAS" se venden reunidos en un elegante cofrecillo que imita un libro antiguo, y cuyo precio, relativamente modesto, está al alcance de todas las fortunas.

ESTE PRECIOSO

Cofrecillo "Petalias"

Se halla de venta en todas las perfumerías importantes de América del Sur.

DEPOSITO EN MONTEVIDEO

HUMBERT & Cia Avenida 18 Julio y Arapey.

FRANCISCO L. CABRERA, Sucr., Sarandi, 685-7.

Automovilistas!

Adaptad en las bocinas la 'maravillosa pera **EOLIEN "L'ETOILE"** en caoutchouc comprimido, cuya duración es, comparada con los otros sistemas, á lo menos cuádruple (garantía absoluta)

Y POSEEREIS EL APARATO IDEAL
EL MAS SOLIDO
EL MAS PRACTICO
EL MAS ELEGANTE

Para detalles, dirigirse á MUNDIAL MAGAZINE.

Para ventas al por mayor, al fabricante

E. KALKER

Manufactura general de caoutchouc.

LILAS, cerca de París (Francia).

Depósito en Montevideo:

JOSE AVALO Y HNOS. - Cerrito, 664



EOLIEN "L'ETOILE"

ALIMENTACION .. YODADA ..

(Garantida sin yodismo)

Regenerador de la vida, del Abate Sébire

Antiguo Limosnero del Hotel - Dieu de Abbeville.

¡ 20 VECES MAS NUTRITIVO QUE LA CARNE!

Crea carnes, huesos, músculos, nervios, y substancia gris (Cerebro).

Este producto es el que con mayor eficacia sirve de base alimenticia á todos los enfermos sin excepción.

Es también un preventivo que conserva la salud.

Contiene: Algas y zoosteras marinas alimenticias en proporción de 20%, y leguminosas maltadas en la de 80%.

¡ ES LA SALVACION DE LOS DESESPERADOS!

Hace engordar á los Tuberculosos que, mediante él, ganan de 3 á 5 kilos por mes.

Tiene gusto exquisito, y sólo cuesta 0 fr. 10 céntimos cada potaje, sustituyendo: al pescado, á la carne, al aceite de hígado de bacalao, á los huevos, y á todos los reconstituyentes conocidos á los cuales aventaja.

Gratis y franco: Muestra para tres potajes, con explicación del método del abate Sébire, y numerosos testimonios que demuestran su eficacia sin igual. ESCRIBIR á M. le Dr des Laboratoires Marins á Enghien-les-Bains (S.-et-O.) Francia, Telefono: 173.

NOTA: Se desean agentes en todas partes, ofreciéndoseles condiciones ventajosísimas, que se detallarán al responder á toda solicitud que se nos dirija.

"EROS-CREMA-ROBERT"

El Secreto de la Belleza

Suprime, sin que reaparezcan, las arrugas, puntos negros, mejillas caídas y todos los defectos de la cara.

"La EROS-CREMA" no es un aceite ó pintura de la tez, pues su aplicación se saca después muy fácilmente por un simple lavado. Sólo subsiste un rostro deslumbrador.

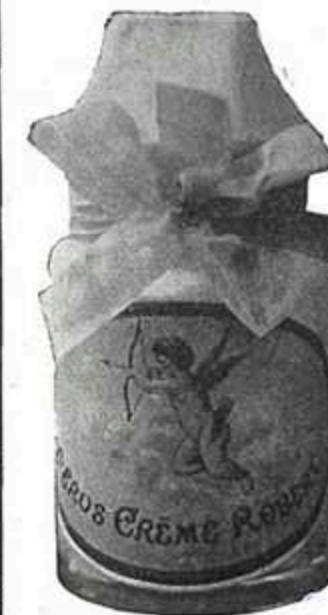
Productos de Belleza:

MOUSSE-NEIGE

POLVOS

"LA MERVEILLE"

PANOCHÉ PERPUME



Perfumería EROS-ROBERT

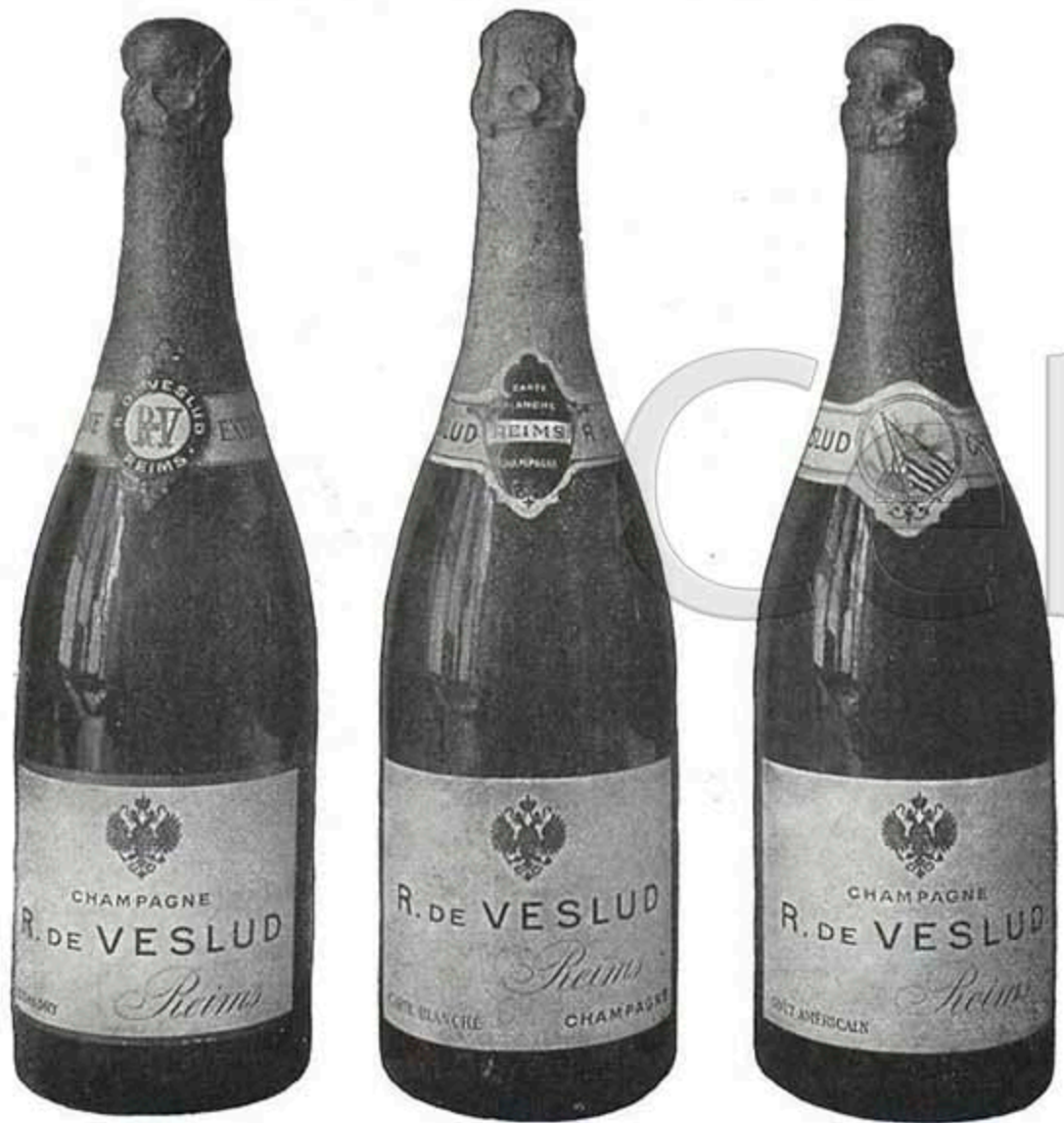
4, RUE DE SÈZE - PARIS

GRANDES VINOS DE CHAMPAGNE

R. DE VESLUD

Reims

P. CHEVRIER SUCESOR

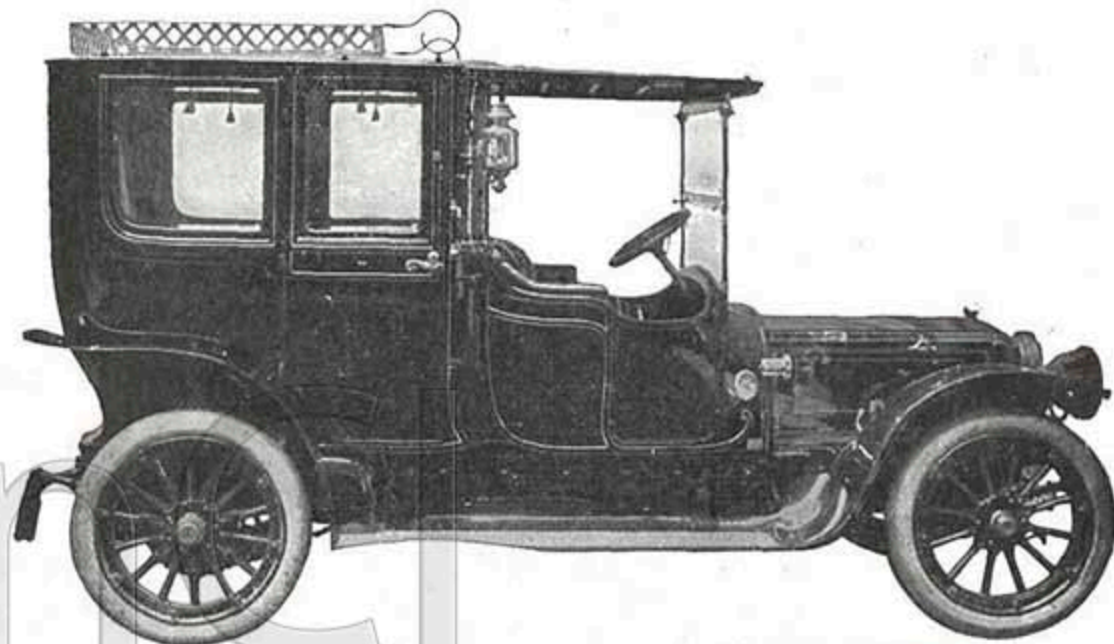


AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION
 M. DUBLANCHET - 24, Rue Traversière - Paris



LAS CARROCERIAS

DRIGUET



SALON DE EXPOSICION

66, BOULEVARD DE L'HOPITAL & & PARIS

Premiadas en el Concurso de
 Elegancias de MONTE-CARLO



APARATOS ELECTRICOS VICE O VERSA



Articulación
automática
universal

Indispensables
para todo
trabajo

Adaptables
á toda clase
de mesas



Para
despachos
talleres
almacenes
máquinas
de escribir
dibujantes
etc.



GOURDON

fabricante

34, RUE ALEXANDRE DUMAS - PARIS
ENVIO DEL CATALOGO GRATIS

CORDIALEMENT A MESSIEURS ALFRED ET ARMAND GUIDO

MUNDIAL DANCE

MARCHE ONE-STEP
POUR PIANO
PAR ANTONIO PARERA



EDITIONS EDOUARD SALABERT
(FRANCIS SALABERT)
22, Rue Chauchal, 22
PARIS

PRIX NET 2 FR^s

GRAN EXITO PARA PIANO

Dirigir los pedidos á : Editions Edouard Salabert
22, Rue Chauchal, PARIS.

Envío por correo contra remesa de 2.50 fcos.

*Toutes
les Roses*

Parfumeria A. EUZIERE

PARIS USINE A GRASSE
89 RUE D'HAUTEVILLE (ALPES MARITIMES)

*Les
Tavots*

Especialidades para Reclamos



TARJETAS
POSTALES
Y
TARJETAS
ARTISTICAS
EN HELIOGRABADO

Cromos á recortar
Muñecas - Construcciones.


Calendarios para bolsillo
Textos en
FRANCES, INGLES, ESPAÑOL Y PORTUGUES

Ch. DUFFIT
62, Boulevard de Strasbourg, PARIS
TELEFONO 451-97

Artículos para Reclamo.

MVSEVM

REVISTA MENSUAL
DE ARTE ESPAÑOL
ANTIGUO Y MODERNO Y DE
LA VIDA ARTISTICA CONTEM-
PORANEA



III AÑO: 1912 NÚM 5

Administración. c. Mallorca, 291. — Barcelona — (España)

MVSEVM es la única revista puramente artística en lengua española, que se publica en Europa y América.

MVSEVM es la mejor publicación de arte que ve la luz en los países de origen latino, según lo atestigua la prensa competente de Europa

MVSEVM manda gratuitamente números de muestra á las personas que lo soliciten

MVSEVM publica informaciones é investigaciones sobre pintura, escultura, arquitectura, arqueología, cerámica, vidriería, numismática, orfebrería, xilografía, arte industrial, tapices, bordados, decoración de interiores, etc., etc.

MVSEVM publica dos ediciones, una en castellano y otra en francés.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España, un año.	20 pesetas.
Extranjero	25 francos.
Número suelto	2 pesetas.
Número suelto en el extranjero	2 fr. 50.

A. & L. BEAUDET Frères

Cosecheros de Vinos de todas clases
BEAUNE, COTE-D'OR (Francia)



Chateau de la Tour au Clos de Vougeot

IMPORTANTES PROPIEDADES en la COTE-D'OR y en BEAUJOLAIS

AGENTE GENERAL PARA LA EXPORTACION
M. DUBLANCHET — 24, rue Traversière — PARIS

HOTELES DE FRANCIA

VILLA DE LAS FLORES 11, Rue Vineuse (Trocadero), Paris
HOTEL PARTICULAR - PENSION DE FAMILIA
Confort moderno. Gran Jardin. Cocina exquisita y de régimen. Reunión de Hispano-Americanos.

HOTEL PENSION SAN RAFAEL
5, RUE DES PYRAMIDES, 5 PARIS

ASCENSOR : ELECTRICIDAD : CUARTOS DE BAÑOS
CALEFACCION CENTRAL : COCINA EXCELENTE

HOTELES DE INGLATERRA

ST. JAMES PALACE HOTEL

AND RESTAURANT, Bury street, St James, London S. W.

Recientemente construido, con los adelantos más modernos, en el barrio más selecto. Cocina y Servicio sin igual. Tarifa módica. Dirección Telegráfica: "Suppings London". Teléfono: 5500 y 5501. Mayfair T. R. - Sartori, Gerente.

HOTELES DE ITALIA

GENOVA
HOTEL EXCELSIOR
Via Carlo Felice, 4. — Posición central.

GENOVA
EDEN PALACE HOTEL
En un magnifico jardin.

GENOVA
GRAND HOTEL DE GENES
RESTAURANT FRANCES

SAN REMO
ROYAL-HOTEL BERTOLINI
- Propietario -
De primer orden. — Magnifico jardin. — Garage.

NAPOLIS BERTOLINI'S PALACE HOTEL
De primer orden. — Abierto todo el año. — Parque y jardines. — El mejor panorama del mundo. — Arreglos para temporadas.
Dir. Tel. BERTOLINI-NAPOLIS.

HOTELES DE SUIZA

LUGANO
EL GRAND HOTEL y LUGANO-PALACE
Confort moderno. — Prop. : BUCHER-DURRER - A orillas del lago

ZURICH
SAVOY HOTEL
— Confort moderno —

CLARENS - MONTREUX
GRAND HOTEL DE CLARENS
Casa de familia de primer orden.

ZURICH
GRAND HOTEL VICTORIA
Frente a la estación central

MONTREUX
GRAND HOTEL EXCELSIOR
Casa de familia de primer orden. - Cuartos con baños.

CAUX (Cerca de Montreux)
PALACE-HOTEL
CONFORT MODERNO

ZURICH
HOTEL BAUR AU LAC
Confort moderno — A orillas del lago

THE
London and River Plate Bank Ltd

Fundado en 1862 PRINCES STREET, LONDON, E. C. Fundado en 1862

Capital suscrito...£ 3.000.000 | Capital realizado. £1.800.000 | Fondo de reserva. £2.000.000

CONSEJO DE ADMINISTRACION

Presidente : M. E. Ross Duffield — Administrador-delegado : M. R. A. Thurburn
JOHN G. GRIFFITHS :: : DAVID SIMSON :: : KENNETH MATHIESON : ::
Hon HUGO BARING :: : HERMAN B. SIM :: : WILLIAM THOMAS BRAND.

SUCURSALES

Paris Anvers Buenos Aires Barracas al Norte Boca del Riachuelo Once de Setiembre	Calle Santa Fé Calle B. de Irigoyen Mendoza Rosario Bahía Blanca Concordia	Córdoba Tucumán Paraná Montevideo Río-de-Janeiro Pernambuco	Pará Santos Curityba Victoria Sao Paulo Bahía Valparaíso
---	---	--	--

AGENCIAS : Paysandú, Salto (Uruguay), New-York, Manaos (Brasil).

Emission de cartas de crédito, letras, transferencias telegráficas, adelantos, cobranzas y compra de letras de cambio. Cobro de valores y cupones de la República Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, etc. — Depositos a plazo fijo.

SUCURSAL DE PARIS : 16, RUE HALÉVY
Dirección telegráfica : PAMPAS, PARIS

BANCO ITALIANO del URUGUAY

MONTEVIDEO (Uruguay) 207, Calle Cerrito, 207

SUCURSALES EN PAYSANDU Y MERCEDES

DIRECTORIO

Presidente : J. A. CRISPO BRANDIS — Vice-Presidente : DON BUENAVENTURA CAVIGLIA — Secretario : LUIS GAMINARA
Director-Gerente : DON ALEJANDRO TALICE — Vocales : DON CARLOS ANSELMI, HECTOR TRABUCATI, DON VICENTE COSTA

Capital autorizado	\$ 5.000.000 00
Capital suscrito y realizado.. .. .	\$ 3.000.000 00
Fondo de reserva.	\$ 850.000 00
Fondo de previsión	\$ 1.000.000 00

Corresponsal especial de la Banca d'Italia y Banco di Napoli.

Para remesas y Giros Postales sobre todas las ciudades y pueblos de Italia.

El Banco emite : Cartas de Crédito, transferencias telegráficas, letras de cambio, a la vista y a plazo sobre los principales Bancos y banqueros de Italia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Bélgica, España, Portugal, Estados Unidos de América, República Argentina y Brasil, etc., y da giros postales sobre todos los pueblos de Italia, España, Francia y sus respectivas colonias.

Se ocupa en general de todas las demás operaciones de Banco.

Para comodidad de los trabajadores, el Banco está abierto todos los domingos de 10 a 11 a. m., para el servicio de Caja de Ahorros y giros sobre Italia y exterior.

TASA DE INTERESES

Hasta nuevo aviso :
Paga. — Por depósitos en cuenta corriente
á la vista 1 % al año
A retirar 30 días de aviso..... 1 1/2 %
A plazo fijo de 3 meses..... 3 %
Id Id de 6 meses..... 4 %

CAJA DE AHORROS

Recibe cualquier cantidad y paga los intereses siguientes :
Sobre depósitos a la vista, después de 30 días
cumplidos 1 % al año
Sobre depósitos a 3 meses..... 3 %
Id id de 6 meses..... 4 %
Cobro. — Anticipos en cuenta corriente..... Convencional

ADMINISTRACION DE PROPIEDADES

El Banco, desde hace tiempo, se ocupa de la Administración de Propiedades, mediante una módica comisión, teniendo instalada una oficina especial, la que se encarga, además, del cobro de alquileres y remesa de fondos a cualquier punto de la República y el Extranjero, a indicación de los interesados.

DEUDA ITALIANA

El Banco compra y vende por cuenta de terceros dichos títulos, y hace el servicio de intereses en el Río de la Plata, de acuerdo con la Banca d'Italia del Reino Italiano.

CAJA DE SEGURIDAD

El Banco alquila al público, a precios módicos, cajas de seguridad de varios tamaños, instaladas en el subsuelo de su propio local, de absoluta seguridad, contra incendio, robo, etc.

COMPTOIR NATIONAL D'ESCOMPTE DE PARIS

CAPITAL: 200 MILLONES DE FRANCOS

CASA CENTRAL: Rue Bergère, 14
SUCURSAL: 2, place de l'Opéra, Paris

Presidente del Consejo de Administración:
M. Alexis ROSTANG, C. *
Vice-Presidente Director: M. E. ULLMANN, O. *
Administrador Director: M. P. BOYER, *

OPERACIONES DEL COMPTOIR

Bonos á plazo fijo. Descuento y cobros negociación de cheques. Compra y venta de monedas extranjeras. Cartas de crédito, Ordenes de bolsa. Préstamos sobre Títulos, Cheques, Letras. Envios de fondos á Provincias y Extranjero. Suscripciones. Custodia de títulos. Préstamos marítimos hipotecarios. Garantía contra los riesgos de reembolso á la par. Pago de cupones, etc.

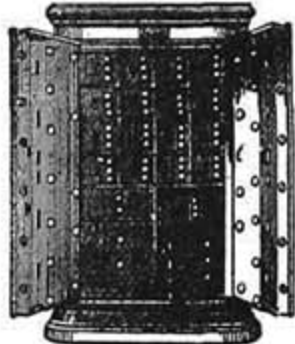
AGENCIAS

41 Agencias en Paris.
16 id. en los alrededores.
180 id. en provincias.
11 Agencias en las colonias y países de protectorado.
12 Agencias en el extranjero.

ALQUILER DE CAJAS PARA CAUDALES

El Comptoir tiene un servicio de cajas para caudales á la disposición del público, 14, rue Bergère; 2, place de l'Opéra; 147, boulevard St-Germain; 49, avenue des Champs-Élysées, y en las principales agencias.

GARANTIA Y SEGURIDAD
ABSOLUTAS



COMPARTIMENTOS DESDE
5 FCOS AL MES

BONOS A PLAZO FIJO

Intereses pagados sobre las sumas depositadas
De 6 á 11 meses. 1 1/2 0/0 | De 1 á 2 años..... 2 0/0
De 2 á 4 años..... 3 0/0

ESTACIONES BALNEARIAS

El COMPTOIR NACIONAL tiene agencias en las principales estaciones balnearias; estas agencias tratan todas las operaciones como la casa central y las demás agencias, de manera que los extranjeros, los turistas y los bañistas, pueden continuar ocupándose de negocios durante sus viajes.

CARTAS DE CREDITO PARA VIAJES

El COMPTOIR NATIONAL D'ESCOMPTE, expende Cartas de Crédito circulares pagaderas en el mundo entero por sus agencias y corresponsales; estas cartas de crédito van acompañadas de un cuaderno de identidad y de indicaciones, ofreciendo á los viajeros las mayores comodidades, al propio tiempo que una seguridad incontestable.

Salones { Administración central, 14, rue Bergère,
para los acreditados { Sucursal, 2, place de l'Opéra.

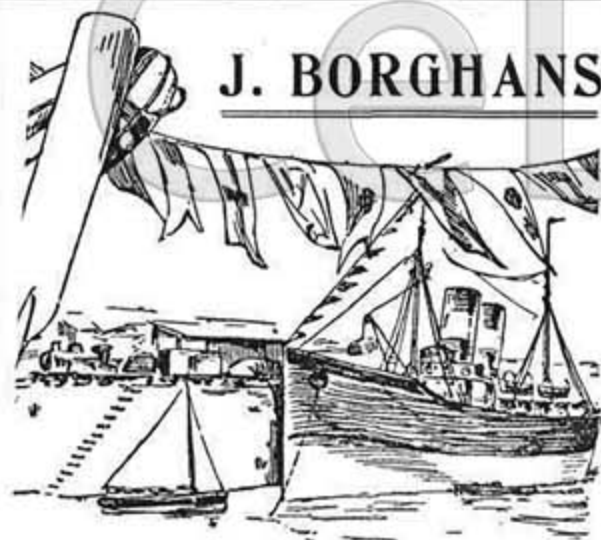
Las operaciones que trata el Comptoir con el Extranjero están centralizadas en un Departamento especial, que hace la correspondencia en los principales idiomas del mundo.

Para CATÁLOGOS ANUNCIOS TARJETAS ARTISTICAS

Dirigirse
à
KOSSUTH & C^o
74
Rue de l'Acqueduc
PARIS

TELÉFONO 418-37

TODO LO CONCERNIENTE
Á PUBLICIDAD.



J. BORGHANS

PARIS # 32, rue d'Hauteville, 32 # PARIS
AGENCIA GENERAL MARITIMA

Tránsito, Seguros, Transportes á destajo.

Dirección telegr. general: "BORGHANS"

CASAS EN	AGENTES EN
LE HAVRE, 51, quai d'Orléans.	BURDEOS, DUNKERQUE,
AMBERES, 2, rue Jan Van Lier.	MARSELLA, LIVERPOOL,
HAMBURGO, Dovenhof.	LA PALLICE, GENOVA

SERVICIO ESPECIAL PARA LA AMÉRICA DEL SUR
Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, etc.

Recepción á domicilio de las mercaderías, agrupamiento, embalaje, reexpedición, seguro y despacho de aduana, con facultad de pago á la llegada de las mismas.

Vida anecdótica y pintoresca de los Grandes Escritores

CADA TOMO DE 200
PAGINAS CONTIENE
45 ILUSTRACIONES
- DOCUMENTALES -

Precio: En rústica... 2 fr. 25
— En pasta flexible 3 francos

Acaba de publicarse:



Retrato de Stendhal (Enrique Beyle).

STENDHAL

por A. SÉCHE

Traducción de José FRANCÉS

La vida de Enrique Beyle, que ha immortalizado el seudónimo de Stendhal, encierra todo el interés pasional de una novela, porque él mismo, que ya se describió en un libro, es un personaje verdaderamente novelesco. De Stendhal, estudiante, empleado, sub-oficial y comisario, puede decirse que tuvo otra ocupación más alta: la de amar, que se inició en el muy niño, cuando ni siquiera podía discernir lo que era amor, y terminó con él en la tumba. Pero Stendhal, gran analista, gran psicólogo, incomparable conocedor del corazón humano en *La Cartuja de Parma* y en *El Rojo y el Negro*, erraba siempre lastimosamente cuando se trataba del corazón de las mujeres reales que enamoraba, y este peregrino contraste que se advierte entre el gran escritor y el hombre, anima y presta singular interés á la presente obra, que está esmaltada con numerosas anécdotas y aventuras del egregio autor de la *Cartuja*.

EN LA MISMA COLECCION: PUBLICADOS:

George SAND :- Lord BYRON :- GOETHE :- BALZAC :- TOLSTOY
VICTOR HUGO :- BAUDELAIRE :- VOLTAIRE :- A. de MUSSET

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS Y EN LA SOCIEDAD DE EDICIONES

LOUIS-MICHAUD 168, Boul^d Saint-Germain, PARIS
2065, Calle Estados Unidos, BUENOS AIRES

Para los debutantes en Fotografía

El Aparato más interesante y el menos caro, es el
GLYPHOSCOPE á 35 fr.

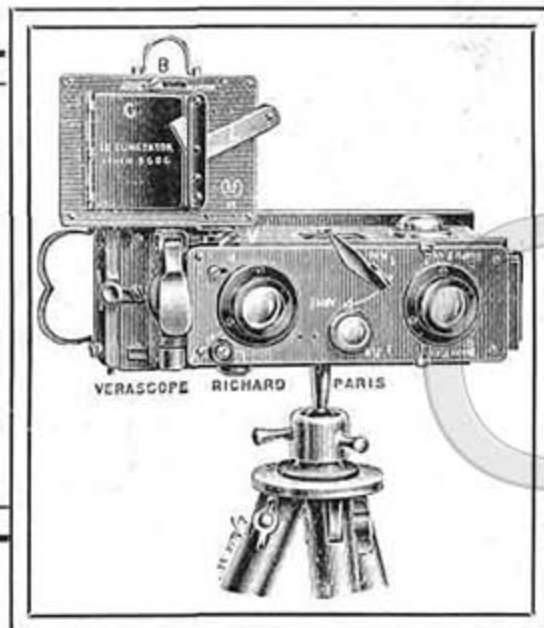
Construido especialmente para los que se inician en la Fotografía, por el

Vérascope Richard

Pedir el prospecto
:: :: ilustrado :: ::

25, rue Melingue
— PARIS —

Venta al detalle
10, Rue HALÉVY!
(Opéra)



El "VERASCOPE" es
el más ROBUSTO
el más PRECISO
el más PERFECTO
el más ELEGANTE
de todos los aparatos
conocidos

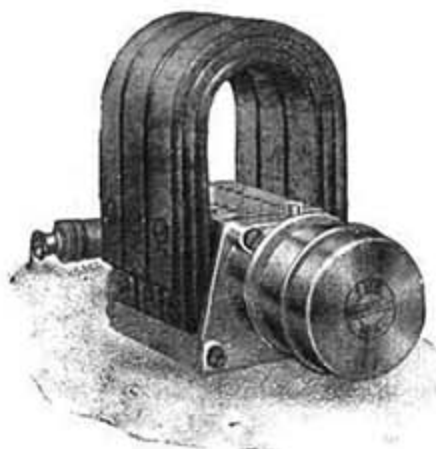
El VERASCOPE es el compañero indispensable del colonial, del explorador ó del simple turista que no quiere exponerse á decepciones. El VERASCOPE es un aparato absolutamente rígido, y de una solidez á toda prueba; á menudo le hacen dar la vuelta al mundo, y las reparaciones son insignificantes. La rigidez es una de sus principales cualidades, ya que por esto mismo es indeformable y de una fijeza por demás probada.

Ningún aparato, incluso los de mejor tamaño, no es más preciso ni da más fineza, incluso para los colores.

De venta en todas las Buenas Casas de aparatos y accesorios fotográficos del mundo.

Desconfíese de las imitaciones - Exíjase la marca auténtica.

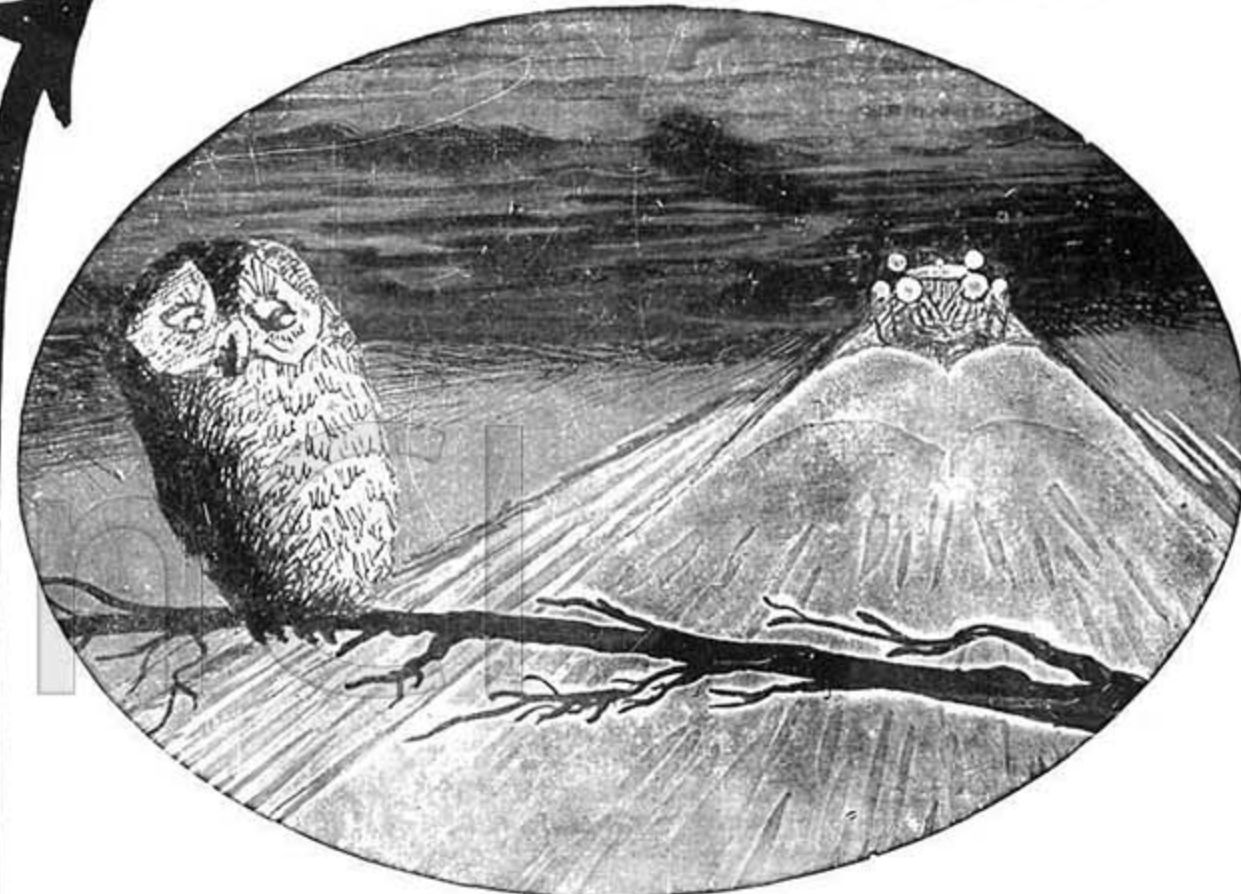
AGENTE EN BUENOS-AIRES: LUTZ Y SCHULZ, FLORIDA, 240



DINAMO MIRA-MESTRE 12 volts.

**ALUMBRADO
ELECTRICO**

COMPLETO para CARRUAJES
y CANOAS AUTOMOVILES



¡¡ Como !!! ¡ Tan pronto de día!

POR EL
DINAMO "MIRA-MESTRE"

DINAMO 12 volts, cuadro de Distribución, Bateria de acumuladores, proyectores, linternas, alambres y accesorios para montaje. Precio 950 frs.

PRECIOS Y PRESUPUESTOS DE INSTALACION SOBRE PEDIDO

Pídanse informes á

MESTRE & BLATGÉ

46, Avenue de la Grande-Armée, PARIS — 5, 7, 18, rue Brunel.

La casa más importante del mundo para accesorios de automóviles.

Para el INTESTINO : el JUBOL



¿Que duda cabe sobre el peligro social de los purgantes? Todo purgante es un "peligro social", y a los purgantes debe usted la enteritis que padece. Haga usted como yo: tome JUBOL, que es el verdadero "Reeducador del intestino".

**Estreñimiento - Enteritis - Vértigos - Acideces - Pituitas - Aturdimientos
Hinchazón del vientre - Malas digestiones - Gases - Hemorroides - Flegmas - Jaquecas - Sueño intranquilo - Insomnios - Lengua pastosa y sucia
Cansancio y tristeza - Fetidez del aliento - Amarillez del rostro - Diviesos
Granos**

El JUBOL hace oficio de esponja en el intestino, absorbiendo 16 veces su volumen de agua. Suple á las deficiencias de funcionamiento de las glándulas intestinales que padecen parestia, y ejerce una acción estimulante y motriz sobre la túnica muscular del intestino.

Este efecto triple hace que JUBOL sea un producto único, de gran eficacia contra el Estreñimiento, contra la Enteritis mucoso-membranosa y, en general, contra todos los padecimientos de origen intestinal.

**EL "JUBOL" ES EL LAXANTE IDEAL, Y SIN CREAR HABITO
NINGUNO REALIZA LA "REEDUCACION DEL INTESTINO"**

Una reciente y sensacional comunicación hecha á la Academia de Ciencias, dió cuenta de los peligros de los purgantes, que á la larga provocan la enteritis. Esta comunicación puso en moda un remedio nuevo: el JUBOL, que se citaba en ella como "Reeducador del Intestino". Esta propiedad le es peculiar, en efecto, y ningún otro producto posee cualidades análogas.

Los médicos recomiendan la cura por medio del JUBOL en los casos de estreñimiento, de enteritis, de enfermedades estomacales, de fetidez del aliento, de hemorroides, de exceso de bilis, de vómitos, pituitas, calambres, vértigos, obesidad, jaquecas, amarillez, diviesos y granos de la piel (forúnculos, urticaria y eczema).

Siempre que se expulsan flegmas, que se padezcan acideces y erupciones, que se duerma mal, que se sufran alucinaciones y pesadillas, que se sienta fatiga al levantarse, y sueño después de la comida, en todos estos casos se necesita de la cura del JUBOL.

N. B. — Se encuentra el JUBOL en los Establecimientos Chatelain, 207, boulevard Pereire, Paris, y en todas las farmacias del mundo entero. — La caja, franco, 5 francos 50. — La cura integral de "reeducación del Intestino" (ó sea seis cajas), franco, 30 francos.